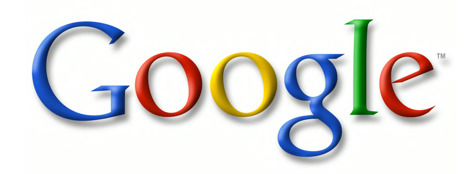



3 3433 06823734 0





LA SANA RAZON

ó

EL BUEN SENTIDO.

IDEAS NATURALES,

OPUESTAS

A IDEAS SOBRENATURALES.

Detexit quo doloso vaticinandi furores sacerdotes misteria, illis sæpe ignota audacter publicant.

PETRONII SATIRICON.

Traducido de la edicion de Edimburgo del año 1774.——*P. A. L.*

GINEBRA, 1819.

PORTAL.

PROLOGO.

Ninguno que ecsamina á sangre fria las opiniones de los hombres dejará de admirar, que hasta en aquellas que justamente se miran, como las mas interesantes, nada haya tan raro como verlos hacer uso del buen sentido, es decir, de aquella porcion de juicio que basta para conocer las verdades mas sencillas, para rechazar los mas notables abusos, y para sentir las mas groseras contradicciones. Tenemos un ejemplo de esto en la teolojía, ciencia venerada en todos tiempos, y en todo pais, por el maior número de los mortales, objeto que miran como el mas importante, el mas útil, y el mas indispensable para la felicidad de las sociedades. En efecto por poco trabajo que se tomen en sondar los principios sobre los cuales se apoya esta pretendida ciencia, es preciso reconozcan que estos principios, que se juzgaban incontestables, solo son suposiciones aventuradas, imajinadas por la icnorancia, propagadas por el entusiásmo y la mala fé, adoptadas por la credulidad tímida, conser-

vadas por la costumbre que nunca raciosina, y únicamente respetadas por que nada se comprehende de ellas. *Los únos,* dice Montague, *hacen creèr al mundo que creen lo que no creen: los ótros en mayor número se lo hacen creer así mismos, sin saber penetrar ¿que cosa es creer?*

En una palabra, cualquiera que se detenga en consultar el buen sentido sobre las ideas relijiosas, y ponga en este ecsamen la atencion que comunmente se presta á los objetos que se presumen interesantes, hechará fàcilmente de ver que estas opiniones no tienen fundamento alguno sólido, que toda relijion es un edificio en el aire, que la teolojia no es otra cosa, sino la icnorancia de las cosas naturales reducidas á sistema, que no es mas que un largo tejido de quimeras y contradicciones, que no presenta á los diferentes pueblos de la tierra sino romances desprovistos de toda apariencia de verdad, de los que el héroe mismo, es un compuesto de cualidades imposibles de combinar; su nombre en posesion de ecsitar en todos los corazones el respeto y el espanto, no se hallará ser otra cosa que una palabra baga, la cual los hombres tienen de continuo en la boca sin poder unir á ella ideas ó cualidades, que no estén desmentidas por los hechos, ó que evidentemente no repugnen las unas á las otras.

La nocion de este ser sin idea, ó mas bien la palabra con que se desicna, sería una cosa indiferente, si no causase destrozos sin número sobre la tierra. Los hombres prevenidos de la opinion que esta fantasma es una realidad mui interesante para éllos, léjos de conocer sàbiamente por su incomprensibilidad que no deben pensar en ella; concluien al contrario que no pueden ocuparse de ella bastante, que es menester meditarla sin cesar, argumentar de ella sin fin y no perderla de vista jamás. La ignorancia invencible en que sobre esto están, léjos de disgustarlos, no hace mas que ecsitar su curiosidad: léjos de prevenirlos contra su imajinacion, esta ignorancia los hace decisivos, docmáticos, é imperiosos y los hace enfurecer, contra todos los que oponen algunas dudas á los sueños que sus cerebros han producido.

Que perplejidad cuando se trata de resolver un problema indefinible. Meditaciones incesantes sobre un objeto imposible de desentrañar y que sin embargo se supone mui importante, no pueden ménos de poner al hombre de mui mal humor, y producir en su cabeza delirios peligrosos. Por poco que el interes, la vanidad, y la ambicion se unan á estas disposiciones melancólicas, es absolutamente necesario que la sociedad sea turbada: ved ahí por que tantas naciones han llegado á ser muchas veces los teatros de

las estravagancias de algunos delirantes insensatos, quienes tomando ó publicando sus especulaciones hinchadas por verdades eternas, han encendido el entusiásmo de los príncipes, y de los pueblos, y los han armado por opiniones que les representaban como inseparables de la gloria de la divinidad, y de la felicidad de los imperios. En todas las partes del mundo se han visto mil veces fanáticos embriagados degollarse los únos á los ótros, encender las hogueras, cometer sin escrúpulo y por obligacion los maiores crímines, y hacer correr arroios de sangre humana. ¿Para que? Para hacer valer, mantener, ó propagar las conjeturas impertinentes de algunos entusiasmados, ó para acreditar los engaños de algunos impostores por ámor de un ser que no ecsiste sino en sus imajinaciones, y que no se ha hecho conocer sino por los desastres, las disputas, y las locuras que ha causado sobre la tierra.

Al principio las naciones salvajes y feroces en continua guerra, han adorado bajo diferentes nombres algun Dios conforme á sus ideas, esto es, cruel, encarnizado, interesado, y sediento de sangre. En todas las relijiones de la tierra volvemos á encontrar *un Dios de los ejércitos*, *un Dios envidioso*, *un Dios vengador*, *un Dios esterminador*, y un Dios que se complace en la matanza y la carnicería, y al que sus adoradores se han hecho un deber

de servir á su gusto. Se le inmolan corderos, toros, niños, hombres, herejes, infieles, reyes, y naciones enteras. Los ardientes servidores de este Dios tan bárbaro llevan el ecseso hasta creerse obligados de ofrecerse éllos mismos á él en sacrificio. Por todas partes se ven furiosos, quienes despues de haber meditado tristemente en su Dios terrible, se imajinan que para agradarle es necesario hacerse todo el mal posible, é inflijirse en su honor los mas atroces tormentos; en una palabra, por todas partes las ideas siniestras de la divinidad, léjos de consolar á los hombres por las desgracias inherentes á su ecsistencia, han puesto el desórden en los corazones, y producido locuras destructivas para sí mismos.

¿Como pudiera haber hecho progresos el espiritu humano, infestado por fantasmas horribles, y guiado por hombres interesados en perpetuar su ignorancia y sus miedos? Se obligó al hombre á vejetar en su primitiva estupidez, no se le entretuvo si no de potestades invisibles de las que se le suponia pender su suerte. Ocupado únicamente en sus temores y en sus sueños inintelijibles, estuvo siempre á la disposicion de los sacerdotes, quienes se reserváron el derecho de pensar por él, y de arreglar su conducta.

Así es que el hombre fué, y permaneció siempre niño sin esperiencia, esclavo sin

animo, y un estúpido que temió discurrir, que no supo jamás salir del laberinto donde lo habian descarriado sus mayores: se creió obligado á jemir bajo el doble yugo de sus dioses, que solo conoció por las fabulosas narraciones de sus ministros: despues que éstos lo hubiéron trabado por los lazos de la opinion, se hiciéron sus señores, ó bien lo entregáron indefenso al poder absoluto de los tiranos—no ménos terribles, que los dioses, de quienes se titulan representantes sobre la tierra.

Agoviados bajo el doble yugo de la potestad espiritual y temporal, los pueblos estuviéron en la imposibilidad de instruirse, y de trabajar para su felicidad. Así cómo la relijion, la política y la moral, llegaron á ser santuarios, en los cuales no fué permitido á los profanos entrar: los hombres no tuviéron otra moral si no la que sus lejisladores y sus sacerdotes hiciéron bajar de las rejiones desconocidas del empireo. El espíritu humano embargado por sus opiniones teolójicas, sedesconoció así mismo, dudó de sus propias fuerzas, desconfió de la esperiencia, temió la verdad, desdeñó su razon, y la abandonó para seguir ciegamente la autoridad. El hombre fué una pura máquina entre las manos de sus tiranos y de sus sacerdotes, quienes se abrogáron á sí solos el derecho de arreglar sus movimien-

s: conducido siempre como á un esclavo, ño cuasi en todos tiempos y en todas pars los vicios y el carácter como tal.

Ved ahí el verdadero oríjen de la corpcion de las costumbres, á las que la relijion más opone sino diques imajinarios y sin ecto; la ignorancia y la servidumbre son opias para hacer los hombres malos y desaciados. La ciencia, la razon, y la lirtad son solamente las que pueden correlos, y hacerlos mas felices; pero todo consra á embaucarlos, y á confirmarlos en sus svaríos; los sacerdotes los engañan, y los anos los pervienten para mejor esclavizars: la tiranía fué y será siempre el verdaro oríjen de la depravacion de las costumes, y de las calamidades habituales de los ieblos: éstos casi siempre fascinados por s nociones relijiosas, ó por ficciones mefisicas, en lugar de fijar la vista sobre las usas naturales y visibles de sus miserias, ribuien sus vicios á la imperfeccion de su ituraleza, y sus desgracias á la ira de los oses: ofrecen al cielo votos, sacrificios, y esentes para obtener el fin de sus infortuos, los que en realidad—solo son debidos la injuria, á la ignorancia, á la pervesid de sus guias, á la locura de sus instuciones, á sus usos insensatos, á sus fals opiniones, à sus leies poco meditadas y bre todo al defecto de luces. Impresiónen-

se desde temprano los espíritus con ideas verdaderas; cultívese la razon de los hombres; gobiérnelos la justicia, y no habrá necesidad de oponer á las pasiones, la barrera impotente del temor de los dioses. Los hombres serán buenos cuando estén bien instruidos, y bien gobernados, castigados ó despreciados por el mal, y justamente recompensados por el bien que haian hecho á sus conciudadanos.

En vano se pretendería curar de sus vicios á los mortales, si no se empieza por la cura de sus preocupaciones. Solo manifestándoles la verdad será como llegarán á conocer sus mas apreciables intereses y los verdaderos motivos que los deben conducir al bien. Los institutores de los pueblos han fijado sus ojos en el cielo bastante tiempo; que los vuelvan ahora sobre la tierra. Que— el espíritu humano consolado de una teolojía inconcebible de fábulas ridículas, de misterios impenetrables, y de ceremonias pueriles, se ocupe de causas naturales, de objetos intelijibles, de verdades sensibles, y d conocimientos útiles. Disípense las vanas qu meras que engañan los pueblos—y en bre opiniones racionales—vendrán por sí mism á colocarse en la cabeza de aquellos que creian destinados para siempre al error.

Para aniquilar ó conmover las preocu ciones relijiosas ¿no será bastante man

tar al hombre que nada de inconsebible le puede convenir? se necesita otra cosa mas que un buen sentido para percibir que un ser, incompatible con las nociones mas evidentes, que una causa en continua oposicion con los efectos que se le atribuien: que un ser de quien no se puede decir una sola palabra sin caer en contradiccion: que un ente quien léjos de esplicar los enicmas del universo solo los hace mas inesplicables: que un ser á quien los hombres se dirijen tan inútilmente desde tantos siglos para conseguir su felicidad y el fin de sus pénas: se necesita repito, mas que el mero buen uso de la razon para reconocer que la idea de un ser semejante, es una idea sin modelo, y que evidentemente este ser—solo es un ser de razon? se necesita otra cosa que el mas comun sentido para al ménos conocer que es delirio y locura, odiarse y atormentarse los únos a los ótros por opiniones inintelijibles sobre un ser de esta especie? no estamos en fin convencidos que la moral y la virtud son totalmente incompatibles con las nociones de un Dios, el cual sus mismos ministros é intérpretes han pintado en todas partes como el mas fantástico, el mas injusto y el mas cruel de los tiranos, y cuias pretendidas voluntades deben no obstante servir de reglas y de leies á los habitantes de la tierra?

Para *distinguir* y aclarar los verdaderos

principios de la moral, los hombres no necesitan ni teolojía, ni revelacion, ni Dios: solo necesitan un buen sentido: no tienen mas que volver en sí: que refleccionar sobre su propia naturaleza: consultar sus intereses sensibles: considerar el objeto de la sociedad, y de cada uno de los miembros que la componen, y reconocerán fácilmente que en la virtud está el bien, y que el vicio es la perdicion de los séres de su especie. Manifestémos á los hombres la necesidad de ser justos, benéficos, moderados, y sociables, no por que sus dioses lo ecsijen, sino por que es necesario complacer á los hombres: manifestémosle que se abstengan del vicio, y del crímen, no por que serán castigados en el otro mundo; pero si por que el mismo vicio lleva consigo la pena, en el mundo en que se vive. Hay dice un grande hombre, *medios para impedir los crímenes; estos son las penas; los hay para mudar las costumbres, y estos son los buenos ejemplos* (*).

La verdad es sencilla, el error es complicado, poco seguro en su marcha y lleno de rodeos; la voz de la naturaleza es intelijible, la de la mentira es ambigua, enigmática, y misteriosa; el camino de la verdad es derecho, el de la impostura tortuoso, y obscuro; esta verdad siempre necesa-

[*] *Montesquieu.*

ria al hombre, es hecha para ser sentida de todos los hombres justos; los avisos de la razon son hechos para ser seguidos por todas las almas virtuosas: los hombres son desgraciados solo por su icnorancia; no son ignorantes sino por que todo conspira á impedirles que se ilustren: y no son tan malos sino por que su razon no está suficientemente desarrollada.

EL BUEN SENTIDO O LA RAZON.

§. 1º

APOLOGO.

Hay un vasto imperio gobernado por un monarca, cuia caprichosa conducta, es propia para confundir los espíritus de sus vasallos. Quiere ser reconocido, querido, respetado y obedecido; pero jamás se deja ver, y todo conspira à hacer inciertas las nociones que se pudiéren formar acerca de él. Los pueblos sometidos á su potestad, no tienen sobre el carácter y las leies de su soberano invisible, sino las ideas que sus ministros le dán de él; estos convienen sin embargo en que no tienen idea alguna de su amo, que sus caminos son impenetrables, y que sus miras y sus cualidades son enteramente in-

comprehensibles; por otra parte éstos ministros no están de ningun modo acordes entre sí sobre las órdenes que pretenden emanar del soberano de quien se dicen órganos; las anuncian con variedad en cada provincia del imperio; se desacreditan los unos á los ótros y se tratan mútuamente de impostores y falsarios; los edictos y las ordenanzas que se encargan de promulgar son obscuras, son enigmas que no son hechos para ser entendidos ó adivinados por los súbditos para cuia instruccion han sido destinados. Las leies del monarca oculto necesitan intérpretes; pero los que las esplican, están siempre en disputa entre éllos, sobre el verdadero modo de entenderlas. Ademas no están acordes entre sí mismos; todo lo que cuentan de su príncipe oculto, no es mas que un tejido de contradicciones, no hablan una palabra de él sin que se halle desmentida al instante. Dicen que es soberanamente bueno; sin embargo nadie hay que no se queje de sus decretos. Se le supone infinitamente sábio, y en su administracion todo parece contrariar la razon y el buen sentido. Se alaba su injusticia, y por lo comun sus mejores súbditos son los ménos agraciados. Se asegura que todo lo vé, y su presencia nada remedia. Dicen que es el amigo del órden y en sus *estados* todo está en confusion y en desórden. Hace todo por sí mismo, y mui rara

vez corresponden los sucesos á sus proiectos. Todo lo prevée, pero nada sabe preveeer. Sufre con impaciencia que se le ofenda, y sin embargo pone á cada uno en proporcion de ofenderle. Se admira su saber, y sus perfecciones en sus obras; sin embargo sus obras llenas de imperfecciones, son de poca dura. Está continuamente ocupado en hacer, en deshacer, despues en reparar lo que ha hecho, sin tener jamás ocasion de estar contento de su obra. En todas sus empresas no se propone mas que su gloria; pero no consigue ser glorificado. No trabaja sino para el bien estar de sus súbditos, y la maior parte de sus súbditos faltan de lo necesario. Aquellos á quienes parece favorecer mas, son por lo comun los que ménos satisfechos están de su suerte; se ven cuasi siempre todos rebelados contra un amo cuia grandeza no cesan de admirar, de ecsajerar la sabiduría, de adorar la bondad, de temer la justicia, y de respetar las órdenes que no siguen jamás.

Este imperio, es el mundo: el monarca, es Dios: sus ministros, son los sacerdotes; y sus súbditos son los hombres.

§. 2.

Hay una ciencia que no tiene por objeto sino cosas incomprehensibles. Al reves de

todas las otras no se ocupa mas que de cosas que no se pueden comprehender. Hobbes la *llama el reino de las tinieblas.* Es un pais donde todos siguen leies opuestas á las que los hombres están en proporcion de conocer en el mundo que habitan; en esta rejion maravillosa, la luz no es mas que tinieblas, la evidencia se vuelve dudosa ó falsa, lo imposible se hace creible, la razon es una guia infiel, y el buen sentido se muda en delirio. Esta ciencia se llama teolojía, y ésta teolojía es una continua injuria contra la razon humana.

§. 3.

A fuerza de amontonar, *Si-s*, *Pero-s*, que *se sabe-s*, y *puede ser-s*, se ha conseguido formar un sistema informe y descosido, que está en posesion de turbar la razon de los hombres, hasta el punto de hacerles olvidar las nociones las mas claras, y hacer inciertas las verdades mas demostradas; ayudada de discursos confusos y sistemáticos, la naturaleza entera se ha hecho para el hombre una enicma inesplicable, y el mundo visible ha desaparecido para hacer lugar á rejiones invisibles; la razon está obligada á ceder á la imajinacion, quien sola está en posesion de guiar hácia los paises de las chimeras que *ella sola* ha inventado.

§. 4.

Los principios de toda relijion, están fundados sobre las ideas de Dios: de ahí se sigue que, es imposible que los hombres tengan ideas verdaderas de un ser, que no obra sobre ninguno de sus sentidos. Todas nuestras ideas son representaciones de los objetos que nos hieren. ¿Que es lo que nos puede representar la idea de Dios, quien evidentemente es una idea sin objeto? Semejante idea es tan imposible como efecto sin causa. ¿Una idea sin prototipo, es otra cosa mas que una quimera? ¡Sin embargo algunos doctores nos aseguran que la idea de Dios es *innata* en nosotros, ó que los hombres tienen esta idea desde el vientre de sus madres! Todo principio es un juicio, todo juicio es el efecto de la esperiencia; la esperiencia no se adquiere sino por el ejercicio de los sentidos: de donde se sigue que los principios relijiosos están fundados sobre nada, y no son innatos.

§. 5.

Todo sistema relijioso no puede ser fundado mas que sobre la naturaleza de Dios y del hombre, y sobre las relaciones que

sisten entre éllos; pero para juzgar de la realidad de estas relaciones, sería menester tener alguna idea de la naturaleza divina: pero todo el mundo nos grita que la esencia de Dios es incomprehensible para el hombre, en el mismo tiempo que no se cesa de asignar atributos á este Dios incomprehensible, y de asegurar que no puede el hombre dispensarse de reconocer este Dios imposible de concebir.

La cosa mas importante para los hombres es aquella que les es imposible comprehender. Si Dios es incomprehensible para el hombre, parecería razonable de no soñar jamás en él; pero la relijion concluie que el hombre no puede sin crímen dejar de pensar en él un solo instante.

§. 6.

Se nos dice que las cualidades divinas no son propias para ser concebidas por talentos ó espíritus limitados; la consecuencia natural de este principio debería ser que las cualidades divinas no son hechas para ocupar talentos ó espíritus limitados; pero la relijion nos asegura que espíritus ó talentos limitados, jamás deben perder de vista un ser inconsebible, cuias cualidades no pueden comprehender. De donde proviene que la relijion tiene el arte de ocupar los espíritus ó

talentos limitados de los hombres, de lo que no pueden comprehender.

§. 7

La relijion une al hombre con Dios, ó lo pone en relacion con él; ¿sin embargo nos decís que Dios es infinito? Si Dios es infinito ningun ser que tiene fin, puede tener comercio ni relaciones con él. Donde no hay relaciones, no puede haber union, ni comercio ni deberes. Si no hay deberes entre el hombre y su Dios, no ecsiste relijion para el hombre. De modo es que, diciendo que Dios es infinito, anulais desde luego toda relijion para el hombre que es un ser finito. La idea de la infinitud es para nosotros una idea sin modelo, sin protipo y sin objeto.

§. 8.

Si Dios es un ser infinito, no puede haber en el mundo actual ni en otro proporcion alguna entre el hombre y su Dios; así es que la nocion de Dios no entrará jamás en el espíritu humano. Suponiendo una vida en la cual el hombre seria mucho mas ilustrado que en esta, la infinitud de Dios pondrá siempre tal distancia entre su idea

y el espiritu finitó ó limitado del hombre, que no le será mas facil concebirlo en el cielo, de lo que lo concibe sobre la tierra. De donde evidentemente se sigue, que la idea de Dios no será mas propia para el hombre en la otra vida, de lo que lo es en la vida presente: se sigue tambien que las intelijencias superiores al hombre, como son los ánjeles, los arcánjeles, los serafines, y los elejidos no pueden tener ideas mas completas de Dios, que el hombre que nada comprehende de ellas en este mundo.

§. 9.

¿Como se ha podido conseguir persuadir á éntes racionales que la cosa mas imposible de comprehender, era para éllos la mas imporante y la mas esencial? Es porque los han asustado ecsesivamente; porque cuando se tiene miedo cesa el raciocinio; por que se les ha recomendado que sobre todo desconfien de su razon; y es por último por que cuando se turba el sentido todo se crée y nada se ecsamina.

§. 10.

La icnorancia y el miedo, son los dos éjes de toda relijion, la incertidumbre en que

el hombre se encuentra con respecto á su Dios, es precisamente el motivo que lo une á su relijion. El hombre en las tinieblas teme tanto en lo fisico, como en lo moral. Su miedo se hace en él una costumbre y se muda en necesidad: creería que le faltaba algo si nada tuviera que temer.

§. 11.

Aquel que, desde su niñez se ha acostumdo á temblar, siempre que oie pronunciar ciertas palabras; necesita de estas palabras, y necesita temblar, y por lo mismo se halla mas dispuesto á escuchar al que lo entretiene en sus temores, que aquel que procurare tranquilizarlo. El supersticioso quiere tener miedo, su imajinacion lo ecsije; se diría que nada temia tanto, como no tener nada que temer.

Los hombres son enfermos imajinarios, á quienes charlatanes interesados cuidan mucho de entretener en sus desvarios, con el fin de ser los únicos depositarios de sus remedios. Los médicos que recetan mucho son mas bien escuchados, que los que mandan un buen réjimen, ó que dejan obrar la naturaleza.

§. 12.

Si la relijion fuese clara tendría mucho ménos atractivo para los icnorantes, estas jen-

tes necesitan obscuridad, misterios, espantos, fábulas, prodijios, y en una palabra cosas increibles, que hagan continuamente trabajar su imajinacion; los romances, los cuentos de duendes y de brujas, tienen mas atractivo para los erpiritus vulgares, que las historias mas verdaderas.

§. 13.

En materia de relijion los hombres no son mas que niños grandes; cuanto mas absurda es una relijion y llena de maravillas, tanto mas derecho se granjea sobre éllos: el devoto se crée obligado á no poner término alguno á su credulidad; cuanto mas inconcebibles son las cosas, tanto mas divinas le parecen; y cuanto mas increibles, tanto mas se imajina que tiene mérito en creerlas.

§. 14.

El oríjen de las opiniones relijiosas, tiene por lo regular su fecha del tiempo en que las naciones salvajes estaban aun en la infancia; en todos tiempos se dirijiéron los fundadores de la relijion á hombres groseros, ienorantes y estúpidos, para darles dioses, *cultos*, mitolojias y fábulas maravillosas y

terribles; estas quimeras adoptadas sin ecsasamen por los padres, se han transmitido con mas ó ménos mutaciones á sus hijos civilizados, los que las mas veces no raciocinan mas que sus maiores.

§. 15.

El objeto de los primeros lejisladores fué dominar pueblos: el medio mas fácil para alcanzarlo fué el de espantarlos é impedirles que raciocinaran, los guiaron por sendas tortuosas para que no conocieran las intenciones de sus guias: los entretuviéron con cuentos por el camino, los obligaron á mirar al aire, de miedo que no mirasen á sus pies; en una palabra los trataron al modo de las amas de leche que emplean las coplas y las amenazas para adormecer los niños, ó para hacerlos callar.

§. 16.

La ecsistencia de un Dios es la base de toda relijion, pocos hay que duden de esta ecsistencia; pero este artículo fundamental es precisamente el mas propio para detener todo espíritu que raciocina; la primera pre-

gunta de toda doctrina, fué y será siempre la mas dificil de resolver (1)

§. 17.

¿Puede decirse sinceramente que se está convencido de la ecsistencia de un ser, cuia naturaleza se ignora? ¿que permanece inaccesible á todos los sentidos, y cuias cualilidades se asegura á cada paso que son incomprehensibles para nosotros? para que se me persuada que un ser ecsiste ó puede ecsistir, es necesario empezar por decirme ¿que cosa es este ser? para inducirme á creer la ecsistencia ó la posibilidad de un ser semejante, es necesario que me digan de él cosas que no sean contradictorias, y que no se destruian las unas á las otras, finalmente para convencerme plenamente de la ecsistencia de este ser, es menester decirme de él

]1] *En el año de* 1701 *los padres del oratorio de Vendome sostuviéron en una tesis esta proposicion que segun Santo Tomás la ecsistencia de Dios ni es ni puede ser del resorte de la fé*, Dei existencia nec ad fidem attinet nec attinere potest juxta Santum Tomam. *Ver Basnage historia de las obras de los sábios tom. XVII. pag.* 277.

cosas que pueda comprehender; y probarme que es imposible que el ser á quien se atribuien estas cualidades deje de ecsistir.

§. 18.

Una cosa es imposible, cuando encierra dos ideas que se destruien recíprocamente, y que no se pueden ni concebir ni reunir por el pensamiento. La evidencia no puede fundarse sobre el testimonio constante de nuestros sentidos, los que solos, nos hacen formar ideas y nos ponen en proporcion de juzgar de sus conveniencias ó de su incompatibilidad; lo que necesariamente ecsiste es aquello cuia inecsistencia implicaria contradiccion: estos principios conocidos de todo el mundo claudican luego que se trata de la ecsistencia de un Dios: todo lo que se ha dicbo hasta aquí, es ó inintelijible ó enteramente contradictorio, y por la misma razon debe parecer imposible á todo hombre de buen sentido.

§. 19.

Todos los conocientos humanos se han ilustrado y perfeccionado mas ó ménos ¿por

que fatalidad no se ha podido jamás aclarar la ciencia de Dios? las naciones mas civilizadas, y los pensadores mas profundos están sobre esto en el mismo estado que las naciones salvajes, y los mas icnorantes zafios: mirando aun la cosa mas de cerca hallarémos que la ciencia divina á fuerza de sueños y cavilaciones se ha ido obscureciendo cada dia mas, hásta ahora toda relijion se funda ûnicamente sobre lo que en lójica llamamos *peticion* de principio: supone gratuitamente, y en seguida prueba por las suposiciones que ha hecho.

§. 20.

A fuerza de metafisicar, se alcanzó hacer de Dios un *puro espíritu* ¿pero la teolojía moderna, acaso ha dado un paso mas sobre este punto, que la teolojía de los salvajes? los salvajes reconocen un *grande espíritu* por el Señor del mundo. Los salvajes así como todos los ignorantes, atribuien á los espíritus todos los efectos cuias causas su misma icnorancia les impide desarrollar. Preguntad á un salvaje ¿que es lo que hace andar vuestro relox? os responderá *es un espíritu.* Preguntad á nuestro doctores ¿que es lo que hace marchar al universo? os dirán *es un espíritu.*

§. 21.

Cuando el salvaje habla de un espíritu, á lo ménos dá algun sentido á esta palabra, entiende por ello un ajente igual al viento, al aire, que está agitado, y al soplo que producen invisiblemente efectos que se aperciben; á fuerza de sutilizar, el teólogo moderno se hace tan poco intelijible para sí como para los otros. ¿Preguntadle que es lo que entiende por un espíritu? os responderá que es una substancia desconocida, que es perfectamente simple, que no tiene estension, y que nada tiene de comun con la materia. Hablemos de buena fé, habrá algun mortal que pueda formarse la menor idea de semenjante substancia? ¿Un espíritu en el lenguaje de la teolojía moderna puede ser otra cosa mas que una falta de ideas? la idea de la *espiritualidad* es tambien una idea sin modelo.

§. 22.

¿No es mas natural y mas intelijible sacar todo lo que ecsiste del seno de la materia, cuia ecsistencia está demostrada por todos nuestros sentidos; cuios efectos esperimentamos á cada instante, que la vemos obrar, moverse, comunicar el movimiento,

enjendrar sin cesar, mas bien que atribuir la formacion de las cosas á una fuerza desconocida, á un ser espiritual que no puede sacar de su fundo lo que él mismo no tiene, y el cual por la esencia espiritual que se le supone es incapaz de hacer nada, y de poner nada en movimiento? La idea que se esfuerzan á darnos de la accion de un espíritu sobre la materia, no nos representa objeto alguno ó es una idea sin modelo.

§. 23.

El Júpiter material de los antiguos podia mover, componer, destruir y enjendrar séres análogos á sí mismo; pero el Dios de la teolojía moderna es un ser esteril. En virtud de la naturaleza que se le supone, no puede ni ocupar lugar alguno en el espacio, ni mover la materia, ni producir un mundo visible, ni enjendrar sean hombres ó dioses. El Dios metafísico es un obrero sin manos, no es apto sino para producir nublados, desvarios, locuras y disputas.

§. 24.

Ya que se necesitaba un Dios para los *hombres* ¿porque no se atuvieron al sol, que

es un Dios visible y adorado por tantas naciones? ¿cual ser tenia mas derecho á los homenajes de los mortales, que el ástro del dia, que alumbra, calienta y vivifica todos los séres; cuia presencia reanima y rejuvenece la naturaleza de nuevo, ¡y cuia ausencia parece sumerjirla en la tristeza y el abatimiento? si algun ser anunciaba al jénero humano, poder, actividad, beneficencia y duracion, era sin duda el sol que debió mirarse como el padre de la naturaleza, como el alma del mundo y como la Divinidad; á lo ménos no se hubiera podido disputar sin locura su ecsistencia, ni rehusar de reconecer su influencia y sus beneficios.

§. 25.

El teólogo nos clama que Dios no necesita ni manos, ni brazos, para obrar, *que obra por su voluntad*. Pero ¿cual es este Dios que goza de una voluntád¿ ¿y cual puede ser el motivo de esta voluntad divina?

¿Será mas ridiculo ó mas dificil de creer en los hados, los jenios, los duendes, las brujas y los hechiceros, que creer en la accion májica ó imposible de un espíritu sobre el cuerpo? admitiendo un Dios semejante, no hay fábulas ni desvarios que puedan ma-

ver á indignacion. Los teólogos tratan los hombres como á niños, que jamás dudan de la posibilidad de los cuentos que se les refiere.

§. 26.

Para poner en duda la ecsistencia de un Dios, no se necesita mas que suplicar á un teólogo que hable de él; en cuanto dice una palabra, la menor refleccion nos hace ver que lo que dice, es incompatible con la esencia que atribuie á su Dios. ¿Que cosa pues es Dios? es una palabra abstracta, hecha para desicnar la fuerza oculta de la naturaleza: ó es un punto metafisico, que no tiene ni largo, ni ancho, ni fondo. Un filósofo ha dicho mui injeniosamente hablando de los teólogos, *que han encontrado la solucion del famoso problema de Arquimedes; un punto en el cielo desde á donde mueven el mundo* (2).

§. 27.

La relijion pone los hombres de rodillas delante de un ser sin estension, y que sin embargo es infinito y lo llena todo con su inmensidad: delante de un ser todo poderoso,

[2] *Mr. David Hume.*

que jamás ejecuta lo que desea: delante de un ser soberanamente bueno y que no hace sino descontentos: delante de un ser amigo del órden, y en su gobierno todo está en el desórden. ¡Que se adivine en vista de esto que cosa es el Dios de la teolojía!

§. 28.

Para evitar todo obstáculo se nos dice „ que no es necesario saber que cosa es Dios, „ que es menester adorarlo sin conocerlo, que „ no nos es permitido escudriñar sus atribu- „ tos." Pero ántes de saber si es menester adorar un Dios ¿no sería necesario asegurarse si ecsiste? y como puede asegurarse si ecsiste ántes de haber ecsaminado, si es posible? ¿Es posible que las cualidades diferentes que le atribuien se encuentran en él? en efecto, adorar á Dios, no es adorar sino las ficciones de su propio entendimiento, ó mas bien es no adorar nada.

§. 29.

Los teólogos con la mira sin duda de mejor embrollar las cosas, han tomado el partido de no decirnos, que cosa es su Dios, no nos dicen jamás sino lo que no es. A fuerza de abstracciones y negaciones, se imaji-

dan componer un ser real y perfecto, cuando no puede resultar mas que un ser de razon. Un espíritu es una cosa que no tiene cuerpo; un ser infinito, es un ente que no tiene fin; un ente perfecto, es un ente que no tiene imperfeccion; seamos francos ¿habrá alguno que pueda formarse nociones verdaderas de semejante monton de privaciones ó falta de ideas? ¿aquello que escluie toda idea, puede ser otra cosa mas que la nada?

Pretender que las atribuciones divinas son por cima del alcanze del espíritu humano, es convenir que Dios no es hecho para los hombres. Si se asegura que todo es infinito en Dios, es confesar que no puede haber nada de comun entre él y sus creaturas. Decir que Dios es infinito, es reducirlo á nada para el hombre, ó á lo ménos es hacerlo inútil para él.

"Dios, nos dirán, ha hecho al hombre in-„telijente; pero no lo ha hecho científico, „es decir, capáz de saber todo." Se concluye de aquí, que no ha podido darle facultades bastante ámplias para conocer la esencia divina. En este caso está demostrado, que ni Dios ha querido, ni podido ser conocido de los hombres. ¿Con que razon se enojaría este Dios contra séres, á quienes su propia esencia pone en la imposibilidad de poder formar idea alguna de la esencia divina? *Dios sería* evidentemente el mas injusto, y el

mas caprichoso de los tiranos, si castigase un ateo, por no haber conocido lo que por su naturaleza estaba en la imposibilidad de conocer.

§. 30.

No hai argumento mas convincente que el miedo para el comun de los hombres; en consecuencia de este principio los teológos nos dicen, que *es necesario tomar el partido mas seguro*, que nada hai mas criminal que la incredulidad: que Dios castigará sin piedad á todos los que haian tenido la temeridad de dudar de su ecsistencia: que su rigor es justo. Pues solo la demencia ó la perversidad, pueden combatir la ecsistencia de un monarca enfurecido, que se vengará cruelmente de los ateos. Si ecsaminamos á sangre fria estas amenazas, hallarémos que suponen siempre la cosa de que se trata. Sería necesario empezar por probarnos de un modo satisfactorio la ecsistencia de un Dios, ántes de decirnos que lo mas seguro es creerla y que es horrible dudarla ó negarla. Ademas, sería necesario probarnos, que es imposible que un Dios justo castigase con crueldad á los hombres, por haberse mantenido en un estado de demencia, la cual les ha impedido creer la ecsistencia de un ser al que su razon turbada no podia concebir. En una

palabra, sería menester probar que un Dios que dicen todo lleno de equidad, podrá castigar sin medida, la icnorancia invencible y necesaria en que se halla el hombre con respecto á la esencia divina. ¿No parece mui singular el modo de argumentar de los teólogos? inventan fantasmas, la componen de contradicciones; y aseguran luego que el partido mas seguro, es no dudar de la ecsistencia de estos fantasmas que han inventado éllos mismos. Siguiendo este método, no hay absurdo que no sea mas fácil creer, que dudarlo.

Todos los niños son ateos; no tienen ninguna idea de Dios. ¿Y serán acaso criminales por su icnorancia? ¿á que edad se les obliga á creer en Dios? dirán á la edad de la razon. ¿En que tiempo deberá empezar esta edad? ademas si los teólogos mas profundos se pierden en esta esencia divina, que no se lisonjean comprender. ¿Que ideas podrán tener de ella las jentes del vulgo, mujeres, artesanos, y en una palabra, los que componen la masa del jénero humano?

§. 31.

Los hombres no creen en Dios, sino sobre la palabra de los que no tienen mas ideas *que éllos mismos*. Nuestras amas de le-

che son nuestras primeras teólogas; hablan á los niños de Dios como les hablan de brujas; les enseñan desde la mas tierna edad á juntar maquinalmente las manos; ¿y las amas tendrán conocimientos mas elevados de Dios, que los niños á quienes obligan invocarlo?

§. 32.

La relijion pasa de padres á hijos como los bienes de familia con sus cargas; mui poca jente en el mundo tendría un Dios, sino se hubiera tenido cuidado de dárselo. Cada uno recibe de sus parientes y de sus maestros, el Dios que éllos mismos han recibido de los suios; pero siguiendo su propio temperamento, cada uno lo compone, lo modifica y lo pinta á su modo.

§. 33.

El cerebro del hombre sobre todo en la niñez, es una cera blanda, propia para resistir todas las impresiones que se le quiera dar. La educacion le suministra cuasi todas sus opininiones, en un tiempo en que es incapaz de juzgar por sí mismo. Creemos haber recibido de la naturaleza, ó traido naciendo, las ideas verdaderas ó falsas que en

nuestra tierna edad han introducido en nuestras cabezas, y esta persuacion es una de las maiores causas de nuestros errores.

§. 34.

La preocupacion contribuie á cimentar en nosotros, las opiniones de los que han sido encargados de nuestra instruccion. Los creemos mucho mas hábiles que nosotros; los suponemos mui convencidos de las cosas que nos enseñan; tenemos la maior confianza en éllos, en vista de los cuidados que han tenido de nosotros, cuando no estabamos en estado de aiudarnos nosotros mismos, y los juzgamos incapaces de querernos engañar.— Ved ahí los motivos que nos han hecho adoptar mil errores, sin mas fundamento que la peligrosa palabra de los que nos han educado: la prohibicion misma de no discurrir sobre lo que nos dicen, no disminuie nuestra confianza, y contribuie muchas veces á aumentar nuestro respecto por sus opiniones.

§. 35.

Los doctores del jénero humano se conducen mui prudentemente, enseñando sus principios relijiosos á los hombres, ántes que se

hallen en estado de distinguir lo falso de lo verdadero, ó la mano surda de la mano derecha. Sería tan dificil hacer entrar en la imajinacion de un hombre de cuarenta años, las nociones disparatadas que se nos dân de la Divinad, como borrarlas de la cabeza de un devoto que estuviese empapado de ellas desde su niñez.

§. 36.

Nos dicen que las maravillas de la naturaleza bastan, para conducirnos á la ecsistencia de un Dios, y convencernos plenamente de esta verdad importante. ¿Pero cuantas personas hay en el mundo que tengan el lugar, la capacidad, y las disposiciones necesarias para contemplar la naturaleza y meditar su marcha? Los hombres por la maior parte, no hacen ninguna atencion á ella. No le causa novedad, ni le dá golpe á un hombre del campo, la hermosura del sol que ha visto todos los dias. El marinero no se admira de los movimientos regulares del Occéano, jamás sacará de éllos inducciones teolójicas. —Los fenómenos de la naturaleza no prueban la ecsistencia de un Dios, sino á algunas personas preocupadas, á las que de ante mano se les ha hecho ver la mano de Dios en todas aquellas, cuio mecanismo pudiera causarles confusion. En las maravillas de la na-

turaleza, el fisico despreocupado no vé mas que el poder de la naturaleza, sus leies permanentes y variadas, y los efectos necesarios de las diferentes combinaciones de una materia prodijiosamente variada.

§. 37.

Nada hay mas singular como la lójica de tantos profundos doctores; quienes en lugar de confesar sus pocas luces, sobre los ajentes naturales, van a buscar fuera de la naturaleza, esto es en las rejiones imajinarias, un ajente mucho mas desconocido que esta naturaleza, de la cual al ménos podemos formarnos algunas ideas. ¡Decir que Dios es el autor de los fenómenos que vemos, sería atribuirlos á una causa oculta! ¿Que cosa es Dios? ¿Que cosa es un espíritu? Son causas de las que no tenemos ningunas ideas. ¡Sabios! estudiad la naturaleza y sus leies, y pues podeis entrever en ella la accion de las causas naturales, no necesitais recurrir á causas sobre naturales, las que léjos de aclarar vuestras ideas, no harán sino embrollarlas mas y mas, y poneros en la imposibilidad de entenderos á vosotros mismos.

§. 38.

La naturaleza decís, es totalmente inesplicable sin un Dios; es decir que para es-

çar lo que entendeis mui poco, necesitais
a causa de la que nada entendeis. Pré-
ıdeis averiguar lo que está obscuro, redó-
ındo la obscuridad. Creeis deshacer un nu-
, multiplicando los nudos. ¡Físicos en-
ıiasmados! para probarnos la ecsistencia de
Dios, copiad los tratados completos de
ıtánica; entrad en un ecsacto por menor
las partes del cuerpo humano; arrojaos
r los aires para contemplar la revolucion
los ástros; volved despues sobre la tier-
, para admirar el curso de las aguas; que-
os estáticos delante de las moriposas, los
ectos, los pulpos, y los átomos organizados,
los que creeis encontrar la grandeza de
ıestro Dios; todas estas cosas, no proba-
ı la ecsistencia de este Dios; probarán so-
ıente, que no teneis las ideas que debie-
s tener de la inmensa variedad de mate-
s, y de los efectos que pueden produ-
. las combinaciones variadas á lo infi-
o., de las que el universo forma la reu-
ın. Esto probará que icnorais lo que es
turaleza; que no teneis idea alguna de sus
ırzas, puesto que la juzgais incapaz de pro-
cir una inmensidad de formas y de séres,
los que vuestros ojos, aunque armados
microscopios, jamás ven sino la mas mí-
na parte.—En fin, esto probará que, por
conocer ajentes sensibles, y posibles de
oprender, hallais mas corto recurrir á una

palabra, bajo la cual desicnais un aje
del cual os será siempre imposible pod
formar una idea verdadera.

§. 39.

Se nos dice con un tono mui grave,
no hay efectó sin causa. Se nos repite á
instante que el *mundo no se ha hecho*
sí mismo. Pero el universo es una ca
no es un efecto, no es una obra; n
sido hecho, por que era imposible qu
fuese, el mundo ha ecsistido siempre,
su ecsistencia es forzosa.

Es la causa de sí mismo. La natu
za cuia esencia es visiblemente obrar y
ducir, para llenar sus funciones com
hace á nuestra vista, no necesita de un
tor invisible, mucho mas desconocido
ella misma. La materia se mueve po
propia enerjia, por una consecuencia n
saria de su heterojeneidad. La diversida
los movimientos, ó de los modos de ob
constituie por sí sola la diversidad de
materias. No distinguirémos los séres los
de los ótros, sino por la variedad de las im
siones, y de los movimientos que comun
á nuestros órganos.

§. 40.

¡Veis que todo está en accion en la
turaleza, y pretendeis que la naturaleza

misma, está muerta y sin enerjía! ¡Creeis
ue todo esencialmente obrando, necesita de
n motor! ¡Ah! ¿cual es pues este motor?
un espíritu, es decir un ser absolutamen-
incomprehensible y contradictorio.—Con-
uid pues os diré yo, que la materia obra
or sí misma, y dejad de argumentar de
uestro motor espiritual, el cual nada tiene
e lo que necesita para ponerla en accion.—
olved de vuestras escursiones inútiles: vol-
ed à entrar de un mundo imajinario, á un
undo real. Ateneos á las *segundas causas*,
dejad à los teólogos su *causa primera*, de
que la naturaleza no necesita, para pro-
ucir todos los efectos que veis.

§. 41.

Solo por la variedad de las impresiones, ó
e los efectos que las materias ó los cuer-
os hacen sobre nosotros, podemos sentirlos;
enemos comprehensiones, ó ideas de éllos,
istinguimos los únos de los ótros, y por úl-
mo, les asignamos propiedades. Ademas para
percibir ó sentir un objeto, es necesario
ue este objeto, obre sobre nuestros órganos;
ste objeto no puede obrar sobre noso-
os, sin que nos ecsite algun movimiento;
o puede producirnos este movimiento, si el
ismo no está en movimiento. Cuando ve

un objeto, es menester que mis ojos e afectados por él; no puedo percibir la y la vision, sin un movimiento en el c po luminoso, estenso, y colorido que se munique á mi vista, ó que obre sobre mi na. Cuando huelo un cuerpo, es nec rio que mi olfato esté irritado, ó puest movimiento por las partes que se ecsala un cuerpo oloroso. Cuando oigo un son es necesario que el tímpano de mi oido afectado del aire, puesto en movimiento un cuerpo sonoro, el que no obraría s mismo no estuviera puesto en movimie De donde se sigue evidentemente que moviento ni puedo sentir, ni percibir, distinguir, ni comparar, ni juzgar los c pos, ni aun ocupar mi pensamiento de materia cualquiera.

Se dice en la escuela que (3) *la ese de un ser, es aquello de donde dimanan t las propiedades del ser*, así pues, es evi te que todas las propiedades de los cuerp ó de las materias de que tenemos ideas, debidas al movimiento, que por sí solo advierte su ecsistencia, y nos dá los pri ros conceptos de ella. No puedo estar gurado de mi propia ecsistencia, sino por movimientos que esperimento en mi mis

[3] *Esentia ut quid primum in re fons r omnium rei propietatum.*

Estoy pues obligado de concluir que, el movimiento es tan esencial à la materia, como la estension, y que no puede concebirse sin él.

Si nos obstinamos en disputar con engaño, sobre las pruebas evidentes que nos indican que el movimiento es esencial, y propio para toda materia, no podrémos á lo ménos abstenernos de reconocer, que materias que parecian muertas ó desprovistas de toda enerjía, toman movimiento de por sí, cuando se ponen en proporcion de obrar las unas sobre las otras. El Piróforo que encerrado en una limeta ó privado del contacto del aire, no puede encenderse, ¿no se inflama en cuanto se espone al aire? ¿En cuanto se mezcla harina y agua, no empiezan á fermentar? así del mismo modo materias muertas enjendran de por sí el movimiento. La materia tiene por consiguiente el poder de moverse; y la naturaleza para obrar no necesita un motor, el cual por la esencia que se le atribuie, nada podría hacer.

§. 42.

¿De donde proviene el hombre? ¿Cual es su primer orijen? ¿Es acaso el efecto del concurso casual de los atómos? ¿Acaso el primer hombre ha salido todo formado del limon de la *tierra*? Yo lo ignoro. El hom-

bre me parece una produccion de la natu-raleza, como todas las otras que encierra. Me hallaría tan perplejo para deciros de donde han venido las primeras piedras, los primeros árboles, las primeras bellotas, los primeros leones, los primeros elefantes, las primeras hormigas &c.ª como para esplicaros el oríjen de la especie humana.

Reconoced nos gritan sin cesar, la mano de un Dios, de un obrero infinitamente intelijente y poderoso, en una obra tan maravillosa como la máquina humana. Convendré sin repugnancia, que la máquina humana me parece admirable, y pasmosa; pero ya que el hombre ecsiste en la naturaleza; no me creo mas con derecho de decir, que su formacion sobre-puja las fuerzas de la naturaleza; añadiré que, concebiré mucho ménos la formacion de la máquiua humana, cuando para esplicármela, se me diga que un puro espíritu que ni tiene ojos, ni pies, ni manos, ni cabeza, ni pulmones, ni boca, ni aliento, ha hecho al hombre tomando un poco de lodo y soplando encima.

Los habitantes silvestres del Paraguai, se dicen bajados de la luna, y los tenemos por tontos. Los teólogos de la Europa se dicen descendientes de un puro espíritu. ¿Será esta pretension mas bien fundada y mas sensata?

El hombre es intelijente: de ahí se *concluie* que solo puede ser obra de un ser in-

telijente, y no de una naturaleza desprovista de intelijencia. Aunque nada hay mas raro que ver al hombre hacer uso de esta intelijencia de la que parece tan orgulloso; convendré que es intelijente, que sus necesidades desarrollan en él esta facultad; que la sociedad de los otros hombres contribuie sobre todo á cultivarla. Pero en la máquina humana y en la intelijencia de que está adornada, nada veo que anuncie de un modo muy preciso la intelijencia infinita del obrero á quien se le hace el honor de atribuirla: veo que esta máquina admirable está sujeta á descomponerse; veo que entónces su intelijencia maravillosa se turba, y algunas veces desaparece totalmente; concluio que la intelijencia humana pende de una cierta disposicion de los órganos materiales del cuerpo: de modo que, por que el hombre es un ser intelijente, no hay mas fundamento para concluir que Dios debe ser intelijente, que por que el hombre es material, no habria fundamento para de ahí concluir que Dios es material. La intelijencia del hombre, no prueba mas la intelijencia de Dios, que la malicia del hombre, no prueba la malicia de este Dios, por quien se pretende que él hombre ha sido hecho. De cualquiera manera que la teolojía lo tome, Dios será siempre una causa que está en contradiccion con sus efectos, ó de quien será imposible juzgar por sus obras.

Siempre verémos malas resultas de las imperfecciones, de las locuras, y de una causa que se dice llena de bondad, de perfecciones, y de sabiduria.

§. 43.

De este mismo modo direis ¡el hombre intelijente, como el universo y todo lo que encierra, son los efectos de la casualidad! no, os contestaré yo; el *universo no es un efecto*; es la causa de todos los efectos: todos los séres que encierra, son efectos necesarios de esta causa, la que algunas veces nos hace ver su modo de obrar, pero muchas nos oculta su marcha. Los hombres se sirven de la palabra *casualidad*, para encubrir la ignorancia en que están de las verdaderas causas; sin embargo aunque ignoren estas causas, no obran ménos segun leies ciertas. No hai efecto sin causa.

La naturaleza es una palabra de que nos servimos, para designar la reunion inmensa de los séres, de las diversas materias, de infinitas combinaciones y de los varios movimientos de que nuestros ojos son testigos. Todos los cuerpos, tanto organizados, como no organizados, son resultados necesarios de *ciertas* causas hechas, para producir necesariamente los efectos que vemos. Nada en la

naturaleza puede hacerse por casualidad; todo en ella sigue leies fijas: estas leies no son otra cosa, sino la union necesaria de ciertos efectos con sus causas. Un atómo de materia, no encuentra por casualidad otro atómo: este encuentro es debido á leies permanentes que hacen que cada ser obre necesariamente como obra, y no puede obrar de otro modo en circunstancias marcadas. Hablar del *concurso fortuito de los atómos*, ó atribuir algunos efectos á la casualidad, es no decir nada, sino que se ignoran las leies por las qué los cuerpos obran, se encuentran, se combinan ó se separan.

Todo se hace por casualidad para los que no conocen la naturaleza, ni la propiedad de los séres y efectos, que deben necesariamente resultar del concurso de ciertas causas. No es la casualidad la que ha colocado el sol en el centro de nuestro sistema planetario: por su misma esencia, la substancia de que está compuesto, debe ocupar este lugar, y de ahí estenderse para vivificar los séres comprehendidos en los planetas.

§. 44.

Los adoradores de un Dios hallan sobre todo en el órden del universo, una prueba invencible *de la ecsistencia* de un ser intelijen-

te y sábio que lo gobierna; pero este órden no es mas que una consecuencia de movimientos, necesariamente acarreados por causas y circunstancias que para nosotros mismos, son tan presto favorables como nocivas; aprobamos las unas, y nos quejamos de las otras. La naturaleza sigue constantemente la misma marcha, es decir, las mismas causas producen los mismos efectos, miéntras que su accion no sea turbada por otras causas, que obliguen las primeras á producir efectos diferentes. Cuando las causas cuios efectos esperimentamos, están turbadas en sus acciones ó movimientos, por causas que aunque nos sean desconocidas, no por eso son ménos naturales y necesarias, quedamos atónitos, gritamos al milagro, y lo atribuimos á una causa mucho ménos conocida, que todas las que vemos obrar á nuestra vista.

El universo está siempre en el órden: no puede haber desórden para él, nuestra máquina sola, sufre cuando nos quejamos del desórden. Los cuerpos, las causas, los séres que este mundo encierra, obran necesariamente del modo que los vemos obrar, séase que aprobemos sus efectos, ó ya sea que los desaprobemos. Los terremotos, los volcanes, las inundaciones, los contajios, y las hambres son efectos tan necesarios, ó están tan el órden de la naturaleza, como la caida de los cuerpos pesados, el curso de

los rios, el movimiento periódico de los mares, el silvido de los vientos, las grandes lluvias, y como los efectos favorables por los cuales alabamos la providencia, y le damos gracias por sus beneficios.

Maravillarse de ver reinar cierto órden en el mundo, es sorprenderse de que las mismas causas produzcan constantemente los mismos efectos. Sentirse de ver algun desórden, es olvidar que las causas cuando se mudan ó se turban en sus acciones, los efectos no pueden ser ya los mismos. Quedarse atónito á la vista de un órden en la naturaleza, es espantarse de que pueda ecsistir alguna cosa, y admirarse de su propia ecsistencia. Lo que es órden para un ser, es desórden para otro. Todos los séres maléficos, hallan que todo está en el órden, cuando pueden poner todo en desórden impunemente. Encuentran al contrario que todo está en desórden, cuando se les perturba en el ejercicio de sus maldades.

§. 45.

Suponiendo á Dios autor y motor de la naturaleza no pudiera haber ningun desórden relativamente á él: todas las causas que hubiera hecho, obrarían por necesidad segun las propiedades, la esencia y las impulsio-

nes que les hubiese dado; si Dios mudase el curso ordinario de las cosas no sería inmutable. Si el órden del universo, en el cual se cree ver la prueba mas convincente de su ecsistencia, de su intelijencia, de su poder y de su bondad se desmnitieran, se pudiera sospechar de que no ecsiste, ó acusarlo á lo ménos de inconstancia de impotencia, de falto de prevision y de sabiduría en la primera coordinacion de las cosas. Tendríamos derecho de acusarlo de error en la eleccion de los ajentes y de los instrumentos que hace ó que prepara ó que pone en accion: En fin, si el órden de la naturaleza probaba el poder, y la intelijencia; el desórden debería probar la debilidad, la inconstancia y la sinrazon de la Divinidad.

Decís que Dios está en todas partes, que lo llena toda con su inmensidad; que sin él nada se hace, que la materia no pudiera obrar sin tenerlo por motor. Pero en este caso convenís que vuestro Dios es el autor del desórden, que él es quien descompone la naturaleza, que es el padre de la confusion, que está en el hombre, y que mueve al hombre en el momento en que peca. Si Dios está en todas partes está en mí, obra con migo, se engaña con migo, ofende á Dios con migo y combate con migo la ecsistencia de Dios.—¡Oh! teólogos jamás os entendeis cuando hablais de Dios.

§. 46.

Para ser lo que llamamos intelijente es necesario tener ideas, pensamientos y voluntades; para tener ideas, pensamientos y voluntades, es necesario tener órganos; para tener órganos, es necesario tener un cuerpo: para obrar sobre los cuerpos, es menester tener un cuerpo; para esperimentar el desórden, es menester ser susceptible de sufrir. De donde se sigue evidentemente, que un puro espíritu no puede ser intelijente, ni puede estar afectado de lo que pasa en el universo.

La intelijencia divina, las ideas y las miras divinas no tienen, decís, nada de comun con las de los hombres, sea en hora buena; pero en este caso ¿como pueden los hombres juzgar sea bien ó mal de estas miras: raciocinar sobre estas ideas, y admirar esta intelijencia? Sería juzgar, admirar, adorar una cosa de la cual no puede por sí mismo formar idea. ¿Adorar las miras profundas de la sabiduría divina, no es adorar lo que se está en imposibilidad de juzgar? admirar estas miras ¿no es admirar sin saber por que? la admiracion es siempre hija de la icnorancia. Los hombres no admiran ni adoran sino lo que no comprehenden.

§. 47.

Todas estas cualidades que se dàn á Dios no pueden de ninguna manera convenir á un ser quien por su propia esencia está privado de toda analojía con los séres de la especie humana. Es verdad que se cree poderle dar salida, ecsajerando las cualidades humanas de las que se ha adornado á la divinidad; la llevan hasta lo infinito, y desde entónces se dejan ya de comprender. ¿Que resulta de esta combinacion del hombre con Dios, ó de esta teantropía? no resulta sino una quimera, de la que nada se puede afirmar que no haga al instante desvanecer el fantasma, que con tanta pena se habia combinado.

El Dante en su canto del *paraiso* cuenta, que la divinidad se le habia manifestado bajo la forma de tres círculos que formaban un iris, cuios colores vivos nacian los unos de los otros; pero que habiendo querido fijar su luz que deslumbraba, el poeta no vió otra cosa mas que su propia figura. Adorando á Dios, el hombre se adora así mismo.

§. 48.

Debiera bastarnos la mas lijera reflección, *para probar* que Dios no puede tener alguna

de las cualidades; de las virtudes, ó de las perfecciones humanas. Nuestras virtudes, y nuestras perfecciones, son consecuencias de nuestro temperamento moderado. ¿Acaso Dios, tiene un temperamento como nosotros? Nuestras buenas cualidades, son disposiciones relativas á los sères, con quien vivimos en sociedad. Dios segun vosotros es un ser aislado; Dios no tiene semejante; Dios no vive en sociedad; Dios de nadie necesita, goza de una felicidad que nada puede alterar. Convenid pues en vista de vuestros mismos principios, que Dios no puede tener lo que llamamos virtudes, y que los hombres no pueden ser virtuosos con respecto á él.

§. 49.

El hombre prendado de su propio mérito, se imajina que en la formacion del universo, el único objeto que Dios se propuso fué la especie humana. ¿Sobre que funda esta opinion tan lisonjera? es, se nos dice, por que el hombre es el solo ser dotado de una intelijencia, que lo pone en disposicion de conocer la divinidad, y de tributarle homenajes dignos de ella. Se nos asegura que Dios no ha hecho el mundo, sino para su propia gloria, y que la especie humana debió entrar en su plan, á fin de que

hubiese alguno para admirar sus obras, y glorificarlo. Pero en vista de estas suposiciones, Dios ha visiblemente errado sus designios. 1º—El hombre segun vuestro propio sentir, estará siempre en la mas incompleta posibilidad de conocer á su Dios, y en la mas invencible ignorancia de su esencia divina. 2º—Un ser que no tiene semejante, no puede ser susceptible de gloria; la gloria no puede resultar, sino de la comparacion de su propia ecselencia con las de los otros. 3º—Si Dios por sí mismo es infinitamente felíz, si se basta así mismo, ¿Que necesidad tiene de los homenajes de sus débiles creaturas? 4º—Dios á pesar de todos sus trabajos no está glorificado; al contrario, todas las relijiones del mundo nos lo hacen ver como perpetuamente ofendido; y no tienen otro objeto sino la reconciliacion del hombre pecador, ingrato, y rebelde, con su Dios irritado.

§. 50.

Si Dios es infinito, es aun ménos hecho para el hombre, que el hombre para las hormigas. ¿Las hormigas de un jardin raciocinarían justo sobre el jardinero, si se acordáran de ocuparse, de sus intenciones, de sus deseos, y de sus proiectos? ¿hubieran *pensado justo* si pretendieran que el parque

de Versalles no ha sido plantado sino para ellas, y que la bondad de un monarca fastuoso, no ha tenido otro objeto que el de alojarlas soberbiamente? pero segun la teolojía, el hombre es con respecto á Dios mucho mas inferior, que el mas vil insecto, lo es con respecto al hombre; y así por confesion de la misma teolojía: La teolojía que no hace mas que ocuparse de los atributos y de las miras de la divinidad, es la mas completa locura..

§. 51.

Se pretende que formando Dios el universo, no ha tenido mas objeto que hacer al hombre feliz; ¿pero en un mundo hecho espresamente para él, y gobernado por un Dios todo poderoso; el hombre es en realidad dichoso? ¿Son sus gozos duraderos? ¿No se hallan sus placeres mezclados de penas? ¿Hay muchas jentes que estén contentas con su suerte? ¿El jénero humano no es víctima continua de los males físicos y morales? ¿Esta máquina humana que nos representa como la obra maestra de la industria del Criador, no tiene mil modos de descomponerse? ¿Nos maravillaríamos del talento de un maestro de mecánica que nos hi-

ta sobre todas las partes de este globo, veo al hombre rústico y al hombre civilizado en una lucha continua con la Providencia: necesita parar los golpes que le descarga, por los uracanes, las tempestades, las heladas, los granizos, las piedras, las inundaciones, las sequedades, y en fin, por los muchos accidentes que inutilizan sus trabajos.—En una palabra veo el linaje humano, continuamente ocupado en precaverse contra los malos golpes de esta Providencia, que dicen ocupada del cuidado de su felicidad.

Un devoto admiraba la Providencia Divina, por haber sabiamente hecho pasar rios caudalosos, por todos los sitios donde los hombres han edificado ciudades grandes. El modo de raciocinar de este hombre es tan juicioso, como el de tantos sábios que no cesa de hablarnos de las causas finales, ó que pr tenden apercibir claramente las miras ben ficas de Dios en la formacion de las cos

§. 53.

Acaso vemos que la Providencia D se manifieste de un modo sensible en la servacion de las obras admirables que atribuyen. Si es ella la que gobierna el m tan ocupada la encontramos en destrui

enformar, en esterminar como en producir. ¿No hace morir á cada instante á millares estos mismos hombres, á cuia conservacion y bien estar, se le supone en continua atencion? A cado instante pierde de vista su creatura querida: tan pronto conmueve su estancia; tan pronto destruie sus mieses; unas veces innunda sus campos, los abraza, los asola por una sequedad ardiente, ya, arma la naturaleza entera contra el hombre, ya, arma al mismo hombre contra su propia especie; y acaba comunmente por hacerlo espirar en los dolores. ¿Es esto que lo llaman conservar el universo?

Si se considerase sin preocupacion la conducta equívoca de la Providencia, relativamente á la especie humana, y á todos los séres sensibles, se encontraría que, muy léjos de parecerse á una madre tierna y cuidadosa, se parece mas bien á estas madres descatadas, que olvidando al instante los frutos desgraciados de sus amores lascivos, abandonan sus hijos desde que han nacido, y contentas con haberlos enjendrado, los esponen sin socorro á los caprichos de la suerte.

Los Otentotes mucho mas sábios en esto que otras naciones que los tratan de bárbaros, rehusan (segun dicen) de adorar á Dios; por que *si hace muchas veces el bien, tambien hace muchas veces el mal.* ¿No es este argumento mas justo, y mas conforme á la

esperiencia, que el de tantos hombres que se obstinan á no ver en su Dios, sino bondad, sabiduría y prevision; y que rehusan de ver que el sin número de males de que este mundo es teatro, deben dimanar de la misma mano que besan con trausporte?

§. 54.

La Lójica del buen sentido nos enseña que, no se puede ni se debe juzgar de una causa sino por sus efectos. Una causa no se puede reputar constantemente buena, sino cuando produce constantemente efectos buenos, útiles y agradables. Una causa que produce el bien y el mal, es una causa tan pronto buena como mala. Pero la lójica de la teolojía destruie todo esto, segun ella los Fenomenos de la naturaleza, ó los efectos que vemos en este mundo nos prueban la ecsistencia de una causa infinitamente buena, y esta causa es Dios. Aunque este mundo esté lleno de males; aunque el desórden reine de continuo, aunque á cada instante los hombres jiman por la suerte que los oprime, deben estar convencidos que estos efectos, son debidos á una causa benéfica é inmutable; ¡y hay muchas jentes que lo creen, ó aparentan creerlo!

Todo lo que pasa en el mundo nos prueba del modo mas claro, que no está gobernado por un ser intelijente. No podemos juzgar de la intelijencia de un ser, sino por la conformidad de los medios que emplea para alcanzar el fin que se propone. El fin de Dios es, nos dicen, la felicidad de nuestra especie, sin embargo, una misma necesidad arregla la suerte de todos los séres sensibles, que no nacen sino para sufrir, gozar poco, y morir. La copa del hombre está llena de alegría y de amargura; por todas partes el mal está al lado del bien; el órden está reemplazado por el desórden: á la jeneracion sigue la destruccion. Si me decís que los designios de Dios son misterios, y que sus miras son imposibles de comprender; os responderé que en este caso me es imposible juzgar si Dios es intelijente.

§. 55.

Pretendeis que Dios es inmutable ¿pero cual es la cosa que produce en este mundo del que haceis su imperio, una instabilidad continua? ¿Ecsiste algun estado sujeto á revoluciones mas frecuentes y mas crueles que el de este monarca desconocido? ¿Como es posible atribuir á un Dios inmutable, bastante poderoso, para dar la solidéz á sus obras, el

despues de una felicidad duradera, y mas pura que la de que gozan ahora. 2º—¿Como es posible concebir, que un Dios que todo lo sabe y que debe conocer á fondo. las disposiciones de sus creaturas, necesite aun de tantas pruebas para asegurarse de sus disposiciones? 3º—Segun los cálculos de nuestros pobres cronolojistas, la tierra que habitamos subsiste desde seis á siete mil años; desde entónces las naciones, bajo varias formas, han esperimentado sin cesar vicisitudes y calamidades tristes: la historia nos hace ver la especie humana, atormentad y aflijida en todos tiempos; por conquistad res tiranos, héroes, guerras, innundacione hámbres, epidemias y &.ª ¿Pruebas tan l gas, son acaso hechas para inspirarnos muy gran confianza de las miras ocu de la Divinidad? ¿Podrán tantos male tan constantes, darnos una alta idea de l tura suerte que su bondad nos prep 4º—¿Si Dios está tan bien dispuesto nos lo aseguran, sin dar á los hombr felicidad sin fin; ¿No hubiera á lo podido comunicarles el grado de felic que los entes finitos, ó que tienen f susceptibles en este mundo? ¿Para chosos, acaso se necesita de una feli finita ó divina? 5º—Si Dios no h hacer los hombres mas felices que l en esta vida, ¿que se hará de la za del paraiso, donde se pretend

escojidos gozarán para siempre de una felicidad inefable? Si Dios no pudo ni quiso apartar el mal de la tierra, la sola morada que podemos conocer ¿que razon tendrémos para presumir que querrá ó podrá apartar el mal de otro mundo, del que ninguna idea tenemos?

„ Hay mas de dos mil años que, segun Lac„ tancio, el sábio Epicurio ha dicho; ó bien „ Dios quiere impedir el mal, y no puede „ conseguirlo; ó lo puede y no lo quiere; „ ó no lo quiere ni lo puede, ó lo quiere „ y lo puede. Si lo quiere sin poderlo, es „ impotente; si lo puede y no lo quiere; ten„ dría una malicia que no se le puede atri„ buir: si no lo puede ni lo quiere, sería „ á la vez impotente y malicioso, y por con„ siguiente no sería Dios; si lo quiere, y si „ lo puede, ¿de adonde viene pues el mal, „ ó mas bien por que no lo impide"? Desde mas de dos mil años, los hombres ilustrados aguardan una solucion racional á estas dificultades, y nuestros doctores nos enseñan que no serán allanadas sino en la otra vida.

§. 58.

Se nos habla de una pretendida *escala de los séres*. Se supone que Dios ha dividido sus creaturas en diferentes clases; en las que

cada una goza el grado de felicidad de que es susceptible. Segun este argumento Romanesco, desde el Ostion, hasta los ángeles celestiales, todos los séres gozan del bien estar que les es propio. La esperiencia contradice formalmente este sublime sueño. En el mundo en que estamos, vemos todos los séres sensibles padecer y vivir en medio de los peligros. El hombre no puede dar un paso sin herir, atormentar, y atropellar un sin número de séres que se encuentran en su camino, miéntras que él mismo está espuesto á cada paso á una multitud de males previstos, é imprevistos que lo pueden llevar á su destruccion. ¿No bastará la idea sola de la muerte para turbarlo en el seno de los gozos mas vivos? Durante todo el curso de su vida está luchando con las pénas; no está seguro un momento de conservar su ecsistencia á la que se le vé tan fuertemente apegado, y la que mira como la mejor y la maior dádiva de la Divinidad.

§. 59.

El mundo se dirá, tiene toda la perfeccion de que era susceptible: por la misma razon que no es Dios quien ha hecho el *mundo*, ha sido preciso que tuviese grandes cualidades, y grandes defectos. Pero res-

ponderémos que debiendo él mundo por necesidad tener grandes defectos, hubiera sido mas conforme á la naturaleza de un Dios bueno, no crear un mundo, el cual no podia hacer completamente felíz. Si Dios que era segun vosotros soberanamente felíz, ántes de la creacion del mundo, hubiera continuado á ser soberanamente dichoso sin el mundo creado: ¿Porque no se estaba en su descanso? ¿Que necesidad hay que el hombre padezca? ¿Porque es menester que el hombre ecsista? ¿Que importa á Dios su ecsistencia? De nada ó de algo ¿Si su ecsistencia no le era útil ó necesaria, porque no lo dejaba en la nada? ¿Si su ecsitencia es necesaria á su gloria, entónces necesitaba del hombre, le faltaba algo ántes que este hombre ecsistiera? Se puede perdonar á un artista torpe haber hecho una obra imperfecta, por que es necesario que trabaje bien ó mal, so pena de morir de hámbre: este artista es disculpable; pero vuestro Dios no lo es; segun vosotros ¡oh! doctores se basta así mismo. ¿En este caso porque forma hombres? ¿Tiene segun vosotros todo lo que necesita para hacer los hombres felices, por que pues no los hace? Concluid que vuestro Dios tiene mas malicia que bondad; á ménos que no consintais en decir que Dios ha tenido necesidad de hacer lo que ha hecho, sin poderlo hacer de otra manera; sin em-

bargo asegurais que vuestro Dios es libre: decís tambien que es inmutable, aunque empieza con el tiempo, y acaba con el tiempo de ejercer su poder, así como todos los séres inconstantes de este mundo. ¡Oh teólogos! En vano habeis hecho esfuerzos para libertar á vuestro Dios de todas las faltas del hombre, siempre le ha quedado á este Dios tan perfecto una puntita de oreja humana.

§. 60.

" ¿Dios no es el dueño de sus gracias? ¿No „ tiene derecho de disponer de su bien? ¿No „ pertenece à su creatura pedirle razon de su „ conducta? Puede disponer á su antojo de „ las obras de sus manos; soberano absoluto „ de los mortales, distribuie la felicidad ó la „ desgracia segun su buen placer." Ved aquí las soluciones que nos dán los teólogos para consolarnos de los males que Dios nos hace. Nosotros le dirémos que un Dios que fuese infinitamente bueno, no sería *el dueño de estas gracias*; pero por su propia naturaleza estaría obligado á derramarlas sobre sus creaturas: les dirémos que un ser verdaderamente generoso no vuelve á tomar lo que ha dado, y que todo hombre que lo hace, dis*pensa* el reconocimiento, y no tiene razon de *quejarse* de haber hecho ingratos.

¿Como se puede conciliar la conducta arbitraria y estravagante que los teólogos dán á Dios, con la relijion, que se supone un pacto y obligaciones recíprocas, entre este Dios y los hombres? Si Dios nada debe á sus creaturas, estas por su parte nada pueden deber á su Dios. Toda relijion está fundada sobre la felicidad que los hombres se creen en derecho de aguardar de la Divinidad, cual se supone decirles: *amadme, adoradme, obedecedme, y os haré felices.* Los hombres por su parte le dicen, *hacednos felices; sed fiel á nuestras promesas. Os amarémos, os adorarémos, y obedecerémos á vuestras leies.* ¿Si Dios descuida la felicidad de sus creaturas distribuiendo sus favores y sus gracias segun su antojo, y volviendo á tomar sus dádivas, no rompe el tratado que sirve de base á toda relijion?

Ciceron ha dicho con razon que *si Dios no se hace agradable al hombre, no puede ser su Dios* (4). La bondad constituie la Divinidad, esta bondad no se puede manifestar al hombre, sino por los bienes que esperimenta; luego que es infeliz, esta bondad desaparece y hace desaparecer á un mismo tiempo la Divinidad. Una bondad infinita no puede ser ni limitada, ni parcial, ni esclusiva.

[4] *Nisi Deus homini placuerit Deus non est Deus.*

Si Dios es infinitamente bueno, debe la felicidad á todas sus creaturas; un solo ser desgraciado bastaría para destruir la idea de una bondad sin límites. ¿Es posible concebir que bajo un Dios infinitamente bueno y poderoso, pueda un solo hombre padecer? Un animal, una hormiga que padezca subministran argumentos invencibles contra la Divina Providencia y sus bondades infinitas.

§. 61.

Segun los teólogos, las aflicciones y los males de esta vida, son castigos que los hombres culpados se atrahen de la Divinidad. ¿Pero porque serán culpados los hombres? ¿Si Dios es todo poderoso, acaso le cuesta mas decir, que todo en este mundo permanezca en el órden, que todos mis súbditos sean buenos, innocentes, afortunados; que decir *que todo ecsista*? ¿Le era mas dificil á este Dios el hacer bien su obra que hacerla tan mal? ¿Habia acaso mas distancia de la no ecsistencia de los séres, á su ecsistencia sábia y feliz; que de su inecsistencia, á su ecsistencia insensata y miserable?

La relijion nos habla de un *infierno*, es decir, de una morada horrible á donde Dios no obstante su bondad, reserva tormentos in*finitos* para la maior parte de los hombres,

Así es que despues de haber hecho los mortales muy desgraciados en este mundo, la relijion les hace entrever que Dios podrá muy bien hacerlos mas desgraciados en otro! Le dán salida diciendo que entónces la bondad de Dios hará lugar á su justicia. Pero una bondad que hace lugar á la crueldad mas terrible no es una bondad infinita. Ademas un Dios que despues de haber sido infinitamente bueno, se hace infinitamente malo, ¿puede ser mirado como un ser inmutable? ¿Un Dios lleno de un furor implacable es acaso un Dios en quien se pueda volver á encontrar la sombra de la clemencia ó de la bondad?

§. 62.

La justicia Divina, como la pintan nuestros doctores, es sin duda una cualidad bastante propia para hacernos amar la Divinidad; por las nociones de la teolojía moderna, parece evidente que Dios no ha creado el maior número de los hombres sino con la idea de ponerlos al alcance de merecer suplicios eternos. ¿No hubiera sido mas conforme á la bondad, á la razon y á la equidad, no crear mas que piedras ó plantas, y no crear entes sensibles, que formar hombres cuia conducta en este mundo, podia acarrearles en el otro *castigos* sin fin? Un Dios bastante

pérfido y malicioso para crear un solo hombre y dejarlo despues espuesto al peligro de condenarse, no puede mirarse como un ser perfecto; pero sí como un monstruo de temeridad, de injusticia, de malicia y de atrocidad. Muy léjos de que los teólogos haian compuesto un Dios perfecto, no han formado sino el mas imperfecto de los séres.

Segun las nociones teolójicas, Dios se pareceria á un tirano, quien habiendo hecho sacar los ojos al maior número de sus esclavos, los encerraría en un calabozo, donde para entretenerse observaría *incognito* por una trampa su conducta, á fin de castigar cruelmente todos aquellos que andando, se hubieran dado encontronazos los unos á los otros; pero que premiaría magnificamente el pequeño número de aquellos á quienes habia dejado la vista, por haber tenido la sutileza de evitar los encuentros de sus compañeros. Tales son las ideas que el Docma de la *predestinacion gratuita* nos dá de la Divinidad.

Aunque los hombres se maten repitiéndonos que su Dios es infinitamente bueno, es evidente que en el fondo nada de esto se puede creer. ¿Como es posible amar lo que no se conoce? ¿Como se puede amar un ser cuia idea solo es propia para causar inquietud y turbacion? ¿Como se puede amar un ente, del que cuanto se dice conspira á hacerlo soberanamente odioso?

§. 63.

Muchas jentes nos hacen una distincion sutíl entre la verdadera relijion y la *supersticion*; nos dicen que esta no es sino un temor remiso y desareglado de la Divinidad. Que el hombre verdaderamente relijioso tiene confianza en su Dios y lo ama sinceramente; en lugar que el supersticioso no vé en él sino un enemigo, no tiene ninguna confianza en él y se lo representa como un tirano sospechoso, cruel, avariento de sus beneficios, y pródigo de sus castigos; ¿pero en el fundo toda relijion, no nos dá estas mismas ideas de Dios? ¿Al mismo tiempo que nos dice que Dios es infinitamente bueno, no se nos repite sin cesar que se irrita muy facilmente, que no concede sus gracias sino á muy pocas jentes, y que castiga con furor aquellos á quienes no ha querido concederlas?

§. 64.

Si se toman las ideas de Dios en la naturaleza de las cosas, en las que hallamos una mezcla de bienes y de males; este Dios, segun el bien ó el mal que esperimentamos; debe naturalmente parecernos caprichoso é inconstante, tan pronto bueno como malo; y

por lo mismo en lugar de ecsitar nuestro amor; debe hacer nacer en nuestros corazones, desconfianzas é incertidumbre. Lo que prueba que no hay diferencia real entre la relijion natural y la supersticion mas obscura y mas servil. Si el Deista no vé á Dios, sino del lado hermoso, el supersticioso lo mira del lado mas horrible. La locura del uno es graciosa, y la locura del otro es lúgubre; pero ámbos están igualmente en delirio.

§. 65.

Si formo mis ideas de Dios segun la teolojía, Dios no se presenta á mí sino bajo las apariencias las mas capaces de rechazar el amor. Los devotos que nos dicen que aman sinceramente á su Dios, ó son locos ó embusteros, que no ven su Dios sino de perfil. Es imposible amar un ser cuia idea solo es propia para ecsitar errores, cuios juicios hacen estremecer. ¿Como se puede considerar sin sobresalto un Dios que suponen bastante bárbaro para podernos condenar?

Que no se nos hable de un temor filial, ó de un temor respetuoso y mezclado de amor, que los hombres deben tener para su Dios. Un hijo no puede de ninguna manera amar á su padre, cuando sabe que su crueldad llega *al punto* de inflinjirle los mas atroces tormen-

tos, para castigarlo de la menor falta que pueda haber cometido. Ningun hombre hay sobre la tierra que pueda tener la menor chispa de amor á un Dios que reserva castigos, infinitos por la duracion y la violencia á los noventa y nueve centésimos de sus hijos.

§. 66.

Los inventores del docma de la eternidad de las penas del infierno, han hecho del Dios que dicen tan bueno, el mas detestable de los séres. La crueldad en los hombres, es el último término de la malicia: no hay alma sensible que no esté conmovida y destemplada por la sola relacion de los tormentos que esperimenta el mas grande de los mal hechores; pero la crueldad es aun mas capaz de indignar, cuando se juzga gratuita y desprovista de motivos. Los tiranos mas sanguinarios, los Caligulas, los Nerones, los Domitianos, tenian à lo ménos algunos motivos para atormentar sus víctimas, y para insultarlos en sus sufrimientos: estos motivos eran, ó su propia seguridad, el furor de la venganza, el deseo de amedentrar con ejemplos terribles, ó tal vez la vanidad de hacer ostentacion de su poder, y el deseo de satisfacer una curiosidad bárbara. ¿Puede acaso un Dios tener alguno de estos moti-

vos? Atormentando las víctimas de su cólera, castigaría entes que en realidad no han podido ni hacer peligrar su poder constante, ni turbar su felicidad, que nada puede alterarla. Por otro lado, los suplicios de la otra vida serian inútiles á los condenados, por que no se convierten mas en el infierno, y que ha pasado el tiempo de las misericordias. De donde se sigue, que Dios en el ejercicio de su eterna venganza, no tendría otro fin sino el de divertirse, é insultar á la debilidad de sus creaturas.

Emplazo al jénero humano entero. ¿Será posible que en la naturaleza haia un hombre que se sienta bastante cruel, para á sangre fria querer atormentar, no digo á sus semejantes, pero á un ser sensible cualquiera sin retribuciou, sin provecho, sin curiosidad y sin tener nada que temer? Concluid pues ó teólogos que en vista de vuestros propios principios; vuestro Dios es infinitamente peor que el peor de los hombres.

Me diréis puede ser que *ofensas infinitas merecen castigos infinitos*; y yo os diré que no se ofende á un Dios cuia felicidad es infinita; os diré ademas que tienen fin; no pueden ser infinitas; os diré que, un Dios que no quiere que se le ofenda, no puede consentir en hacer durar las ofensas de sus creaturas durante la eternidad: os diré que *un Dios* infinitamente bueno, no puede ser

infinitamente cruel ni conceder á sus creaturas una duracion infinita, únicamente para complacerse en atormentarlos sin fin.

Solo la barbarie mas salvaje; solo la mas insigne mentira; solo la mas ciega ambicion pueden haber imajinado el docma de la eternidad de las pénas. Si ecsistiera un Dios á quien pudiera ofenderse y blasfemar, no habría sobre la tierra maiores blasfemos que aquellos que se atreven á decir á que este Dios es un tirano tan perverso, que se complace eternamente en los tormentos inútiles de sus débiles criaturas.

§. 67.

Pretender que Dios puede ofenderse de las acciones de los hombres, es destruir todas las ideas que por otra parte se esfuerzan á darnos de este ser. Decir que el hombre puede turbar el órden del universo, que puede encender el raio en la mano de su Dios, que puede desconcertar sus proiectos; es decir, que el hombre es mas fuerte que su Dios, que es el árbitro de su voluntad, que de él depende alterar su bondad y convertirla en crueldad. La teolojía no hace sin cesar otra cosa, que destruir con una mano lo que edifica con la otra. Si toda relijion se funda sobre un Dios que se irrita y se aplaca, toda relijion se funda sobre una contradiccion palpable.

Todas las relijiones se dan las manos para ecsajerarnos la sabiduría y el poder infinito de la Divinidad; pero luego que nos esponen su conducta, no encontramos en él mas que imprudencia, falta de prevision, debilidad y locura. Dios, se dice, ha criado el mundo para sí, y hasta aquí no ha podido conseguir hacerse honrar convenientemente. Dios ha criado los hombres con el fin de tener en sus estados, vasallos que le rindiesen sus homenajes; y vemos á los hombres rebelados continuamente contra él.

§. 68.

No cesan de ponderarnos las perfecciones divinas, y cuando ecsijimos las pruebas, nos manifiestan sus obras, en las que aseguran que estas perfecciones están escritas con caractéres indélebles. Todas estas obras son sin embargo imperfectas y perecederas; el hombre que es mirado sin cesar como la obra maestra, como la obra mas maravillosa de la Divinidad, está lleno de imperfecciones que lo hacen desagradable á los ojos del artífice omnipotente que lo ha formado; esta obra admirable se rebela con tanta frecuencia, y es tan odiosa para su autor, que se *vé* obligado á arrojarla al fuego. Pero si la *obra mas rara* de la Divinidad es imperfec-

a, ¿por donde podrémos juzgar de las per-
ecciones divinas? Una obra de que su pro-
pio autor está tan poco contento ¿puede ha-
ernos admirar su habilidad? El hombre fisi-
co está sujeto á mil enfermedades, á males
in número, y á la muerte. El hombre moral
stá lleno de defectos, y sin embargo se mata
liciéndonos que, él es la mas bella obra del
nas perfecto de los séres.

§. 69.

En la creacion de séres mas perfectos que
l hombre, parece que Dios no ha tenido
nejor acierto, ni dado maiores pruebas de
u perfeccion. ¿No vemos en muchas reli-
iones, que los *ánjeles*, los espíritus puros,
e han rebelado contra su Señor, y aun han
retendido arrojarlo de su trono? Dios se ha
ropuesto la felicidad de los ánjeles y de los
ombres, y jamás ha podido conseguir ha-
erlos felices: el orgullo, la malicia, los pe-
ados, las impertinencias de las criaturas, se
an opuesto siempre á las voluntades del Cria-
lor perfecto.

§. 70.

Toda relijion está visiblemente fundada so-
re el principio que *Dios* propone y el hom-

bre dispone. Todas las relijiones del mundo nos presentan un desigual combate, entre la Divinidad y sus creaturas. Dios no atiende jamás á su felicidad: apesar de todo su poder, nunca ha podido hacer las obras de sus manos tales como quisiera que fuesen. Para colmo de necedad; hay una relijion que pretende que el mismo Dios ha muerto para reparar el jénero humano, y apesar de esta muerte, los hombres nada son ménos que lo que este Dios deseara!

§. 71.

Nada mas estravagante que el rango, que la teolojía hace hacar á Dios en todo país; si la cosa fuese real, estaríamos obligados á ver en ella el mas caprichoso y el mas insensato de todos los séres. Nos veríamos obligados á creer que Dios ha hecho el mundo únicamente para que sea el teatro de las guerras deshonrosas con sus criaturas; que no ha criado los ànjeles, los hombres, los demonios y los espíritus malignos, sino para hacerse adversarios contra quienes ejercitar su poder. El los hace libres para ofenderlo, bastante malignos que puedan desconcertar sus proiectos, y tan tenaces que no se arrepientan jamás: todo para tener el placer *de irritarse*; de aplacacarse, de reconciliarse

y de reparar el desórden que le han hecho. Si la Divinidad hubiese de una vez formado sus criaturas tales como debian ser para agradarle, ¡de cuantas pénas no se hubiera dispensado, ó al ménos de cuantos embarazos no hubiese librado á sus teólogos!

Segun todos los sistemas relijiosos de la tierra, parece que Dios se ocupa únicamente en procurarse mal: él obra como ciertos charlatanes que se hacen grandes heridas, para poder manifestar al público la bondad de su ungüento. Sin embargo no vemos que la Divinidad haia podido hasta aquí curarse radicalmente, del mal que se ha procurado por medio de los hombres.

§. 72.

Dios es el autor de todo: sin embargo se nos asegura que el mal no viene de Dios. ¿De donde viene pues? de los hombres. Pero ¿quien ha hecho los hombres? Dios. Luego de Dios proviene el mal. Si él no hubiese hecho á los hombres tales cuales son, no ecsistiría en el mundo el mal moral ó el pecado. Es á Dios, á quien debe atribuirse el que el hombre sea tan perverso. Si el hombre tiene poder para hacer el mal, ú ofender á Dios, estamos precisados á concluir que Dios quiere ser ofendido; que Dios que ha hecho al hom-

bre, ha resuelto que el mal se haga por el hombre; sin esto el hombre sería un efecto contrario á la causa de que procede.

§. 73.

Se atribuie á Dios la facultad de preveer, y de saber de antemano todo lo que debe suceder en el mundo; pero esta pre-ciencia no pude céder en gloria suia, ni ponerlo á cubierto de las quejas que los hombres pudieran producirle lejítimamente. Si Dios tiene la pre-ciencia de lo venidero, ¿no ha debido preveer la caida de sus criaturas, que habia determinado fuesen felices? Si en sus decretos ha resuelto permitir esta caida, es sin duda porque ha querido que se verificase; sin su voluntad no hubiera sucedido. Si la pre-ciencia divina de los pecados de sus criaturas fuese necesaria ó forzada, se pudiera suponer que Dios se ha visto precisado, por su injusticia, á castigar los culpables: pero Dios gozando de la facultad de preveerlo todo, y del poder de predeterminarlo todo, ¿no tenia en su mano el no imponerse leies tan crueles, ó al ménos no podia dispensarse de la creacion de unos séres que pudieran darle ocasion para castigarlos y para hacerlos infelices por un decreto consiguiente? ¿Que importa que Dios haia destinado

los hombres á la felicidad ó á la desgracia por un decreto anterior, efecto de su presciencia, ó por un decreto posterior, efecto de su injusticia? ¿El órden de sus decretos altera de algun modo la suerte de los desgraciados? ¿No tendrán igual derecho á quejarse de un Dios que pudiendo dejarlos en la nada, los ha sacado de ella á pesar de haber previsto que su justicia le obligaría á castigarlos tarde ó temprano?

§. 74.

"El hombre, decís, cuando salió de las manos de Dios, era puro, inocente y bueno; pero su naturaleza se ha corrompido en castigo del pecado." Si el hombre ha podido pecar al salir de las manos de Dios, no era su naturaleza perfecta. ¿Porque Dios ha permitido que pecase y se corrompiese su naturaleza? ¿Porqué lo ha dejado seducir, sabiendo mui bien que era demasiado débil para resistir al tentador? ¿Porqué ha criado un Satanás, un espíritu maligno, un tentador? ¿Porqué Dios que deseaba tanto bien al jénero humano, no ha destruido de una vez tantos malos jénios, cuia naturaleza los hace enemigos de nuestra felilicidad? O mas bien ¿porqué ha criado Dios los malos jénios, cuias victorias y terribles influen-

cias sobre la humanidad debia preveer? En fin, ¿porqué fatalidad en todas las relijiones, el mal principio ha tenido ventajas tan señaladas sobre el buen principio, ó sobre la Divinidad?

§. 75.

Se refiere un rasgo de simplicidad que hace honor al buen corazon de un monje italiano. Este buen hombre, predicando un dia, se creió obligado á manifestar á su auditorio que, gracias al cielo, á fuerza de meditar en él, habia por fin descubierto un medio seguro de hacer á todos los hombres dichosos. „El diablo, decia, no tienta á los hombres sino para tener en el infierno compañeros de su desgracia: dirijámonos, pues, al papa, que posée las llaves del paraiso y del infierno; empeñémosle a rogar á Dios en cabeza de toda la iglesia, á que digne reconciliarse con el diablo, lo admita en su gracia, lo retablezca á su primer estado, y con esto dará fin á sus proiectos siniestros contra el jénero humano." El buen monje no veria tal vez, que el diablo al ménos era tan útil como Dios á los ministros de la relijion; éstos se hallan demasiado bien con sus disenciones, para prestarse á un acomodo entre dos enemigos, sobre cuios combates están fundadas su ecsistencia y sus rentas. Si los

hombres cesasen de ser tentados y de pecar, sería inútil à los sacerdotes su ministerio. El maniqueismo es evidentemente el eje de todas las relijiones; pero por desgracia, el diablo, inventado para justificar á la Divinidad de la sospecha de malicia, nos prueba á cada momento la impotencia, ó la poca habilidad de su celestial adversario.

§. 76.

La naturaleza del hombre, dicen, ha debido corromperse necesariamente; Dios no ha podido comunicarle la *impecabilidad*, que es una porcion inalienable de la perfeccion divina. Pero si Dios no ha podido hacer al hombre impecable, ¿porque se ha tomado el trabajo de criarlo, cuando su naturaleza debia precisamente corromperlo y por consiguiente ofender á Dios? Por otra parte, si el mismo Dios no ha podido hacer la naturaleza humana impecable ¿con qué derecho castiga á los hombres porque pecan? Esto no puede suceder sino por el derecho del mas fuerte; pero el derecho del mas fuerte se llama violencia, y la violencia no puede convenir al mas justo de los séres. Dios sería soberanamente injusto, si castigase á los hombres por no disfrutar de las perfecciones divinas, ó por no poder ser dioses como él.

? No hubiera podido Dios comunicar al ménos á todos los hombres la especie de perfeccion de que su naturaleza es susceptible? Si algunos hombres son buenos, ó se hacen agradables á su Dios ¿porqué este Dios no ha hecho la misma gracia, ó no dá las mismas disposiciones á todos los séres de nuestra especie? ¿Porque el número de los malos es mucho maior que el de los buenos? ¿Porqué contra un amigo encuentra Dios diez mil enemigos, en un mundo que pudiera haber poblado de jentes honradas? Si es cierto que Dios ha proiectado formarse en el cielo una córte de santos, de elejidos, ó de hombres que haian vivido en la tierra conforme á sus miras, ¿no hubiera tenido una córte mas numerosa, mas brillante, mas honorífica, si la hubiese compuesto de todos los hombres á quienes pudo concederles al tiempo de su creacion el grado de bondad necesario para merecer la felicidad eterna? En fin, ¿no era mas fácil haber dejado al hombre en la nada, que no haberlo criado lleno de defectos, rebelde á su Criador, y espuesto perpetuamente á perderse por un abuso fatal de su libertad?

En lugar de crear hombres, un Dios perfecto no debió crear sino ánjeles muy dóciles y sumisos. Los ánjeles, dicen, son libres; algunos de éllos han pecado: no han abusado todos de su libertad para rebe-

larse contra su Señor. ¿No hubiera podido Dios crear, solo los ánjeles buenos? Si Dios ha creado ánjeles que no han pecado, ¿no podia haber creado hombres impecables, ó que no abusasen jamás de su libertad para obrar mal? Si los elejidos son incapaces de pecar en el cielo, ¿no hubiera podido Dios hacer hombres impecables sobre la tierra?

§. 77.

No deja de decírsenos que la enorme distancia que separa á los hombres de Dios, hace que su conducta sea necesariamente un misterio para nosotros, y que no podemos tener derecho para preguntar á nuestro Señor. Esta respuesta ¿es satisfactoria? Ya que, segun vosotros, se trata de mi felicidad eterna, ¿no tendré yo derecho para ecsaminar la conducta del mismo Dios? Si los hombres están sometidos al imperio de Dios, es únicamente por que de él esperan su felicidad. Un déspota á quien los hombres no se someten sino por temor, un Señor á quien no puede preguntarse, un soberano absolutamente inaccesible, no puede merecer los homenajes de los séres sensibles é intelijentes. Si la conducta de Dios es para mí un misterio, luego no es hecha para mí. El hombre no puede adorar, ni admirar, ni respe-

tar, ni imitar una conducta, en la que todo es imposible de concebir, ó de la que no puede regularmente formarse mas que ideas desagradables; á ménos que no se pretenda que es preciso adorar todas las cosas que no pueden comprenderse, y que todo lo que no se entiende es desde luego admirable.

¡Sacerdotes! vosotros nos decís sin cesar que los designios de Dios son impenetrables; que *sus medios no son nuestros medios; que sus pensamientos no son los nuestros;* que es una locura quejarse de su administracion, cuios motivos y resortes nos son desconocidos: que es una temeridad tratar sus juicios de injustos, por que nos son incomprensibles. Pero ¿no veis que hablando de este modo, destruís con vuestras propias manos todos vuestros profundos sistemas, cuio objeto es esplicarnos los medios de la Divinidad, que vosotros llamais *impenetrables?* Estos juicios, estos medios y designios ¿los habeis penetrado vosotros? No os atreveis á decirlo, y aunque raciocineis sin fin, no los comprendereis mejor que nosotros. Si por casualidad conoceis el plan de Dios que nos haceis admirar, miéntras que muchos lo hallan tan poco digno de un ser justo, bueno, inteligente y racional, no digais mas que es *impenetrable.* Si lo ignorais como nosotros, tened alguna induljencia con aquellos que confiesan injenuamente que no lo comprenden;

ó que no ven en él nada de divino. Cesad de perseguirnos por opiniones que vosotros mismos no entendeis, cesad de despedazarnos recíprocamente por delirios y conjeturas que se contradicen. Habladnos de cosas intelijibles y verdaderamente útiles para el hombre, y no nos hableis mas de los medios impenetrables de un Dios, sobre los que no haceis mas que titubear y contradeciros.

Hablándonos sin cesar de las profundidades inmensas de la sabiduría divina, prohibiéndonos sondar los abismos, diciéndonos que es una insolencia citar á Dios al tribunal de nuestra mezquina razon, haciéndonos un crímen de juzgar á nuestro Señor, los teólogos, no nos manifiestan sino el embarazo en que se encuentran cuando se trata de dar cuenta de la conducta de un Dios, que creen maravillosa, por que absolutamente no la pueden comprender.

§. 78.

El mal físico se cree comunmente que es el castigo del pecado. Las calamidades, las enfermedades, las hámbres, las guerras, los terremotos, son medios de que Dios se sirve para castigar los hombres perversos. Así es, que no se tiene dificultad en atribuir estos males á la severidad de un Dios justo y bue-

no. Sin embargo ¿ no vemos que estos azotes caen indistintamente sobre los buenos y los malos, sobre los impíos y los devotos, sobre los inocentes y los culpables? ¿ Como se nos quiere hacer admirar en tal procedimiento la justicia y bondad de un ser cuia idea parece consolar á tantos desgraciados? Es necesario, sin duda, que éstos desgraciados tengan el cerebro turbado con sus infortunios, pues que olvidan que su Dios es el árbitro de las cosas, el dispensador único de los acaecimientos de este mundo; en este caso ¿ no deberían quejarse de sus males á áquel en cuios brazos quisieran consolarse de éllos? ¡ Padre desgraciado! tu te consuelas en el seno de la Providencia, de la pérdida de un hijo amado, ó de una esposa que hacia tu felicidad: ¡ ay! ¿ no ves que es tu Dios quien los ha muerto? Tu Dios te ha hecho miserable ¿ y quieres que te consuele de los terribles golpes que él te ha dado?

Las nociones antojadizas ó sobrenaturales de la teolojía han acertado de tal modo á trastornar en el espíritu humano las ideas mas claras, las mas simples, y naturales que los devotos incapaces de acusar á Dios de malicia, se acostumbran á mírar los mas tristes golpes de la suerte como pruebas indudables de la bondad celeste. ¿ Están afliji-*dos?* *se* les ordena creer que Dios los ama, *que Dios los* visita, que Dios los quiere pro-

bar. Así es como la relijion ha llegado á cambiar el mal en bien! Un profano decia con razon: *si el Dios bueno trata así á los que ama, le suplico con el mayor rendimiento que no se acuerde de mí.*

Ha sido preciso que los hombres adquiriesen nociones bien siniestras y bien crueles de su Dios, que creen tan bueno para persuadirse que las calamidades mas espantosas y las aflicciones mas ecsesivas son señales de su furor! Un jenio maléfico, un demonio ¿sería mas injenioso para atormentar á sus enemigos, que lo es algunas veces el Dios de la bondad tan frecuentemente ocupado en hacer sentir sus rigores á sus mas caros amigos?

§. 79.

¿Que diríamos de un padre que nos asegurase velaba sin descanso en la conservacion y bien estar de sus hijuelos débiles y sin prevision, y que sin embargo les dejase la libertad de errar á la ventura en medio de las rocas, de los precipicios y de las aguas: que no les impidiese sino rara vez el seguir sus apetitos desordenados, que les permitiese manejar sin precaucion, armas matadoras, con peligro de herirse gravemente? ¿Que pensaríamos de este mismo padre si en lugar de atribuirse á sí mismo la culpa del

mal sucedido á sus pobres hijos, los es
gase por sus estravíos de un modo cru
Diríamos y con razon, que este padre es
loco que une la injusticia á la necedad

Un Dios que castiga las faltas que pu
ra impedir, es un ser falto de sabidu
de bondad y de equidad. Un Dios prev
prevendría el mal, y de este modo se v
dispensado de calificarlo. Un Dios buenc
castigaría debilidades inherentes á la natu
leza humana. Un Dios justo, si ha he
al hombre, no lo castigaría por no hab
hecho tan fuerte que pudiera resistir à
deseos. Castigar la debilidad, es la mas
justa de las tiranías. ¿No es calumnia
un Dios justo, decir que castiga las fa
de los hombres, aun en la presente vi
¿Como castigará á unos séres que solo
puede correjir, y que miéntras no reci
su gracia no pueden obrar de distinto mo

Segun los principios de los teólogos,
hombre en su estado actual de corrupci
no puede ménos de obrar el mal, pues
sin la divina gracia jamás tiene fuerza p
obrar el bien: pero si la naturaleza del h
bre, abandonada à sí misma, ó destitu
de los divinos ausilios, lo determina nece
riamente al mal, ó lo hace incapaz de ha
el bien ¿que se será del libre alvedrio del h
bre? Segun tales principios, el hombre
puede merecer ni desmerecer: recompensá

Dios al hombre por el bien que ha hecho, no haría mas que recompensarse à sí mismo; castigando al hombre por el mal que ha hecho, lo castigaría por no haberle dado la gracia, sin la cual le era imposible hacer mejor.

§. 80.

Los teólogos nos dicen y nos repiten, que el hombre es libre, cuando todos sus principios conspiran á destruir su libertad. Queriendo justificar á la Divinidad, la acusan de la mas negra injusticia. Suponen que sin la gracia, el hombre está obligado á hacer el mal, y aseguran que Dios lo castigará por no haberle dado la gracia de hacer el bien!

Por poco que reflecsionemos, nos verémoss precisados á reconocer que el hombre obra por necesidad en todas sus acciones, y que su libre alvedrio es una quimera, aun en el sistema de los teólogos. ¿Pende del hombre nacer ó no nacer de tales ó tales padres? ¿Pende del hombre el adquirir ó no adquirir las opiniones de sus padres y maestros? ¿Si yo hubiese nacido de padres idólatras ó mahomentàneos, hubiera dependido de mí el hacerme cristiano? Sin embargo, graves doctores nos aseguran que un Dios justo, con-

denará sin piedad todos aquellos á quien nó haia concedido la gracia de conocer la relijion de los cristianos!

El nacimiento del hombre de ningun modo depende de su eleccion: no se le ha preguntado si quería venir ó no al mundo. La naturaleza no lo ha consultado sobre el pais y los padres que le ha dado. Sus ideas adquiridas, sus opiniones, sus nociones verdaderas ó falsas, son frutos necesarios de la educacion que ha recibido, y de la que no ha sido dueño. Sus pasiones y deseos son consecuencias necesarias del temperamento que la naturaleza le ha dado, y de las ideas que le han inspirado. Durante todo el curso de su vida, sus voluntades y acciones son determinadas por sus relaciones, por sus hábitos, por sus ocupaciones, por sus placeres, por sus conversaciones, por los pensamientos que involuntariamente se le presentan, en una palabra, por una muchedumbre de acontecimientos y accidentes que están fuera de su alcance. Incapaz de preveer lo venidero, no sabe ni lo que querrá, ni lo que hará en el instante que debe seguir inmediatamente al instante en que se encuentra. El hombre llega á su fin, sin que desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte haia sido libre un instante.

El hombre, diréis vosotros, quiere, *delibera*, elije, se determina, y de ello *concluiréis* que sus acciones son libres. Es ver-

dad que el hombre quiere; pero no es dueño de su voluntad ó de sus deseos; no puede desear ni querer sino lo que juzga serle ventajoso; no puede amar el dolor, ni detestar el placer. El hombre, se dirá, prefiere algunas veces el dolor al placer; pero entónces prefiere un dolor pasajero con la mira de procurarse un placer maior ó mas durable. En este caso, la idea de un bien maior lo determina necesariamente á privarse de un bien menor.

No es el amante quien dá á su querida las facciones que lo encantan; luego no es dueño de amar ó no amar el objeto de su ternura; no es dueño de la imajinacion ó del temperamento que lo dominan. De donde se sigue evidentemente que el hombre no es dueño de las voluntades ni de los deseos que se forman en su alma sin que penda de él. Pero el hombre diréis puede resistir á sus deseos; luego es libre. El hombre resiste á sus deseos cuando los motivos que lo alejan de un objeto son mas fuertes que los que le impelen hácia él; pero entónces su resistencia es necesaria. Un hombre que tiene mas temor á la deshonra ó al suplicio, que amor al dinero, resiste ordinariamente al deseo de apoderarse del dinero ajeno.

¿No somos libres cuando deliberamos? ¿*Pero somos dueños* de saber ó no saber, de

estar inciertos ó seguros? La deliberacion es un efecto necesario de la incertidumbre en que nos hallamos sobre las consecuencias de nuestra accion. Desde que estamos, ó creemos estar seguros de estas consecuencias, nos decidimos necesariamente y entónces obramos precisamente segun que haiamos juzgado bien ó mal. Nuestros juicios verdaderos ó falsos, no son libres; son necesariamente determinados por las ideas que hemos recibido, ó que nuestro espíritu se ha formado de éllos.

El hombre no es libre en su eleccion; está evidentemente precisado á elejir lo que juzga serle mas útil ó mas agradable. No es mas libre cuando suspende su eleccion; se vé obligado á suspenderla hasta que conozca ó crea conocer las cualidades de los objetos que se le presentan, ó hasta que haia pesado las consecuencias de sus acciones. El hombre, diréis, se decide á cada momento por acciones que conoce poderle ser nocivas; el hombre algunas veces se mata, luego es libre. Yo lo niego: ¿El hombre es acaso de raciocinar bien ó mal? ¿Su razon y su sabiduría no penden ya sea de las opiniones que se ha formado, ó ya de la conformacion de su máquina? Como ni lo uno ni lo otro pende de su voluntad, no puede tampoco probar su libertad.

„*Si yo hago* la apuesta de hacer ó de no *hacer una* cosa, ¿no seré libre? ¿No pen-

de de mí el hacerla ó no hacerla?" No, os responderé, el deseo de ganar la apuesta os determinará necesariamente á hacer ó no hacer la cosa en cuestion. Pero ¿y si yo consiento en perder la apuesta? Entónces el deseo de probarme que sois libre, será en vos un motivo mas fuerte que el deseo de ganar la apuesta: y este motivo os determinará necesariamente á hacer, ó á no hacer la cosa de que se trata.

Pero, diréis, yo me siento libre. Esta es una ilusion que puede compararse á la de la mosca de la fábula, la que situada sobre el timon de un pesado carruaje, se aplaudia de dirijir la marcha de un coche que se la llevaba á ella misma. El hombre que se cree libre, es una mosca, que cree ser dueño de mover la máquina del universo, miéntras que él mismo sin que lo conozca está arrastrado por ella.

El sentimiento íntimo que nos hace creer que somos libres para hacer ó no hacer una cosa, no es mas que una pura ilusion. Si remontamos al principio de nuestras acciones, encontrarémos que son siempre consecuencias necesarias de nuestras voluntades y deseos que nunca están en nuestras facultades. Os creeis libres, por que haceis lo que queréis; ¿pero sois acaso libres para querer ó no querer, desear ó no desear? Vuestras voluntades y deseos ¿no son necesariamente escitadas por objetos ó por cualidades que no penden de modo alguno de vosotros?....

§. 81.

„Si las acciones de los hombres son necesarias; si los hombres no son libres ¿con qué derecho castiga la sociedad á los malvados que la infestan? ¿No es una injusticia castigar á unos séres que no han podido obrar de otro modo?" Si los malvados obran necesariamente segun los impulsos de su mal natural, la sociedad, cuando los castiga, obra por su parte necesariamente por el deseo de conservarse. Ciertos objetos producen necesariamente en nosotros el sentimiento del dolor, desde luego nuestra naturaleza nos obliga á aborrecerlos, y nos invita á alejarlos de nosotros. Un tigre, obligado del hambre, se arroja sobre el hombre para devorarlo; pero el hombre no es dueño de no temer al tigre, y busca necesariamente los medios de esterminarlo.

§. 82.

„Si todo es necesario, los errores, las opiniones y las ideas de los hombres son fatales, y en este caso, ¿como, ó por qué se pretende reformarlas?" Los errores de los hombres son consecuencias necesarias de su ignorancia; su obstinacion, su credulidad lo

son de su inesperiencia, de su descuido, de su poca reflexion, del mismo modo que el transporte del cerebro ó la letarguía son efectos necesarios de algunas enfermedades. La verdad, la esperiencia, la reflecsion, la razon, son remedios propios para curar la ignorancia, el fanatismo y las locuras; así como la sangria es propia para calmar el transporte del cerebro. Pero me diréis ¿porque la verdad no produce este efecto sobre muchas cabezas enfermas? Es por que hay enfermedades que resisten á todos los remedios; es por que es imposible curar los enfermos obstinados que reusan tomar los remedios que se les presentan; es por que los intereses de algunos hombres, y la necedad de otros, se oponen necesariamente á la admision de la verdad.

Una causa no produce su efecto, cuando está interrumpida en su accion por otras causas mas fuertes que debilitan, ó hacen inútiles la accion de la primera. Es absolutamente imposible hacer adoptar los mejores argumentos á hombres fuertemente interesados en el error, prevenidos en su favor, y que reusan reflecsionar; pero es indispensable que la verdad desengañe las almas virtuosas que la buscan de buena fé.. La verdad es una causa, produce necesariamente su efecto, cuando su impulso no está interceptado por otras causas que suspenden sus efectos.

§. 83.

„Quitar al hombre su libre albedrío, es, se nos dice, hacer de él una pura máquina, un autómata: sin libertad no tendrá ni mérito ni virtud." ¿Que cosa es el mérito en el hombre? Es un modo de obrar que lo hace estimable á los ojos de los séres de su especie. ¿Que es virtud? Es una disposicion que nos inclina á hacer bien á los demas. ¿Como pueden ser despreciables máquinas ó autómatas capaces de producir efectos tan apetecibles? *Marco-Aurelio* fué un resorte mui útil á la vasta máquina del imperio romano. ¿Con qué derecho despreciaría una máquina á otra, cuios resortes facilitasen su propio juego? Los hombres de bien son resortes que secundan la sociedad en su tendencia hácia la felicidad: los malos son resortes mal conformados, que turban el órden, la marcha, y la armonía de la sociedad. Si por su propia utilidad la sociedad ama y recompensa los buenos; odia, desprecia y separa á los malos, como resortes inútiles y dañosos.

§. 84.

El mundo es un ajente necesario, todos los séres que lo componen, están unidos los unos

a los otros, y no pueden obrar de distinto modo del que obran, miéntras que sean movidos por las mismas causas, y dotados de las mismas propiedades. ¿Si pierden sus propiedades? obrarán necesariamente de un modo indiferente. El mismo Dios admitiendo por un momento su ecsistencia, no puede ser considerado como un ajente libre; si ecsistiese un Dios, su modo de obrar sería necesariamente determinado por las propiedades inherentes á su naturaleza; nada sería capaz de detener ó alterar sus voluntades. Esto supuesto, ni nuestras plegarías, ni nuestros sacrificios, podrían suspender ó mudar su marcha invariable y sus designios inmudables; de donde es preciso concluir que toda relijion sería perfectamente inútil.

§. 85.

Si los teólogos no estuviesen continuamente en contradiccion consigo mismos, conocerían que, segun sus hipotesis, no puede el hombre reputarse como libre ni un solo instante. ¿No se supone al hombre en una continua dependencia de su Dios? ¿Es libre, cuando no ha podido ecsistir ni conservarse sin Dios, y cuando cesa de ecsistir al árbitro de su voluntad suprema? Si Dios ha sacado al hombre de la nada; si la con-

servacion del hombre es una creacion continua; si Dios no puede perder de vista ni un instante á su criatura; si todo lo que le sucede es una consecuencia de la voluntad divina; si el hombre no puede hacer nada por sí mismo; si todos los acaecimientos que esperimenta son efectos de los divinos decretos; si no hace ningun bien sin un efecto de la gracia del Altísimo, ¿como puede pretenderse que el hombre goza de la libertad ni siquiera un solo momento en toda su vida? Si Dios no conservase al hombre en el momento en que peca, ¿como podría pecar? Si Dios lo conserva entónces, Dios, pues, la obliga á ecsistir para que peque.

§. 86.

No cesan de comparar la Divinidad á un rey, cuio maior número de vasallos son rebelados; y se pretende que tiene derecho para recompensar á los que le son fieles, y para castigar á los que se rebelan contra él. Esta comparacion no es justa en ninguna de sus partes. Dios preside á una máquina, de la cual ha creado todos los resortes, estos no obran sino en razon del modo con que los ha formado; luego á su poca destreza debe culparse, si estos resortes no contribuien á la armonía de la máquina para la cual el artífice los ha destinado. Dios

es un rey creador que de todas las cosas se ha formado súbditos, á quienes ha hecho segun su gusto, y á cuias voluntades no pueden jamás encontrar resistencia. Si Dios en su imperio tiene vasallos rebeldes, es por que ha resuelto tenerlos. Si los pecados de los hombres turban el órden del mundo, es por que Dios ha querido que así sucediese. Nadie se atreve á dudar de la justicia divina; sin embargo, bajo el imperio de un Dios justo, no se encuentra mas que injusticias y violencias. La fuerza decide de la suerte de las naciones, la equidad parece estar desterrada de la tierra; un pequeño número de hombres se burla impunemente del reposo, de los bienes, de la libertad y de la vida de todos los demas. Todo está desordenado en un mundo gobernado por un Dios, á quien se dice que el desórden desagrada infinitamente.

§. 87.

Aunque los hombres no cesan de admirar la sabiduría, la bondad, la justicia, y el bello órden de la Providencia, en realidad, jamás están satisfechos: las plegarias que dirijen continuamente al cielo, nos manifiestan que de ningun modo se hallan satisfechos de la economía divina. Rogar á Dios, pidiéndole un bien,

es desconfiar de sus cuidados vijilantes, rogar á Dios pidiéndole haga cesar un mal, es procurar poner obstáculo al curso de su justicia: implorar la asistencia de Dios en sus calamidades, es dirijirse al autor de ellas, para representarle que debia restificar su plan en favor nuestro, por que no es conforme con nuestros intereses.

El optimista, ó aquel que cree que en este mundo *todo vá bien*, y que nos grita sin cesar que vivimos en el *el mejor de los mundos posibles*, si fuese consecuente, no debería orar jamás: mucho ménos debiera desear otro mundo donde el hombre fuese mas feliz. ¿Puede haber un mundo mejor que *el mejor de los mundos posibles?*

Algunos teólogos han tratado los optimistas de impíos, por haber hecho entender que Dios no habia podido producir un mundo mejor que el en que vivimos; segun estos doctores, es limitar el poder divino y hacerle una injuria. Pero estos teólogos ¿no ven que es mucho ménos injurioso á Dios, pretender que haia hecho mejor produciendo el mundo, que decir que, pudiendo producir uno mejor, ha tenido la malicia de hacer uno mui malo? Si el optimista por su sistema injuria al poder divino, el Teólogo que lo trata de impío, lo es mas él mismo, por que ofende la bondad divina, bajo el pretesto de defender los intereses de su omnipotencia.

§. 88.

Cuando nos quejamos de los males de que está lleno este mundo, se nos remite al otro, se nos hace entender que Dios reparará allí todas las iniquidades y miserias que permite aquí temporalmente. Sin embargo, si Dios dejando reposar por demasiado tiempo su justicia eterna, ha podido consentir el mal durante la ecsistencia de nuestro globo actual, ¿que seguridad tenemos de que durante la ecsistencia de otro, la justicia divina dejará de dormirse del mismo modo sobre las desgracias de sus habitantes?

Se nos consuela, diciendo, que Dios es paciente, y que su justicia, aunque por lo regular mui lenta, no por eso es ménos segura. ¿No se vé que la paciencia no puede convenir á un ser justo, inmudable, y omnipotente? ¿Puede Dios tolerar la injusticia ni aun un solo instante? Contemporizar con un mal que se conoce, anuncia debilidad, ó incertidumbre, ó sea intelijencia ó colusion: sufrir el mal que se puede impedir, es consentir que se cometa.

§. 89.

Ya oigo una turba de doctores esclamando por todas partes, que Dios es infinitamente *justo*, *pero que su justicia no es la justicia de*

los hombres. ¿De qué especie ó naturaleza es, pues, esta justicia divina? Qué idea puedo yo formarme de una justicia que tanto se parece á la injusticia humana? Decirnos que lo que es equitativo en Dios, es inicuo en sus criaturas, no es confundir todas nuestras ideas de lo justo y de lo injusto? ¿Como es posible tomar por modelo un ser cuias perfecciones di- divinas están precisamente en contradiccion con las perfecciones humanas.

„Dios, decís, es el árbitro soberano de nuestros destinos: su poder supremo al que nadie puede limitar, le dá derecho para hacer de las obras de sus manos lo que mejor le parezca: un gusano de la tierra, tal como el hombre, no tiene ni aun derecho para murmurar de él." Este tono arrogante es visiblemente tomado del lenguaje que usan de ordinario los ministros de los tiranos, cuando cierran la boca á los que sufren sus violencias; y no puede ser, el lenguaje de los ministros de un Dios, cuia equidad se pondera; no puede imponer á un ser que raciocina. ¡Ministros de un Dios justo! yo os diré, ya que el poder mas grande no puede conferir á vuestro Dios el derecho de ser injusto con respecto á la mas vil de sus criaturas. Un dèspota no es un Dios. Un Dios que se abroga el derecho de *hacer* el mal, será un tirano; un tirano no *es un* modelo para los hombres; debe ser un objeto esecrable á sus ojos.

¿No es muy estraño que para justificar la divinidad, se haga de ella á cada momento el mas injusto de todos los séres? Luego que nos quejamos de su conducta, se cree hacernos callar, diciéndonos que *Dios es el Señor*; lo que sicnifica que Dios, siendo el mas fuerte, no está sujeto á las reglas ordinarias. Pero el derecho del mas fuerte es la violacion de todos los derechos; no puede pasar por tal derecho sino á los ojos de un conquistador salvaje que en el transporte de su furor, se imajina poder hacer todo lo que se le antoja de los desgraciados que ha vencido; este derecho bárbaro no puede parecer lejítimo sino esclavos bastante tan ciegos, para creer que todo es lícito á los tiranos, cuando no está en estado de resistirlos.

En el seno mismo de las maiores calamidades, por una simplicidad ridicula, ó mas bien por una contradiccion sensible en los términos, ¿no vemos esclamar á los devotos *que el buen Dios es el Señor*? Así pues, ¡replicadores inconsecuentes! vosotros creeis de buena fé que el *buen Dios* os manda la peste, que el *buen Dios* os dá la guerra, que el *buen Dios* es causa de la escasez, en una palabra, que el *buen Dios*, sin dejar de ser bueno, tiene la voluntad y el derecho de haceros los maiores males que podais esperimentar! Cesad al ménos de llamar *bueno* vuestro Dios, cuando *os* hace mal; no digais en-

les dicen que su Dios es un padre tie
que es un monarca equitativo, cuio ol
en este mundo es asegurar el amor, la
diencia y el respeto de sus vasallos; qu
les deja libertad para obrar, sino para
les ocasion á merecer sus favores y adq
una felicidad eterna, de que no les es
dor. ¿En qué señales pueden los hom
conocer la ternura de un padre que no
dado la vida al maior número de sus h
sino para arrastrar sobre la tierra una e
tencia penosa, inquieta y llena de ama
ras? Hay un presente mas funesto que
pretendida libertad que, se dice, pone á
hombres en peligro de abusar de ella, y
consiguiente de incurrir en la eterna desgra

§. 92.

¡A que juego tan cruel y peligroso, o
ga la divinidad á los mortales á jugar, d
doles el ser! Arrojados al mundo sin su c
sentimiento, dotados de un temperamento
que no son dueños, animados de pasione
deseos inherentes á su naturaleza, espuesto
lazos que no pueden evitar, arrastrados
acaecimientos que no han podido prevee
prevenir, los desgraciados humanos están o
gados á seguir una carrera que los pu
conducir á unos suplicios horribles por
violencia y duracion.

Algunos viajeros aseguran que en un pais de Asia, reina un sultan lleno de fantasías, y y muy absoluto en sus voluntades caprichosas. Por una estraña manía, este príncipe pasa su tiempo sentado delante de una mesa, sobre la que están colocados tres dados y un cubilete de cuerno. Uno de los àngulos de la mesa está cubierto de pilas de oro destinados à escitar la codicia de los cortesanos y de los pueblos de que está rodeado el sultan. Este conociendo el flaco de sus vasallos, les habla, con poca diferencia, de este modo: *Esclavos: Yo os quiero bien, mi bondad se propone enriqueceros y haceros á todos felices. ¿Veis estos tesoros? ¡Bien! son para vosotros; tratad de ganarlos; que tome cada uno á su vez este cubilete y estos dados; el que tenga la dicha de hechar senas jenerales, será dueño del tesoro; pero os prevengo, que el que no haga dicha suerte, será precipitado para siempre en un obscuro calabozo, donde ecsije mi justicia que se queme á fuego lento.* A oir semejante discurso del Monarca, los asistentes consternados se miran unos á otros; ninguno quiere esponerse á correr un arbur tan peligroso. ¡Como! dijo entónces el Sultan airado, *nadie se presenta á jugar? ¡hola! no es esa mi cuenta. Mi gloria ecsije que se juegue. Jugaréis, pues, yo lo quiero: obedeced sin réplica.* Es digno de observarse que los dados del déspota están preparados de manera que nadie puede acertar

mas que una suerte sobre cien mil veces que se juegue; así es que, el jeneroso monarca tiene el placer de ver su prision bien llena, y sus riquezas llevadas rara vez. ¡Mortales! este Sultan es vuestro Dios; sus tesoros son el cielo; su calabozo el infierno; y vosotros teneis los dados.

§. 93.

Se nos dice á cada momento que debemos á la Providencia un reconocimiento infinito por los beneficios sin número de que se dicna colmarnos. Se nos pondera sobre todo la dicha de ecsistir. Pero ¡ay! ¿cuantos mortales hay que estén satisfechos de su modo de ecsistir? Si la vida nos ofrece dulzuras ¿de cuantas amarguras no está mezclada? Una sola pesadumbre fuerte ¿no basta regularmente para emponzoñar de repente la vida mas pacífica y afortunada? ¿Hay muchos hombres que si la cosa pendiese de éllos quisieran principiar al mismo precio la penosa carrera, en que los ha puesto el destino sin su consentimiento?

Decís que la ecsistencia sola, es un gran beneficio. Pero esta ecsistencia ¿no está continuamente turbada con angustias, temores y enfermedades crueles, y muy poco merecidas? ¿Esta ecsistencia amenazada por tantas partes, no puede sernos arrancada á cada ins-

tante? ¿Quien es aquel que despues de algun tiempo de vida, no se ha visto privado de una esposa querida, de un hijo amado, de un amigo consolador, cuias pérdidas asaltan sin cesar su pensamiento? Hay muy pocos mortales que no se haian visto forzados á beber en la copa del infortunio; son muy pocos los que no haian deseado acabar. En fin, no ha pendido de nosotros el ecsistir ó no ecsistir. ¿Deberá grandes obligaciones un pájaro á un cazador, por haberle cojido en sus redes y haberlo encerrado en su pajarera, con el fin de comérselo despues de haberlo divertido?

§. 94.

No obstante las enfermedades, las angustias y miserias, que el hombre está precisado á padecer en este mundo, apesar de los daños que su imajinacion ecsaltada le presenta del otro, tiene sin embargo la locura de creerse el favorito de su Dios, el objeto de todos sus cuidados, y el fin ùnico de todos sus trabajos. Se imajina que el universo entero se ha hecho para él; se titula con arrogancia el *rey de la naturaleza*, y se coloca muy de los otros animales. ¡Pobre mortal! ¿sobre qué puedes fundar tus altaneras pretensiones? Sobre tu alma, sobre la razon

de que gozas, sobre tus sublimes facultades que te ponen en estado de ejercer un imperio absoluto sobre los séres que te rodean. Pero ¡débil soberano del mundo! ¿estás seguro ni un instante de la duracion de tu reinado? Los menores atómos de la materia que desprecias, ¿no bastan para quitarte el trono y para privarte de la vida? Y por último el rey de los animales ¿no acaba siempre sirviendo de pasto á los gusanos?

Tu nos hablas de tu alma! Pero ¿sabes lo que es una alma? ¿No ves que esta alma no es mas que la reunion de tus órganos de donde resulta la vida? ¿Negarás, pues, una alma á los demas animales que viven, que piensan, que juzgan, que comparan, que buscan el placer, que huien del dolor como tu, y que por lo comun tienen órganos de que hacen mejor uso que tu? Nos ponderas tus facultades intelectuales; pero estas facultades que te dan tanto orgullo, ¿te hacen mas feliz que á las demas criaturas? ¿Haces con frecuencia uso de esta razon de que te glorias, y que la relijion te manda que no escuches? Estas bestias que desprecias, por que son mas débiles ó menos astutas que tu, ¿están sujetas á las angustias, á los sentimientos, á mil pasiones frívolas, á mil necesidades imajinarias de que tu corazon está continuamente devorado? ¿Están como tu, atormentadas por lo pasado, y alarmadas por

lo futuro? Unicamente limitadas á lo presente, lo que tu llamas *instinto*, y yo su intelijencia, ¿no les basta para conservarse, defenderse y satisfacer todas sus necesidades? Este instinto, de que hablas con desprecio, no les sirve regularmente mucho mejor que á tí tus maravillosas facultades? Su ignorancia apasible ¿no les es mas ventajosa, que esas meditaciones estravagantes, y esas investigaciones fútiles que te hacen desgraciado, y por las que llevas el delirio hasta degollar los séres de tu tan noble especie? En fin, esas bestias ¿acaso tienen como tantos mortales, una imajinacion turbada que les hace temer, no solo la muerte, sino tambien los tormentos eternos que creen seguirla?

Augusto habiendo sabido que Herodes, rey de Judéa, habia hecho morir sus hijos, esclamó: mas vale ser puerco de Herodes, que hijo suio. Otro tanto se puede decir del hombre: este hijo querido de la providencia, está rodeado de maiores peligros que todos los otros animales; despues de haber sufrido mucho en este mundo, se cree en peligro de padecer eternamente en un otro.

§. 95.

¿Cual es la línea precisa de demarcacion entre el hombre y los animales que llama brutos? ¿En qué se diferencia esencialmen-

te de las bestias? El hombre, sé nos dice, es superior por su intelijencia, por las facultades de su espíritu, y por su razon á los demas animales, que, en todo lo que hacen, obran solo por el impulso físico, en el que la razon no tiene parte. Pero al fin las bestias, teniendo necesidades mas limitadas que el hombre, lo pasan muy bien sin sus facultades intelectuales, que les serian absolutamente inútiles en su modo de ecsistir. Su instinto les basta, miéntras que todas las facultades del hombre bastan apenas para hacerle su ecsistencia soportable, y para contentar las necesidades que su imajinacion, sus preocupaciones, y sus instituciones multiplican para su tormento.

El Bruto no se impresiona de los mismos objetos que el hombre; no tiene las mismas necesidades, ni los mismos deseos, ni las mismas fantasías; llega muy pronto á la madurez, cuando nada hay mas raro que ver el espíritu humano gozar plenamente de sus facultades, ejercerlas libremente y hacer de ellas un uso conveniente para su propia felicidad.

§. 96.

Se nos asegura que el alma humana es una substancia simple; pero si el alma es una substancia tan simple, debería precisamente ser la

misma en todos los individuos de la especie humana, y todos deberían tener las mismas facultades intelectuales: sin embargo esto no sucede; los hombres difieren tanto por las cualidades de su espíritu como por las facciones de su rostro. Hay en la especie humana séres tan diferentes unos de otros, como lo es hombre el de un caballo, ó de un perro. ¿Qué conformidad ó semejanza encontramos entre algunos hombres? ¿Cuan infinita no es la distancia que hay entre el genio de un Locke, de un Newton, y el de un campusino, el de un Hottentote, el de un Lapon?

El hombre no defiere de los demas animales sino por la diferencia de su organizacion, que le dá disposicion para producir ciertos efectos de que éllos no son capaces. La variedad que se advierte entre los órganos de los individuos de la especie humana, basta para esplicarnos las diferencias que se encuentran en sus facultades llamadas intelectuales. Mas ó ménos finura en estos órganos, de calor en la sangre, movilidad en los fluidos, ajilidad ó torpeza en las fibras y nervios, deben necesariamente producir las infinitas variedades que se notan entre los espíritus de los hombres. Por el ejercicio, el hábito y la educacion se desenvuelve el espíritu humano, y llega á elevarse sobre los séres que lo rodean; el hombre sin cultura y sin esperiencia, es un ser tan desprovisto de razon y de

industria como el bruto. Un hombre es estúpido, cuando sus órganos se mueven con trabajo, cuio cerebro se escita con dificultad, y cuia sangre circula con poca rapidez: un hombre de talento es aquel, cuios órganos son ájiles, que siente con viveza, y cuio cerebro se mueve con celeridad: un sábio es un hombre, cuios órganos y cerebro se ejercitan largo tiempo sobre los objetos que lo ocupan.

El hombre sin educacion, sin esperiencia y sin razon ¿no es mas despreciable y mas digno de odio que los insectos mas viles ó que las bestias mas feroces? ¿Hay en la naturaleza un ser mas detestable que nn Tiberio, un Nerón, un Calígula? Estos destructores del jénero humano conocidos bajo el nombre de conquistadores ¿tienen acaso almas mas estimables que las de los osos, los leones y los panteras? ¿Hay en el mundo animales mas detestables que los tiranos?

§. 97.

Las estravagancias hnmanas hacen desaparecer muy pronto á los ojos de la razon, la superioridad que tan gratuitamente se abroga el hombre sobre los demas animales. ¡Cuantos animales manifiestan mas dulzura, mas reflecsion y razon, que el animal que se dice racional por escelencia! ¿Hay acaso entre los hom-

ores, (que por lo comun son esclavos y oprimidos), sociedades tan bien constituidas, como las le las hormigas, abejas y castores? ¿ Se vé jamás que las bestias feroces de una misna especie se dén citas en las llanuras para despedazarse y destruirse sin provecho? Se ven entre ellas guerras de relijion? La crueldad de las bestias contra las demas especies es motivada del hámbre, y de la necesidad de alimentarse; la crueldad del hombre contra el hombre, es motivada por la vanidad de sus señores, y por la locura de sus impertinentes preocupaciones.

Los especuladores que se imajinan, ó que nos quieren hacer creer que cuanto ecsiste en el universo ha sido hecho para el hombre, se ven muy embarazados, cuando se les pregunta ¿en qué pueden contribuir al bien estar del hombre tantos animales dañinos que continuamente infestan nuestra estancia? ¿Qué ventaja conocida resulta al amigo de los dioses, ser mordido por una vívora, picado por un mosquito, devorado por los sabanlijas, y despedazado por un tigre, &.ª? ¿Estos animales, no raciocinarían tan justamente como nuestros teólogos, si pretendiésen que el hombre ha sido hecho para éllos?

CUENTO ORIENTAL.

§. 98.

A alguna distancia de Bagdad, un monje, cuia santidad le daba gran reputacion, pasaba dias tranquilos en una soledad agradable. Los habitantes del contorno para tener parte en sus oraciones, le llevaban cada dia provisiones y presentes. El santo baron no cesaba de dar gracias á Dios por los beneficios de que lo colmaba la providencia. „¡Oh al-lah! esclamaba ¡cuan inefable es tu ternura para tus siervos! ¿Que he hecho yo para merecer los bienes con que tu liberalidad me favorece? ¡Oh Monarca de los cielos! ¡Oh Padre de la naturaleza! ¿Qué alabanzas podrán celebrar dicnamente tu munificencia y tus paternales cuidados? ¡Oh al-lah! ¡Cuan grandes son tus bondades para los hijos de los hombres!”

Penetrado de reconocimiento, nuestro hermitaño hizo el voto de emprender por séptima vez la peregrinacion á la Meca. La guerra que en aquella sazon se hacian los Persas y los Turcos; no le sirvió de obstáculo para la ejecucion de su piadosa empresa. Lleno de confianza en Dios, se pone en marcha bajo la salvaguardia inviolable de un *hábito* respetado; atraviesa sin resistencia los

destacamentos enemigos: léjos de ser molestado, recibe á cada paso señales de veneracion del soldado de ámbos partidos. Cansado al fin, se vió obligado á buscar un asilo contra los raios del sol ardiente; se coloca á la fresca sombra de un grupo de palmeras, cuias raices regaba un cristalino arroyuelo. En este lugar solitario, donde la paz no era turbada sino por el blando murmullo de las aguas, y el trinado gorjeo de las aves, el hombre de Dios encontró no solamente un retiro encantador, sino tambien una comida deliciosa; no tiene mas que alargar la mano para cojer dátiles y otros frutos agradables: el arroio le suministraba el medio de apagar la sed; un verde cesped le convida á un dulce reposo; despierta, y hace la ablucion sagrada, y transportado de alegría esclama: ¡Oh al-lah! ¡cuan grades son tus bondades para los hijos de los hombres!

Bien comido, fresco, lleno de fuerzas y de contento, nuestro santo prosigue su marcha; la ruta que toma lo conduce algun tiempo por un pais risueño que continuamente ofrece á sus ojos collados floridos, praderas esmaltatadas, y árboles cargados de frutas. Enternecido por este espectáculo, no cesa de adorar la mano rica y liberal de la Providencia, que por todas partes se muestra tan ocupada de la felicidad del linaje humano. Llegado un poco mas léjos, halla algunas montañas bas-

tante dificiles de pasar; pero una vez llegado á lo alto, se le presenta de golpe á la vista un horrible espectáculo; su alma se ha conmovido.—Descubre una grande llanura enteramente asolada por el fierro y la llama; la mide con sus ojos y la vé cubierta de mas de cien mil cadáveres, restos deplorables de una sangrienta batalla que pocos dias ántes se habia dado en estos parajes. Las águilas, los buitres, los cuervos y los lobos devoraban á porfia los cadáveres de que estaba cubierta la tierra. Esta vista sumerje nuestro peregrino en un delirio obscuro, triste y taciturno: el cielo por un favor especial le habia hecho comprender el lenguaje de las bestias; oió un lobo, harto de carne humana, que en el ecseso de su alegría, se esclamaba: *¡ó al-lah! cuan grandes son tus bondades para los hijos de los lobos! Tu sabiduría preveedora tiene el cuidado de mandar vertigos á estos hombres detestables y tan perniciosos para nosotros. Por un efecto de tu providencia que vela sobre tus creaturas, estos destructores de nuestra especie, se degüellan los unos á los otros y nos suministran comidas espléndidas.* ¡O al-lah! cuan grandes son tus bondades para los hijos de los lobos.

§. 99.

Una imajinacion preocupada no vé en el *universo* sino los beneficios del cielo; un es-

píritu mas sosegado halla en él bienes y males. Ecsisto, diréis; ¿pero esta ecsistencia será siempre un bien? ¿„Mirad nos diréis, ese „ sol que os alumbra; esa tierra que para vo„ sotros se cubre de mieses y verduras; esas „ flores que se abren para alegrar y deleitar „ vuestras vistas y contentar vuestro olfato; „ estos árboles que se doblan con el peso de „ las frutas deliciosas; esas ondas puras que no „ corren sino para desalteraros; esos mares „ que abrazan el universo para facilitar vues„ tro comercio; esos animales que una na„ turaleza provedora, produce para vuestro „ uso?" Si, yo veo todas estas cosas, y disfruto de ellas cuando puedo. Pero en muchos climas ese sol tan hermoso tiene cuasi siempre un velo hechado para mí; en otros su ecsesivo calor me atormenta, forma tempestades, produce horribles enfermedades, seca los campos, los prados están sin verdes, los árboles sin fruta, las mieses quemadas y los manantiales de agua se han agotado; ya ecsisto con pena, y jimo por las crueldades de una naturaleza que hallais siempre tan benéfica.—Si estos mares me trahen especeria, riquezas y mercaderías ó efectos inútiles, ¿no destruien á millares, mortales bastante tontos para irlas á buscar?

La vanidad del hombre le persuade que es el centro único del universo; se hace un mundo y un Dios para sí solo, se crée de-

suficiente importancia para poder descomponer.. la naturaleza á su antojo; pero raciocina en Ateo, cuando se trata de los otros animales. Se imajina que los individuos de las especies diferentes á la suia, son autómatas poco dignos de los cuidados de la Providencia universal, y que las bestias no pueden ser objetos de su justicia ó de su bondad. Los mortales ven los sucesos felices ó desgraciados, la salud ó la enfermedad, la vida y la muerte, la abundancia ó la escasez como recompensas ó castigos del uso ó abuso de la libertad, que gratuitamente se han supuesto. ¿Razonan del mismo modo, cuando se trata de las bestias? No; aunque las vean bajo un Dios justo gozar y padecer, estar sanas y enfermas, vivir y morir como éllos, no les viene en la idea preguntar, ¿porque crímines estas bestias han podido atraher sobre sí la desgracia del árbitro de la naturaleza?—¡Hay filósofos ciegos de sus preocupaciones teolójicas, que para salir de dificultades que no pueden combinar, han llevado su locura hasta pretender que las bestias no sentian!

¡Los hombres jamás renunciarán á sus locas pretensiones! ¿No han de reconocer alguna vez que la naturaleza no se ha hecho esclusivamente para éllos? ¿No verán que *esta* naturaleza ha puesto la igualdad entre *todos los* séres que produce? ¿No se aper-

cibirán que todos los séres organizados son hechos igualmente para nacer y morir, para gozar y sufrir? ¿En fin en lugar de ensoberverse fuera de propósito por sus facultades mentales, no están obligados á convenir que muchas veces los hacen mas infelices que las bestias, en las que no encontramos ni las opiniones, ni las preocupaciones, ni las vanidades, ni las locuras que á cada momento deciden del bien estar del hombre?

§. 100.

La superioridad que los hombres se apropian sobre los otros animales está principalmente fundada sobre la opinion en que están de poseer esclusivamente una alma inmortal. Pero luego que se les pregunta que cosa es esta alma; los veis tartamudear. Es una sustancia desconocida, es una fuerza secreta distinguida de su cuerpo; es un espíritu del que no tienen ninguna idea.—¿Preguntadles como es que este espíritu que suponen como su Dios totalmente privado de estension, ha podido combinarse con sus cuerpos estensos y materiales? O dirán que no lo saben; que es un misterio para éllos; que esta combinacion es el efecto de la omnipotencia de Dios. Ved ahí las ideas netas que los hombres se forman de la sustancia oculta ó mas bien imajina-

ria, de la que han hecho el móvil de todas sus acciones.

Si el alma es una sustancia esencialmente diferente del cuerpo, y que no puede tener ningunas relaciones con él, su union sería, no un misterio, pero sí una cosa imposible. Ademas esta alma siendo de una esencia diferente del cuerpo, debería necesariamente obrar de un modo diferente á él: sin embargo vemos que los movimientos que esperimenta el cuerpo, se hacen sentir á esta pretendida alma, y que estas dos sustancias diferentes en su esencia, obran siempre de concierto. Nos diréis aun que esta armonia es un misterio; y yo os diré que no veo mi alma, que no conozco ni siento mas que mi cuerpo, y este es el cuerpo que siente, que piensa, que juzga, que padece y que goza, y que todas sus facultades son resultados necesarios de su propio mecanismo, ó de su organizacion.

§. 101.

Aunque los hombres estén en la imposibilidad de formarse la mas mínima idea de su alma, ó de este pretendido espíritu que los anima, se persuaden sin embargo que esta alma desconocida está ecsenta de la muerte: todo les prueba que no sienten, que no piensan, que no adquieren ideas, que no gozan

ni padecen, sino por medio de los sentidos ó de los órganos materiales del cuerpo. Aun cuando se suponga la ecsistencia de esta alma, no pueden ménos de reconocer que depende totalmente del cuerpo y sufre conjuntamente con èl todas las vicisitudes que él mismo esperimenta, y sin embargo se imajinan que no tiene nada de análogo á él por su naturaleza: quieren que pueda obrar y sentir sin el ausilio de este cuerpo, en una palabra, pretenden que esta alma privada de este cuerpo y desprendida de sus sentidos, podrá vivir, gozar, esperimentar el bien estar, ó sentir tormentos rigorosos. Es sobre, un semejante tejido de absurdos conjeturales, que se estableció la opinion maravillosa de la *inmortalidad del alma*.

¿Si pregunto que motivos hay para suponer que el alma es inmortal? Se me responde al instante, es por que el hombre por su naturaleza desea ser inmortal, ó vivir siempre. ¿Pero replicaré yo, por que deseais una cosa con vehemencia, será bastante para de allí concluir que se cumplirá este deseo? Por que estraña lójica se atreven á decidir, que una cosa no puede dejar de acontecer, por que se desea con ansia que suceda. ¿Con que los deseos producidos por la imajinacion de los hombres, son la medida de la realidad? Los impíos decís, privados de las esperanzas lisonjeras de otra vida, desean

ser aniquilados! !Ea pues! no están tan autorizados á concluir, en virtud de este deseo, que seràn aniquilados, como vosotros os prepretendcis autorizados para concluir que ecsistiréis siempre, por que lo deseais?

§. 102.

El hombre muere todo entero. Nada hay mas evidente para aquel que no delira. El cuerpo humano despues de muerto, no es mas que una masa, incapaz de producir movimientos cuia reunion constituia la vida; no se vé entónces en él ni circulacion, ni respiracion, ni dijestion, ni palabra, ni pensamiento. Pretenden que entónces el alma se ha separado del cuerpo. ¡Pero decir que esta alma que no se conoce. es el principio de la vida, es no decir nada, sino que una fuerza desconocida, es el principio oculto de movimientos inperceptibles! Nada hay mas natural ni mas sencillo como creer que el hombre muerto no vive mas; nada hay mas estravagant como creer que el hombre muerto aun viv

Nos reimos de las simplezas de algun pueblos, que tienen el uso de enterrar pro ciones con los muertos, persuadidos que est provisiones les serán útiles en la otra vi ¿Es mas ridículo ó mas absurdo creer, c los hombres comerán despues de muert

que imajinarse que pensarán, que tendrán ideas agradables ó molestas, que gozarán, que padecerán, que esperimentarán arrepentimiento ó alegría, cuando los órganos aptos para darles sensaciones ó ideas estarán de una vez disueltos y reducidos en polvo? Decir que las almas de los hombres serán dichosas, ó desventuradas despues de la muerte del cuerpo, es pretender que los hombres podrán ver sin ojos, oirán sin oidos, gustarán sin paladar, olerán sin olfato y tocarán sin manos y sin pellejo. ¡Hay sin embargo naciones que se creen muy racionales, que adoptan semejantes ideas!

§. 103.

El dogma de la inmortalidad del alma supone que, el alma es una substancia simple, en una palabra un espíritu; pero yo preguntaré siempre ¿que cosa es un espíritu? „Es, „decís, una substancia privada de estension, „es incorruptible, que nada tiene de comun con „la materia.” ¿Pero si esto es así, como nace vuestra alma, crece y se fortifica, se debilita, envejece, y se descompone en la misma progresion que vuestro cuerpo?

Nos respondeis á todas estas cuestiones, que son misterios: pero si son misterios, no comprehendeis nada de éllos. Si nada en éllos comprehendeis; como podeis decidir afirma-

tivamente una cosa, de la cual sois incapaces de formaros idea alguna. Para creer, ó para afirmar alguna cosa, es necesario á lo ménos saber, en que consiste lo que se cree, y lo que se afirma. Creer la ecsistencia de vuestra alma inmaterial, es decir que estais persuadidos de la ecsistencia de una cosa, de la cual os es imposible formar nocion alguna verdadera: es creer en palabras sin poder unir á ellas ningun sentido: afirmar que la cosa es como decis, es el colmo de la locura ó de la vanidad.

§. 104.

¡Ques estravagantes raciocinadores son los teólogos! Cuando no pueden adivinar la naturaleza de las cosas, inventan causas que llaman sobre naturales; imajinan espíritus, causas ocultas, ajentes inesplicables, ó mas bien palabras mucho mas obscuras que las cosas que se esfuerzan á esplicar. Permanezcamos en la naturaleza, cuando querramos darnos cuenta de los fenómenos de la naturaleza; ignorémos las causas demasiado dificiles para que nuestros órganos las puedan entender, y estémos en la persuacion que en saliendo de la naturaleza, no hallarémos jamás la solucion de los problemas que la naturaleza nos presenta.

En la hipótesis misma de la teolojía, es decir, suponiendo un motor todo poderoso de la materia, ¿con que derecho los teólogos reusarían á su Dios, el poder de dar á esta materia la facultad de pensar? ¿Les sería acaso mas dificil crear combinaciones de materia, de la cual resultase el pensamiento, que espíritus que piensan? Al ménos, suponiendo una materia que piensa, tuviéramos algúnas nociones del objeto del pensamiento, de lo que en nosotros piensa, miéntras que atribuiendo el pensamiento á un ser inmaterial, es imposible podamos formarnos la menor idea de él.

§. 105.

Se nos hace ver que el materialismo hace del hombre una pura máquina, lo que se juzga muy indecoroso para toda la especie humana. ¿Pero esta especie humana, será acaso mucho mas honrada, cuando se dirá que el hombre obra por las impulsiones secretas de un espíritu, ó de un cierto *yo no se que*, que sirve á animarle, sin que sepa como? Es fácil de apercibir que la superioridad que se dá al *espíritu* sobre la materia, ó á el alma sobre el cuerpo, no está fundada sino sobre la ignorancia, en que se está, de la naturaleza de esta alma, miéntras que se está mas familiarizado con la materia ó el cuerpo

que se cree conocer, y del cual se cree entrever los resortes; pero los movimientos los mas simples de nuestros cuerpos, son para todo hombre que los medita enigmas tan difíciles de adivinar como el pensamiento.

§. 106.

El aprecio que tantas jentes hacen de la susbtancia espiritual, no parece tener por motivo sino la imposibilidad en que están de defiinirla de un modo intelijible. El poco caso que nuestros metafisicos manifiestan por la materia, no proviene sino de que *la familiaridad enjendra el desprecio.* Cuando nos dicen que *el alma es mas escelente y mas noble que el cuerpo*, no nos dicen nada, sino que aquello que no conocen de ningun modo, debe ser mas hermoso, que aquello de que tienen algunas débiles ideas.

§. 107.

Se nos ecsajera sin cesar la utilidad del dogma de la otra vida: se pretende que aun que no fuera sino una ficcion, es ventafosa, por que es imponente para los hombres, y los conduce á la virtud. ¿Pero será verdad que este dogma, haga los hombres mas sá-

bios y mas virtuosos? ¿Se distinguirán por sus costumbres y por su conducta las naciones donde está establecida esta ficcion? ¿No tiene mas poder el mundo visible que el mundo invisible? Si los que están encargados de la instruccion y del gobierno de los hombres, tuviéran éllos mismos luces y virtudes, los gobernarían mucho mejor por realidades que por vanas quimeras; pero embusteros, ambiciosos y corrompidos, los lejisladores han por todas parte hallado mas corto entretener las naciones con fábulas, que enseñarles verdades, que desarrollar su razon, que de ecsitarlos á la virtud, por motivos reales y sensibles, y que de gobernarlos de un modo racional.

Los teólogos han tenido sin duda razones para hacer el alma inmaterial; necesitaban almas y quimeras, para poblar las rejiones imajinarias que han descubierto en la otra vida. Si las almas materiales hubieran sido sujetas á la disolucion como todos los cuerpos: y si los hombres creian que todo debe perecer con éllos, evidentemente los jeógrafos del otro mundo, perderían el derecho de guiar sus almas hácia aquella desconocida morada: no sacarían ningunos provechos de las esperanzas con que los alimentan y de los terrores con que tienen cuidado de agobiarlos. Si el por venir no es de ninguna utilidad real, para el jénero humano, á lo

ménos es de la maior utilidad para aquellos que se han encargado de conducirlo á él.

§. 108.

„ Pero se dirá, ¿ el dogma de la inmorta-„ lidad del alma no es un consuelo para los „ séres que se hallan muchas veces mui des-„ graciados en esta vida? ¿ Aun cuando fue-„ se una ilusion, no es dulce y agradable? „ ¿No es un bien para el hombre creer que „ podrá sobre vivirse así mismo, y gozar al-„ gun dia de una felicidad que sobre la tier-„ ra le está reusada?" ¡ Así es pobres mortales que haceis de vuestros deseos la medida de la verdad; por que deseais vivir siempre y ser mas dichosos, sacais en conclusion que viviréis siempre y que seréis mas afortunados en un mundo desconocido, que en el mundo conocido, que no os procura muchas veces mas que pénas! Consentios sin pesar pues, á abandonar este mundo que causa mucho mas tormentos que placeres al maior número de entre vosotros; resignaos al órden del destino que quiere que lo mismo que todos los séres, no duréis para siempre. ¿ Pero que será de mí me preguntas tu? ¡ oh hombre! Lo que eras hay algunos millones de años. Tu eras entónces yo no se que; resuélvete pues á volver á ser en un

instante aquel yo no se que eras entónces; vuelve á entrar pasiblemente en la masa universal de que saliste sin que lo supieras bajo tu forma actual, y pasa sin murmurar como todos los séres que te rodean.

Se nos repite de continuo que las nociones relijiosas ofrecen para los desgraciados consolaciones infinitas. Se pretende que la idea de la inmortalidad del alma y de una vida mas dichosa, es mas apropósito para elevar el corazon del hombre y sostenerlo en medio de las adversidades de que se vé asaltado sobre la tierra. El materialismo al contrario es, se dice, un sistema que aflije, hecho para degradar al hombre, que lo pone en el rango de los brutos, que abate su espíritu, que no le manifiesta por todas perspectivas más que un horrible aniquilamiento capaz de desesperarlo, y provocarlo á darse la muerte en cuanto padece en este mundo. El grande arte de los teólogos es de soplar lo caliente y lo frio, de aflijir y de consolar, de hacer miedo y tranquilizar.

En vista de las ficciones de la teolojía las rejiones de la otra vida son felices y desgraciadas. Nada hay mas dificil que hacerse digno de la mansion de la felicidad, y nada más fácil que obtener un lugar en la mansion de los tormentos que la divinidad prepara á las víctimas desgraciadas de su furor eterno. ¿Los que hallan la idea de la otra vida tan lison-

jera y tan agradable, parece han olvidado que esta otra vida, segun éllos mismos, debe ser acompañada de tormentos para el maior número de los mortales? La idea de la destruccion total debe preferirse infinitamente á la idea de una ecsistencia eterna acompañada de dolores y de *rechinamiento de dientes.* El miedo de no ecsistir para siempre debe acaso aflijir mas, que el no haber ecsistido siempre.

§. 109.

El miedo de dejar todos los principios relijiosos, ¿es un negocio de pura imajinacion, al cual la esperiencia y el razonamiento no tuviéron jamás ninguna parte.—Se encuentra mucha dificultad para combatirlos, por que cuando la imajinacion está preocupada de quimeras que la espantan, y la mueven, se encuentra en la incapacidad de raciocinar. Aquel que combate la relijion y sus fantasmas con las armas de la razon, se parece á un hombre que se sirviera de una espada para matar mosquitos; luego que ha dado el golpe, los mosquitos y las chimeras vuelven á voltear y ocupar la imajinacion, el lugar de donde se creia haberlos desterrado.

Reusándose á las pruebas que la teolojía *pretende* dar de la ecsistencia de un Dios,

es oponer á los argumentos que la destruien, un *sentido intimo*, una persuacion profunda, una inclinacion invencible inherente á todo hombre, que le retrahe, contra su voluntad, la idea de un ser todo poderoso que no puede desechar de un todo de su idea, y el cual está obligado de reconocer á pesar de las mas fuertes razones que se le puedan alegar. Pero si se quiere analizar este *sentido intimo* al que se dá tanto peso, se encontrará no ser otra cosa mas que el efecto de una costumbre arraigada, la que haciendo cerrar los ojos sobre las pruebas las mas demostrables, vuelve á acarrear el maior número de los hombres, y aun muchas veces las personas mas ilustradas, en las preocupaciones de la niñez. ¿Que puede este sentido íntimo ó esta persuacion poco fundada, contra la evidencia, que nos demuestra que lo que implica contradiccion, no puede ecsistir.

Se nos dice con gravedad que no está demostrada la inecsistencia de Dios. Sin embargo, en vista de todo lo que los hombres nos han dicho de ella hasta de presente, nada hai mas demostrado, que este Dios es una chimera, y que su ecsistencia es totalmente imposible; cuando nada hai mas evidente, ni mas demostrado, que un ser no puede reunir cualidades tan disparatadas, tan contradictorias, y tan inconciliables como to-

das las relijiones de la tierra asignan á la divinidad. El Dios del Teólogo, como el Dios del Teista, es evidentemente una causa incompatible con los efectos que se le atribuien. De cualquier modo que lo tomen, es necesario ó inventar otro Dios, ó convenir que aquel, del que desde tantos siglos se entretiene á los mortales, es á un mismo tiempo muy bueno y muy malo, muy poderoso, y muy débil, mutable é inmutable, perfectamente intelijente y perfectamente desprovisto de razon, de plan, y de medios; amigo del órden y permitiendo el desórden; muy justo y muy injusto, muy hábil, y muy torpe. En fin, se está obligado de confesar que es imposible conciliar los atributos discordes que se amontonan sobre un ser, del cual no se puede decir una sola palabra, sin caer al inste en las contradicciones mas palpables. Que se esperimente de atribuir una sola cualidad á la divinidad, y al instante lo que se dirá de ella, es encontrarla contrariada por los efectos que se asignan á esta causa.

§. 110.

La teolojía pudiera con justo título, definirse la ciencia de las contradicciones. Toda relijion no es mas que un sistema imajinado para conciliar nociones inconciliables. Con el ausilio del hábito, de la costumbre y del te-

mor, se consigue persistir en los maiores absurdos, aunque sean presentados muy á las claras. Todas las relijiones son muy fáciles de combatir; pero muy difíciles de desarraigar. La razon nada puede contra el hábito, que como se dice, llega á ser *una segunda naturaleza.* Hay desde luego muchas personas sensatas, que aun despues de haber ecsaminado los fundamentos falsos de su creencia, vuelven todavía á éllos, despreciando las razones las mas marcadas y mas convincentes.

Cuando nos quejamos de no comprender nada de la relijion, de hallar en ella á cada paso absurdos que repugnan, y mas imposibles, se nos dice que no somos hechos para concebir nada de las verdades que la relijion nos propone; que la razon se turba, y no es mas que una guia infiel, capaz de conducirnos á la perdicion: se nos asegura ademas que *lo que es locura* á los *ojos de los hombres*, *es sabiduría á los ojos de un Dios*, para quien nada hay de imposible. En fin, para cortar de una palabra las dificultades mas insuperables que la teolojía nos presenta de todas partes, piensan satisfacernos con decirnos, que son misterios.

§. 111.

¿Que cosa es misterio? Si ecsamino la cosa de cerca, pronto descubriré que un mis-

terio, jamás es otra cosa sino una contradiccion, un absurdo palpable, una notoria imposibilidad, sobre la que los teólojos quieren obligar los hombres á cerrar humildemente los ojos. En una palabra, un misterio es, todo lo que no nos pueden esplicar nuestros guias espirituales.

Es ventajoso para los ministros de la relijion que los pueblos no comprendan nada á lo que enseñan. Es imposible ecsaminar lo que no se comprende; siendo ciegos, estuvimos obligados de dejarnos conducir. Si la relijion fuese clara, los sacerdotes no tuvieran tanto trabajo en este mundo.

No hai relijion sin misterios; el misterio es de su esencia, una relijion que no tuviera misterios, sería una contradiccion marcada. El Dios que sirve de fundamento á la *relijion natural al Theisma ó al Deisma*, es el mismo el maior de los misterios para un espíritu que quiere ocuparse de ello.

§. 112.

Todas las relijiones reveladas que se ven en el mundo, están llenas de docmas misteriosos, de principios inintelijibles, de maravillas increibles, de naraciones espantosas que no parecen imajinadas, sino para confundir la razon. *Toda* relijion anuncia un Dios oculto cuia

esencia es un misterio: en consecuencia, la conducta que se le asigna es tan difícil de concebir, como la esencia de este mismo Dios. La divinidad no ha hablado jamás, sino de un modo enigmático, y misterioso en las varias relijiones que ha fundado en diferentes rejiones de nuestro globo; no se ha revelado por todas partes sino para anunciar misterios; es decir, para advertir á los mortales que pretendia, que creiesen contradicciones, imposibilidades, y cosas de las que eran incapaces de unir ninguna idea cierta.

Cuanto mas misterios tiene una relijion, mas cosas increibles presenta á la imajinacion, y mas en derecho está de gustar á la imajinacion de los hombres: por que halla desde luego en éllos un pasto continuo. Cuanto mas obscura es una relijion, mas divina parece, es decir, que se conforma mas á la naturaleza de un ser oculto, del que no se tiene ideas.

Es propio de la ignorancia preferir lo desconocido, lo oculto, lo fabuloso, lo maravilloso, lo increible y aun lo terrible á lo que es claro, simple y verdadero. Lo verdadero no dá á la imajinacion las impresiones tan vivas como la ficcion, cada uno es dueño de componerlo á su modo. El vulgo no pide mejor que escuchar fábulas, los sacerdotes y los lejisladores lo han servido á su gusto, inventando relijiones y forjando misterios. *Por este medio* han logrado entusias-

man á su favor las mujeres y los ignorantes. Séres de este temple se pagan fácilmente de razones que son incapaces de ecsaminar: el amor de lo sencillo y de lo verdadero, no se encuentra sino en el pequeño número de aquellos, cuia imajinacion está arreglada por el estudio y la reflecsion.

Los habitantes de un lugar, jamás están mas contentos de su cura, que cuando mezcla mucho latin en su sermon. Los ignorantes se imajinan siempre que, el que les habla de cosas que no comprenden, es un hombre muy hábil. Ved ahí el principio de la credulidad de los pueblos, y de la autoridad de aquellos que pretenden guiarlos.

§. 113.

Hablar á los hombres para anunciarles misterios; es dar y retener, es hablar para no ser oido. El que no habla sino por enigmas, ó busca á entretenerse del embarazo que ocasiona, ó halla su interes para no esplicarse demasiado á las claras. Todo secreto anuncia desconfianza, impotencia y temor. Los príncipes y sus ministros hacen misterios de sus proiectos, de miedo que sus enemigos llegando á penetrarlos no los destruian. ¿Un buen *Dios*, podrá entretenerse, en el embarazo de

poder al que nada en el mundo es capaz de resistir, puede tener aprension que sus designios sean penetrados é interrumpidos? ¿Que interes tendría pues en hablarnos con enigmas y misterios?

Se nos dice que el hombre por la debilidad de su naturaleza es incapaz de comprender nada á la economía divina, que no puede ser para él mas que un tejido de misterios. Dios no puede descubrir secretos que necesariamente están por cima de su alcance. En este caso responderé siempre que, el hombre no está hecho para ocuparse de la economía divina; que esta economía de ningun modo puede interesarle; que no necesita de misterios que no supiera entender; y por consiguiente que una relijion misteriosa no es mas hecha para él, qué un discurso elocuente no está hecho para una manada de ovejas.

§. 114.

La divinidad se ha revelado de un modo tan poco uniforme en las varias rejiones de nuestro globo, que en llegando los hombres á materia de relijion, se miran los unos á los otros con odio y con desprecio. Los partidarios de las diferentes sectas se consideran recíprocamente mui ridículos y muy locos; los misterios los mas respetados en una relijion

son objetos de irrision para otros. Cuando Dios hizo tanto que revelarse á los hombres, hubiera á lo ménos debido hablar un mismo lenguaje á todos, y dispensar á su débil espíritu la dificultad de investigar cual es la relijion que puede haber manado de él con verdad, ó cual es el culto el mas agradable á sus ojos.

Un Dios universal hubiera debido revelar una relijion universal. ¿Porqué fatalidad, pues se encuentran tan diferentes relijiones sobre la tierra? ¿Cual es la verdadera entre el gran número de las que, cada una pretende serlo con esclusion de todas las otras? Hay todo lugar de creer que ninguna goza de esta ventaja; la division y las disputas en las opiniones, son señales indudables de la incertidumbre y de la obscuridad de los principios de donde dimanan.

§. 115:

Si la relijion fuese necesaria á todos los hombres debiera ser intelijible para todos éllos. Si esta relijion fuese la cosa que mas les importara, la bondad de Dios pareceria ecsijir que fuese la cosa mas clara, mas evidente y la mas demostrada de todas. Es de admirar ver que esta cosa tan esencial á la

salvacion de los mortales, es precisamente la que ménos entienden y sobre las que sus doctores han discutido mas desde tantos siglos. Hasta hoy los doctores de una misma secta, no han alcanzado estar acordes entre sí, sobre el modo de entender las voluntades de un Dios que ha querido revelarse.

El mundo que habitamos puede ser comparado á una plaza pública, en cuias diferentes partes se han estendido varios charlatanes, cada uno de los cuales se esfuerza á acarrear los que pasan, desacreditando los remedios que venden sus antagonistas. Cada botica tiene sus chalanes, persuadidos de que sus empíricos poséen solo los buenos remedios y á pesar del uso continuo que hacen de éllos, no encuentran mejoría, ó están tan enfermos como los que corren en pos de los charlatanes de otra botica. La devocion es una enfermedad de imajinacion contraida desde la niñez; el devoto es un hipocondriaco que no hace mas que aumentar su mal á fuerza de remedios. El sábio no toma ninguno, sigue un buen réjimen, y deja desde luego obrar la naturaleza.

§. 116.

Nada parece mas ridículo á los ojos de un hombre sensato, como los juicios que hacen los unos de los otros, los partidarios igualmente

insensatos de las diferentes relijiones de que la tierra está poblada. Un cristiano encuentra que el *alcorán*, es decir, la revelacion divina anunciada por Mahoma, no es mas que un tejido de sueños impertinentes y de imposturas injuriosas contra la divinidad. El Mahometano por su lado trata al cristiano de *idólatra y de perro*; no vé mas que absurdos en su relijion; se imajina tener el derecho de conquistar su pais, y de obligarle con la espada en la mano á recibir la relijion de su divino profeta, cree sobre todo que nada hay mas impío, ni mas irracional, que adorar un hombre ó creer la *Trinidad*, se burla del cristiano católico, por que este ademas cree en el misterio de la *Transsubstanciacion*; lo trata de loco, de impío y de idólatra, por que se pone de rodillas para adorar un pedazo de pan, en el que cree ver el Dios del universo. Los cristianos de todas las sectas, están acordes en mirar como tonteras las encarnaciones de *Vistnou*, el Dios de los indios; sostienen que la sola *Encarnacion* verdadera es la de *Jesus*, hijo del Dios del universo y de la mujer de un carpintero. El Teista, que se dice sectario de una relijion, que supone ser la natural, contento con admitir un Dios del que no tiene ninguna idea, se permite chansear sobre todos los otros misterios enseñados por todas las relijiones del mundo.

§. 117.

Hay un famoso teólogo que ha reconocido el absurdo de admitir un Dios, y se ha detenido en el camino, „ nosotros dice que creemos por la fé un Dios verdadero, una sustancia singular, podemos sin trabajo creer „ cuanto hay. Este primer misterio, que no „ es pequeño en sí, una vez admitido, nuestra razon no debe esperimentar mas ni sufrimientos, ni violencia para admitir lo demas que se quiera. Por mí no se me hace „ mas cuesta arriba admitir un millon de cosas, que no entiendo, que creer la primera „ verdad que me es superior (5)." ¿Puede haver algo mas contradictorio, mas imposible, ó mas misterioso que la creacion de la materia por un ser inmaterial, el cual por sí inmutable, obra las mutaciones continuas que vemos en el mundo? Nada hay mas incompatible con todas las nociones del buen sentido, como creer que un ser soberanamente bueno, justo, y poderoso, presida la naturaleza, y dirija por sí mismo un mundo que no está lleno sino de miserias, de locuras, de crímenes, y de desórdenes que hubiera po-

(5) *Ved la bliblioteca raciocinada, tom. 1º pag. 84. Este pasaje es del R. P. Hardouin de la compañia de Jesus.*

dido prevenir con una sola palabra. Cuando se admite un ser tan contradictorio como el Dios de la teolojía, ¿con que motivo, ó por que razon se rehusarían á admitir las fábulas las mas improbables, los milagros los mas admirables, y los mas profundos misterios?

§. 118.

El Teista nos grita, *guardaos de adorar el Dios feroz y fantástico de la teolojía; el mio es un ser infinitamente sábio y bueno, es el padre de los hombres, es el mas amable de los soberanos, es el que llena el universo con sus beneficios;* pero yo le diré, no veis que todo en este mundo desmiente las bellas cualidades que dais á vuestro Dios; no apercibo sino desgraciados entre la numerosa familia de este tan tierno padre; bajo el imperio de este soberano tan justo, no veo mas que el crimen victorioso y la virtud agoviada. Entre estos beneficios de que haceis alarde, y que vuestro entusiásmo solo quiere entre ver, veo una multitud de males de toda especie, sobre los que obstinais á cerrar los ojos. Obligados á reconocer que vuestro Dios tan bueno, en contradiccion consigo mismo, distribuie con la misma mano el bien y el mal, os hallaréis precisados así como el sacerdote, para justificarlo, de remitirme á las re-

jiones de la otra vida. Inventad pues otro Dios que el de la teolojía; por que el vuestro es tan contradictorio como el suio. ¿Un Dios bueno que hace el mal, ó que lo permite: un Dios lleno de equidad, y en cuio imperio la inocencia está con tanta frecuencia oprimida: un Dios perfecto que no produce sino obras imperfectas y miserables: un Dios semejante y su conducta no son tan grandes misterios como el de la Encarnacion?

Os avergonzais, decís, por vuestros conciudadanos á quienes se persuade que el Dios del universo ha podido transformarse en hombre y morir sobre una cruz en un rincon del Asia; hallais muy absurdo el misterio inefable de la Trinidad: nada os parece mas ridículó que un Dios que se convierte en pan, y se hace comer todos los dias en miles diferentes parajes. Ahora bien, todos estos misterios chocarán mas la razon que, un Dios vengador y remunerador de las acciones de los hombres. ¿El hombre segun vos es libre, ó no lo es? En el uno ú el otro caso, si vuestro Dios tiene sombra de equidad, ni puede castigarlo ni recompensarlo. Si el hombre es libre, es Dios que le ha dado la libertad de obrar ó de no obrar, luego que Dios es la causa primitiva de todas sus acciones; castigando al hombre de sus culpas, le castigaría por haber ejecutado lo que le habia dado la libertad de hacer. Dios sería el mas injusto

de los séres, si castigase al hombre de las faltas que no ha podido impedirseles cometer, no teniendo la libertad de obrar de otro modo que lo hace.

Los absurdos del Detall de que todas las relijiones del mundo están llenas, paran verdaderamente à muchas personas: pero no tienen el ánimo para remontar hasta el orijen, de á donde estos absurdos han debido necesariamente provenir. No ven que un Dios lleno de contradicciones, de bizarrías, de cualidades incompatibles, que calentando ó fecundando la imajinacion de los hombres, no ha jamás podido producir sino un largo tejido de chimeras.

§. 119.

Se cree tapar la boca á los que niegan la ecsistencia de un Dios, diciéndoles: que todos los hombres, en todos los siglos, y en todos los paises han reconocido el imperio de una divinidad cualquiera: que no hay pueblo sobre la tierra que no haia creido en un ser invisible y poderoso, del que ha hecho el objeto de su culto y veneracion: en fin, que no hay nacion por salvaje que se la suponga, que no esté persuadida de la ecsistencia de alguna intelijencia superior á la na-

turaleza humana. ¿ Pero la creencia de todos los hombres, puede mudar un error en verdad ? Un filósofo célebre ha dicho con razon, *no se prescribe contra la verdad por la tradiccion jeneral ó por el consentimiento unánime de todos los hombres* (6). Otro sábio habia dicho ántes que el, *que un ejército de doctores no bastaba para cambiar la naturaleza del error, y hacer de ella una verdad* (7).

Hubo un tiempo en el cual todos los hombres creian que el sol daba la vuelta al rededor de la tierra, cuando este permanecia inmóvil en el centro de todo el sistema del mundo: no hay mucho mas de dos siglos que este error ha sido destruido. Hubo un tiempo en que nadie queria creer la ecsistencia de los Antípodas, y en el cual se perseguia á los que tenian la temeridad de sostenerla; hoy en dia no hay hombre instruido que se atreva á dudarla. Todos los pueblos del mundo ecseptuando algunos ménos crédulos que otros, que creen aun en las brujas, los duendes, las fantasmas, y los espíritus: y ningun hombre sensato se imajina estar obligado á admitir estas locuras; ¡ pero las jentes, las mas sensatas se hacen una obligacion de creer en un espiritu universal !

(6) *Baile.*
(7) *Averroès.*

§. 120.

Todos los dioses adorados por los hombres tienen un orijen salvaje; visiblemente han sido imajinados por pueblos estúpidos, ó fuéron presentados por lejisladores ambiciosos y astutos á naciones simples, y groseras que no tenian ni la capacidad, ni el ánimo de ecsaminar con madurez los objetos que se les hacia adorar á fuerza de terrores.

Reflecsionando sobre el Dios que aun en nuestros dias vemos adorado por las naciones las mas civilizadas, estamos obligados de reconocer que evidentemente trae facciones salvajes. Ser salvaje, es no conocer otro derecho mas que la fuerza; es ser cruel hasta el ecseso; es no seguir mas que su capricho; es falta de prevision, de prudencia y de razon. ¡ Pueblos que os creeis civliizados! ¿ No reconoceis á este horrible carácter, en el Dios á quien prodigais vuestro incienso, las pinturas que se os hacen de la divinidad, no están visiblemente sacadas del humor implacable, celoso, vengativo, sanguinario, caprichoso, é inconsiderado del hombre que no ha aun cultivado su razon? ¡ O hombres no adorais mas que un gran salvaje, que mirais sin embargo como un modelo digno de imitacion, como un maestro amable, y como un soberano lleno de perfecciones.

Las opiniones relijiosas de los hombres de todo pais son monumentos antiguos y durables de la ignorancia, de la credulidad, de los terrores y de la ferocidad de sus antecesores. Todo salvaje es un niño amante de lo maravilloso, que bebe de ello á grandes tragos, y que jamás raciocina sobre lo que pueda interesar á su imajinacion. Su ignorancia sobre la naturaleza de las cosas hace que atribuia á los espíritus, á los encantos, á la majia todo lo que les parece estraordinario, á sus ojos sus sacerdotes son májicos, en quienes supone un poder todo divino, ante los que se humilla su razon confundida, y cuios oráculos son para él secretos infalibles que sería muy peligroso contradecir.

En materia de relijion, la maior parte de los hombres han quedado en su barbarie primitiva. Las relijiones modernas no son mas que las locuras antiguas, remozadas ó presentadas bajo alguna forma nueva. Si los antiguos salvajes adoraron las montañas, los rios, las serpientes, los árboles, los ídolos de toda especie; si los sábios Ejipcios han rendido sus homenajes à los cocodrilos, á las ratas, á las cebollas, ¿no vemos nuestros pueblos, que se creen mas sábios que éllos, que adoran el pan, al que se imajinan que los encantos de sus sacerdotes hacen bajar á la divinidad? El Dios Pan ¿no es el ídolo de muchas naciones cristianas, tan poco racio-

nales en este punto, como las naciones mas salvajes?

§. 121.

En todos tiempos la ferocidad, la estupidez y la locura del hombre, se han manifestado en los usos relijiosos, que fuéron con frecuencia crueles ó estravagantes. Un espíritu de barbarie se ha perpetuado hasta nosotros, en las relijiones seguidas por las naciones las mas civilizadas. Aun vemos ofrecer á la divinidad victimas humanas, con la idea de aplacar la cólera de un Dios, que se supone siempre tan feroz, tan celoso y tan vengativo como un salvaje; las leies de sangre hacen perecer en los suplicios los mas esquisitos, aquellos que se persuaden poderlos incomodar por su modo de pensar. Las naciones modernas pueden ser instigadas por sus sacerdotes, han encarecido sobre la locura atroz de las mas bárbaras naciones: á lo ménos no encontramos que los salvajes haian llegado al estremo de atormentar por las opiniones, de escrudiñar los pensamientos y de inquietar los hombres por los movimientos invisibles de sus cerebros.

Cuando se ven naciones civilizadas y sábias, ingleses, franceses, españoles, y alemanes &.ª: contra el torrente de sus luces, continuar en arrodillarse ante del Dios bàrbaro de los judios, es decir del pueblo el mas

estólido, el mas crédulo, el mas salvaje, y el mas insociable que hubo jamás sobre la tierra: cuando se vé estas naciones ilustradas dividirse en sectas, destrozarse las unas á las otras, odiarse, y despreciarse por las opiniones igualmente ridículas que toman sobre la conducta y las intenciones de este Dios irracional: cuando se vé personas de talento, ocuparse tontamente en meditar las voluntades de este Dios lleno de caprichos; y de locuras, dá tentaciones de esclamar, ¡ó hombres! ¡aun sois salvajes! ¡ó hombres! No sois mas que unos niños, cuando se trata de relijion.

§. 122.

Cualquiera que se ha formado ideas verdaderas de la ignorancia, de la credulidad, de la neglijencia y de la tontera del vulgo, tendrá siempre las opiniones por tanto mas sospechosas, cuanto las hallará mas generalmente establecidas. La maior parte de los hombres no ecsaminan nada, se dejan conducir ciegamente por la costumbre y la autoridad, sus opiniones relijiosas son sobre todo las que no tienen ni el ánimo, y ménos la capacidad para ecsaminarlas; como no comprenden nada en ellas, están obligados de callar, ó al ménos pronto están al cabo de sus razonamientos. ¿Preguntad á todo hombre del pueblo, *si cree en Dios*? Se admirará que

podais dudarlo. Preguntadle despues lo que entiende por la palabra *Dios*; lo pondréis en la maior dificultad; os apercibiréis al instante que es incapaz de unir ninguna idea real á esta palabra que repite á cada instante; os dirá que Dios es Dios, y encontraréis que no sabe lo que pienza de él, ni los motivos que tiene para creer en él.

Todos los pueblos hablan de un Dios: pero ¿están acordes sobre este Dios? Nó; y bien, la division sobre una opinion no prueba su evidencia; pero es una señal de incertidumbre y de obscuridad. ¿El hombre mismo está siempre acorde consigo mismo en las nociones que se ha hecho de su Dios? No; esta idea varía segun las vicisitudes que su máquina esperimenta; otra señal de incertidumbre. Los hombres están siempre acordes con los otros y consigo mismos sobre las verdades demostradas; en cualquiera posicion que se encuentren, á ménos de estar locos, todos reconocen que dos y dos hacen cuatro; que el sol alumbra; que la justicia es un bien, que es menester ser bien hechor para merecer la afeccion de los hombres, que la injusticia y la crueldad son incompatibles con la bondad. ¿Están acordes del mismo modo cuando hablan de Dios? Todo lo que piensan ó dicen de él, está al instante destruido por los efectos que le quieren atribuir.

Decid á varios pintores de representar una

chimera cada uno de éllos, formándose diferentes ideas de ella la pintura con variedad: no encontraréis ninguna semejante entre las facciones que cada uno habrá dado á su cuadro del que no ecsiste modelo alguno en ninguna parte. Todos los teólogos del mundo en pintando á Dios, no nos pintan otra cosa sino una grande chimera, sobre cuias facsiones jamás están acordes entre sí, la que cada uno compone á su modo y que no ecsiste mas que en su cerebro. No hay dos individuos sobre la tierra que tengan ó puedan tener las mismas ideas de su Dios.

§. 123.

Puede sería mas verdad decir que todos los hombres son sécticos ó atéos, que pretender que están firmemente convencidos de la ecsistencia de un Dios. ¿Como se puede estar seguro de la ecsistencia de un ser que no se ha podido jamás ecsaminar, del cual no es posible hacerse ninguna idea permanente, de quien los diferentes efectos sobre nosotros mismos nos impiden de llevar un juicio invariable, y de quien la nocion no puede estar uniforme en dos diferentes cerebros? ¿como se puede decir intimamente persuadido de la ecsistencia de un ser á quien á cada instante se está obligado de atribuir una conducta

opuesta á las ideas que se habia procurado formar de él? ¿es posible creer formalmente lo que no puede concebir? ¿creer así, no es adherir á la opinion de los otros sin tener ninguna en sí? los sacerdotes arreglan la creencia del vulgo; pero estos mismos sacerdotes ¿no confiesan que Dios es incomprehensible para éllos? Concluiamos pues que la plena y entera convicsion de la ecsistencia de un Dios, no es tan general como se quisiera afirmar.

Ser séptico, es carecer de motivos necesarios para asentar un juicio. En vista de las pruebas que parecen establecer, y de los argumentos que combaten la ecsistencia de un Dios, algunas personas toman el partido de dudar y suspender su asentimiento. Pero en el fondo, esta incertidumbre no está fundada sino sobre que no se ha ecsaminado suficientemente. ¿Será posible dudar de la evidencia? Las jentes sensatas se burlan con razon de un pirronismo absoluto, y aun lo juzgan imposible. Un hombre que dudara de su propia ecsistencia, ó la del sol, pareceria de un todo ridículo, ó seria sospechado arguir de mala fé. ¿Es ménos estravagante tener incertidumbres sobre la no ecsistencia de un Ser, evidentemente imposible? ¿Es mas absurdo dudar de su propia ecsistencia, que chancelar sobre la imposibilidad de un ser, cuias cualidades se destruien recíprocamente?

¿Se encuentra mas probabilidad para creer en un Ser espiritual, que para creer en la ecsistencia de un palo sin dos cabos? ¿El conocimiento de un ser infinitamente bueno y poderoso, que sin embargo hace ó permite una infinidad de males, es acasó ménos absurdo, ó ménos imposible que el de un triángulo cuadrado? Concluiamos pues que el Septicismo relijioso, no puede ser sino el efecto de un ecsamen poco reflecsionado de principios teolójicos, que están en una continua contradiccion contra los principios los mas claros, y los mejor demostrados.

Dudar, es deliberar sobre el juicio que se debe dar. El Septicisismo no es sino un estado de indecision, que resulta del ecsamen superficial de las cosas. ¿Es posible ser séptico en materia de relijion, cuando se dignan remontar hasta sus principios, y mirar de cerca la nocion de un Dios que le sirve de base? La duda viene de ordinario, de pereza, ó de debilidad, de indiferiencia, ó de incapacidad. Dudar, para muchas jentes, es temer la pena que se darían de ecsaminar cosas á las que no se toma ningun interes. Sin embargo la relijion, siendo presentada á los hombres, como la cosa que para éllos debe tener las maiores consecuencias en este mundo y en el otro, el Septicisimo, y la duda á su objeto, no pueden ser para el espíritu sino un estado desagradable, y no le ofrecen nada mas

nos que *almohada cómoda*. Todo hombre que no tiene el ánimo de contemplar sin prevension el Dios, sobre el cual toda relijion se funda, no puede saber para que relijion debe decidirse; ya no sabe lo que debe creer ó lo que no debe creer, admitir ó desechar, esperar ó temer, en una palabra, ya no puede decidirse sobre nada.

La indiferiencia sobre la relijion, no puede confundirse con el Septisismo, esta indiferiencia está ella misma fundada, sobre la certeza en que se está, ó sobre la probabilidad que se encuentra en creer, que la relijion no es hecha para interesar. La persuacion en que se está de que una cosa que se manifiesta muy importante no lo es, ó no es mas que indiferente, supone un ecsamen bastante suficiente de la cosa, sin la cual sería imposible tener esta persuacion. Los que se dán por sépticos sobre los puntos fundamentales de la relijion, no son por lo comun sino indolentes, ó hombres poco capaces de reflecsionar.

§. 124.

En todos los confines de la tierra, se nos asegura que Dios se ha revelado. ¿ Lo que ha enseñado á los hombres en todo; les prueba con *evidencia* que ecsiste; les dice donde reside; les *enseña* lo que es ó en que consiste su

esencia; les esplica con claridad sus intenciones y su plan; lo que dice de este plan está acorde con los efectos que vemos? No, sin duda; enseña solamente *que él es el que es; que es un Dios oculto*; que sus vias son inefables; que se enfurece, cuando se tiene la temeridad de profundizar sus secretos, ó de consultar la razon para juzgar de él ó de sus obras.

¿La conducta revelada de Dios corresponde á las ideas magníficas que se nos quisiera dar de su sabiduría, de su bondad, de su justicia, y de su omnipotencia? De ningun modo: en toda revelacion esta conducta anuncia un ser parcial, y caprichoso, bueno, todo lo mas, para un pueblo que favorece, y enemigo de todos los otros; si digna manifestarse á algunos hombres, tiene el cuidado de tener todos los otros en la ignorancia invencible de sus intenciones divinas. Toda revelacion particular, anuncia evidentemente en Dios injusticia, parcialidad, y malicia.

¿Las voluntades reveladas por Dios, son capaces de dar golpe por la razon sublime ó la sabiduría que encierran; y tienen evidentemente por objeto, la felicidad del pueblo á quien la divinidad las destina? Ecsaminando las voluntades divinas, no veo en todo pais sino ordenanzas bizarras, preceptos ridículos, ceremonias de las que de ningun modo se adivina el objeto, prácticas pueriles,

una etiqueta indigna del monarca de la naturaleza, ofrendas, sacrificios, espiaciones, útiles á la verdad para los ministros de Dios; pero muy onerosos al resto de los conciudadadanos. Hallo ademas que estas leies tienen muchas veces por objeto hacer los hombres insociables, desdeñosos, intolerables, querellosos, injustos ê inhumanos ácia todos los que no han reconocido las mismas revelaciones que éllos, ni las mismas ordenanzas, ni los mismos favores del cielo.

§. 125.

¿Son los preceptos de la moral anunciada por la divinidad, verdaderamente divinos ó superiores á los que todo hombre racional pudiera imajinar? No son divinos, sino por que es imposible al espíritu humano conocer su utilidad. Hacen consistir la virtud en una renunciacion total á la naturaleza humana, en un olvido voluntario de su razon, y en un santo odio de sí mismo. En fin, estos preceptos sublimes, nos hacen ver muy frecuentemente la perfeccion de una conducta, cruel para nosotros mismos, y perfectamente inútil para los otros.

¿Se ha manifestado algun Dios? ¿Ha pro*mulgado sus* leies; ha hablado á los hombres

de su propia boca? Se me enseña que Dios no se ha manifestado á todo un pueblo; pero que se ha servido siempre del órgano de algunas personas favorecidas, que se han encargado del cuidado de enseñar, y esplicar sus intenciones á los profanos. Jamás fué permitido al pueblo entrar en el santuario; los ministros de los dioses tuviéron siempre solos, el derecho de referirle lo que se pasa en él.

§. 126.

Si en la economía de todas las revelaciones divinas me quejo de no reconocer, ni la sabiduría, ni la bondad, ni la equidad de un Dios: si sospecho engaño, ambicion, y miras de interes en los grandes personajes que se han interpuesto entre el cielo y nosotros, se me asegura que Dios ha confirmado con milagros asombrosos, la mision de los que han hablado de su parte. ¿Pero no era mas fácil manifestarse y esplicarse por sí mismo? Por otra parte, si tengo la curiosidad de ecsaminar estos milagros, veo que son narraciones desproveidas de verosimilitud, referidas por jentes sospechosas, que tenian el maior interes de hacer creer á otros, que eran los enviados del Altísimo.

¿Que testigos se nos cita para obligarnos

á creer milagros increibles? Recurren
timonio de los pueblos imbéciles que, 1
sisten mas desde miles de años, y quiene
cuando pudieran atestiguar los milagr
cuestion, se les pudiera sospechar habe
engañados de su propia imajinacion, y
herse dejado seducir por prestijios que i
tores hábiles obraban á su vista. Pero
estos milagros están consignados en los
que por una tradiccion constante se ha
petuado hasta nosotros. ¿Por quien ha
escritos estos libros; quienes son los ho
que los han transmitido y perpetuado?
ó las mismas jentes que han estableci
relijiones, ó los que se han hecho su
herentes y sus defensores. Así es como e
teria de relijion, el testimonio de las
interesadas es irrefragable, y no pued
contestado.

§. 127.

Dios ha hablado con variedad à cad
blo del globo que habitamos. El ind
cree una palabra de lo que ha dicho a
no; el mahometano mira como fabulas l
ha dicho al cristiano; el judio mira e
hometano y el cristiano como corruptor
crílegos de la ley santa que su Dios ha
á *sus* padres. El cristiano, orgulloso

revelacion mas moderna, condena igualmente el indio, el chino, el mahometano, y el judio mismo, de quien tiene sus libros santos. ¿Quien tiene ó no razon? Cada cual esclama, yo soy! Cada uno alega las mismas pruebas, cada uno nos habla de sus milagros, de sus adivinos, de sus profetas, y de sus mártires. El hombre sensato responde que todos deliran; que Dios no ha hablado; si es verdad que es un espíritu, no puede tener ni boca, ni lengua; que el Dios del universo pudiera sin valerse del órgano de los mortales, inspirar á sus criaturas lo que quisiera que aprendiesen; y que como ignoran igualmente en todas partes lo que deben pensar sobre Dios, es evidente que Dios no ha querido que lo supieran.

Los adherentes de los diferentes cultos que se ven establecidos en este mundo, se acusan los unos á los otros de superstición é impiedad. Los cristianos tienen en horror la supersticion pagana chinesca y mahometana. Los católicos romanos tratan de impíos los cristianos protestantes; estos declaman sin cesar sobre la supersticion romana. Todos tienen razon. Ser impío es tener opiniones injuriosas por el Dios que se adora: ser supersticioso, es tener ideas falsas de él. Cuando los diferentes relijionarios se acusan recíprocamente de supersticion, se parecen á jorovados, que se echan en cara lo unos á los otros su conformacion viciosa.

§. 128.

¿Los oráculos que la divinidad ha revelado à las naciones por diferentes enviados, están claros? ¡Ay! No hay dos hombres que los entiendan del mismo modo. Los que los esplican á otros, jamás están acordes entre sí; para aclararlos recurren á interpretaciones, á comentários, á alegorías y á glozas; se descubre en él un *sentido místico*, muy diferente del *sentido literal*. Se necesita de hombres por todas partes, para descubrir las voluntades de un Díos, que no ha querido esplicarse claramente con los que quería ilustrar. Dios prefiere siempre servirse del órgano de algunos hombres de quienes se puede sospechar haber sido engañados éllos mismos, ó de haber sentido razones para querer engañar los otros.

§. 129.

Los fundadores de todas las relijiones han comunmente provado con milagros sus misiones ¿Pero que cosa es un milagro? Es una operacion directamente opuesta á las leies de la naturaleza. ¿Y segun vosotros quien habia hecho estas leies? Es Dios. Asi es que vuestro Dios, quien segun vosotros ha *previsto todo*, contrária las leies que su sabi-

duría habia impuesto á la naturaleza. Con que estas leies eran falsas, ó á lo ménos en ciertas circunstancias, no se acordaban con las miras de este mismo Dios, cuando nos enseñais que ha creido deberlas suspender.

Se nos quiere persuadir que hombres favorecidos del Altísimo, han recibido de él, el poder de hacer milagros; pero para hacer un milagro, es necesario tener la facultad de crear cosas nuevas capaces de producir efectos opuestos á los que las causas naturales pueden obrar. ¿Será posible concebir que Dios pueda dar á hombres, el poder inconcebible de crear ó de formar cosas de la nada; será creible que un Dios que no muda, pueda comunicar á hombres el poder de mudar ó de rectificar su plan, poder que, en vista de su esencia inmutable no puede él mismo mudar nada en el? Los milagros, léjos de honrar mucho á Dios, léjos de probar la divinidad de una relijion, aniquilan evidentemente la idea que se nos dá de Dios, de su inmutabilidad, de sus atributos incomunicables, y aun de su omnipotencia. ¿Como puede decirnos un teólogo, que un Dios que ha debido abrazar todo el conjunto de su plan, que no ha podido hacer sino leies muy perfectas, y que no puede mudar nada en ellas, esté obligado para realizar sus proiectos, de emplear milagros, pueda conceder á sus criaturas la facultad de hacer prodijios,

para ejecutar sus voluntades divinas? ¿Será creible que un Dios necesite el apoyo de los hombres? Un ser todo poderoso cuias voluntades están siempre cumplidas, un ser que tiene en sus manos los corazones y los espíritus de sus criaturas, no necesita mas que querer para que crean todo lo que desea:

§. 130.

¿Que dirémos de algunas relijiones que fundan su divinidad sobre milagros, que ellas mismas cuidan de hacernos sospechosos? como podrémos creer en los milagros referidos en los libros sagrados de los cristianos, en las cuales este mismo Dios se gloría de endurecer los corazones, y cegar á los que éllos quieren perder, donde Dios permite á los espíritus malignos, y á los májicos el hacer milagros tan grandes como los de sus siervos; en donde predice que el *anti-Cristo* tendrá el poder de hacer prodijios capaces de conmover la fé de sus mismos elejidos? En este supuesto; ¿á que señales reconocerémos si Dios nos quiere instruir ó nos quiere armar un lazo; como distinguirémos si las maravillas que vemos vienen de Dios ó del diablo?

Pascal, para sacarnos de cuidados, nos *dice con* gravedad, que es *necesario juzgar la doctrina por los milagros, y los milagros*

por la doctrina; que la doctrina diseerne los milagros, y los milagros discèrnen la doctrina. Si ecsiste un círculo vicioso y ridículo, es, sin duda, en este hermoso raciocinio de uno de los maiores defensores de la relijion cristiana. ¿Cual es en este mundo la relijion que no se gloría de poseer la doctrina la mas admirable y que para apoiarla no refiera una multitud de milagros.

¿Será capáz un milagro de aniquilar la evidencia de una verdad demostrada; aunque un hombre tuviera el secreto de curar todos los enfermos, de enderezar todos los cojos, de resucitar todos los muertos de una ciudad, de elevarse en los aires, de parar el curso del sol y de la luna? ¿podrá convencerme por este medio que dos y dos no hacen cuatro, que uno hace tres, y que tres no hacen mas que uno, que un Dios que llena el universo con su inmensidad, ha podido encerrarse en el cuerpo de un judio; que el eterno puede morir como un hombre; que un Dios que dicen inmutable, prevedor, y sensato ha podido mudar de dictámen su relijion, y reformar su propia obra por una nueva rebelacion?

§. 131.

Siguiendo los mismos principios de la teolojía, sea natural, ó sea revelada, toda nueva revelacion debería pasar por falsa; toda mu-

danza en una relijion emanada de la divinidad, debería ser reputada una impiedad y una blasfemia. Toda reforma supone que Dios no ha sabido dar á su relijion de una vez, ni la solidez ni la perfeccion requerida. Decir que Dios, dando una ley premitiva, se ha acomodado á las ideas groseras del pueblo que queria ilustrar, es pretender que Dios no ha querido ni podido hacer el pueblo que ilustraba entónces tan racional, como debia ser para complacerle ó para agradarle.

El cristianismo es una impiedad, si es verdad que el judaismo haia sido jamás una relijion realmente emanada de un Dios santo, inmutable, todo poderoso, y previsor. La relijion del Cristo supone, séase defectos en la lei que el mismo Dios habia dado por Moisés, ó séase impotencia ó malicia en este Dios, que no ha podido ó querido hacer los judios tales cuales era necesario que fuesen para agradarle. Todas las relijiones nuevas, ó reformas de relijiones antiguas, están evidentemente fundadas sobre la impotencia, sobre la inconstancia, sobre la imprudencia, y sobre la malicia de la divinidad.

§. 132.

Si la historia me enseña que los primeros apostóles fundadores, ó reformadores de las relijiones han hecho grandes milagros; la his-

toria me enseña tambien que estos apóstoles reformadores y sus adherentes, han sido comunnmente desterrados, perseguidos, y muertos como perturbadores del descanso de las naciones. En vista de esto estoy tentado de creer que no han hecho los milagros que se les atribuie: en efecto, estos milagros hubieran debido hacerles un gran número de partidarios, entre aquellos que los veian, que hubieran debido impedir que los que los hacian no fuesen maltratados. Mi incredulidad redobla, si se me dice que los hacedores de milagros han sido cruelmente atormentados y supliciados. ¿Como es posible creer que misioneros protejidos por un Dios, y revestidos de su potestad divina, gozando del don de milagros no haian podido obrar el milagro tan sensillo de sustraerse á la crueldad de sus perseguidores?

Si tienen el arte de sacar de las mismas persecuciones, una prueba convincente á favor de la relijion, de aquellos que las han esperimentado: pero una relijion que se gloría de haber costado la vida á muchos mártires, y que nos enseña que sus fundadores para propagarla han padecido suplicios inauditos, no puede ser la relijion de un Dios benéfico, justo y omnipotente. Un Dios bueno permitiría que fuesen maltratados hombres encargados de anunciar sus voluntades? Un Dios todo *poderoso*, queriendo fundar una

relijion, se serviría de medios mas senc
y ménos funestos á los mas fieles de sus :
vos. Decir que Dios ha querido que su
lijion fuese sellada con la sangre, es d
que este Dios es débil, injusto, ingra
sanguinario, y que sacrifica indignament
enviados á las miras de su ambicion.

§. 133.

Morir por una relijion no prueba que
relijion sea verdadera ó divina; esto pr
lo mas que se la supone tal. Un entu
mado, muriendo no prueba nada, sino
el fanatismo relijioso es muchas veces
fuerte que el amor de la vida. Un imp
puede alguna vez morir con resolucion
tónces hace como se dice, de *necesidad vi*
Muchas veces se está sorprehendido y
netrado, en vista del ánimo jeneroso y de
lo interesado que han llevado los misio
á predicar su doctrina arrostrando esperi
tar los tratamientos los mas rigorosos.
saca de este amor inducciones favorabl
la relijion que han anunciado por la s
cion de los hombres. Pero en el fundo
desintéres no es sino aparente. El que
arriesga, nada tiene: un misionero aiu
de su doctrina, quiere tentar fortuna,
que si tiene la felicidad de vender su orb

se hará el dueño absoluto de los que lo toman por guia; está seguro de llegar á ser el objeto de sus cuidados, de sus respectos, y de su veneracion, siempre tiene que esperar que no le faltará nada. Tales son los verdaderos motivos que encienden el celo y la caridad de tantos predicadores y misioneros como se ven correr por el mundo.

Morir por una opinion no prueba mas la verdad, ó la bondad de esta opinion, que morir en una batalla no prueba el buen derecho del príncipe, á cuios intereses tantas jentes tienen la locura de inmolarse. El ánimo de un mártir, embriagado con la idea del paraiso, no tiene nada de mas sobre natural; que el ánimo de un hombre de guerra; entusiasmado de la idea de la gloria, ó contenido por el miedo de la deshonra.

¿Que diferiencia se encuentra entre un iroqués; que canta miéntras se quema á fuego lento, y el mártir S. Lorenzo el que sobre las parrillas insulta su tirano?

Los predicadores de una nueva doctrina sucumben por que no son los mas fuertes; los apóstoles hacen comunmente un oficio peligroso del que preveen de ante mano las consecuencias: su muerte animosa y su propia sinceridad, no prueba mas la verdad de sus principios, que la muerte violenta de un ambicioso y de un intrigante, no prueba que han tenido razon de turbar la sociedad, ó

que se han creido autorizados para hacerlo. El oficio de misionero fué siempre lisonjero para la ambicion, y cómodo para subsistir á espensas del vulgo; estas ventajas han podido bastar para hacer olvidar los peligros que lo rodean.

§. 134.

¡O teólogos! No os decis *que lo que parece locura á los ojos de los hombres, es sabiduría á los ojos de un Dios que se deleita en confundir la sabiduría de los sábios.* ¿Pero no pretendeis que la sabiduría humana es un don del cielo? Diciéndonos que esta sabiduría desagrada á Dios, que no es mas que locura á sus ojos, y que quiere confundirla, nos anunciais que vuestro Dios no es el amigo sino de las jentes sin luces, y que hace á las jentes sensatas un funesto don, de el cual este pérfido tirano se promete castigarlos un dia cruelmente. ¡No es una cosa muy estraña, que no se pueda ser el amigo de vuestro Dios, sino declarándose enemigo del buen sentido y de la verdad!

§. 135.

Conformándonos con el parecer de los teólogos la *fé es un consentimiento inevidente.* De donde se sigue que la relijion ecsije que se crean

firmemente cosas no evidentes, y proposiciones muchas veces muy poco probables, ó muy contrarias á la razon. ¿Pero recusar la razon por juez de la fé, no es confesar que la razon no se puede acomodar con la fé? Ya que los ministros de la relijion, han tomado el partido de desterrar la razon, es necesario que haian sentido la imposibilidad de conciliar esta razon con la fé, que no es visiblemente sino una sumision ciega á sus sacerdotes, cuia autoridad en muchas cabezas parece de un maior peso, que la misma evidencia, y preferida al testimonio de los sentidos.

„Inmolad vuestra razon; renunciad á la es„periencia; desconfiad del testimonio de vues„tros sentidos; y someteos sin ecsamen á lo „que os anunciamos en el nombre del cielo." Tal es el lenguaje uniforme de todos los sacerdotes del mundo; no están acordes sobre punto alguno, sino es sobre la necesidad de no raciocinar jamás, cuando se trata de los principios que nos presentan como los mas importantes para nuestra felicidad.

Yo no inmolaré mi razon, por que esta sola razon no puede hacer distinguir el bien del mal, y lo verdadero de lo falso. Si como lo pretendeis, mi razon viene de Dios, no creeré jamás que un Dios, que decis tan bueno me haia dado la razon sino para tenderme un lazo, para conducirme á la per-

dicion. ¡Sacerdotes no veis que desacr
tando la razon calumniais vuestro Dios
quien asegurais que esta razon es dádiv

Yo no renunciaré la esperiencia, por qu
una guia mucho mas segura que la imaj
cion, ó que la autoridad de los guias qu
me quisiera dar. Esta esperiencia me en
que el entusiasmo y el interes pueden ce
los y descarriarlos á éllos mismos, y qu
autoridad de la esperiencia debe ser de
yor peso para mi imajinacion, que el t
monio sospechoso de muchos hombres
conozco, ó muy capaces de engañarse, ó
interesados en engañar á los otros.

Desconfiaré de mis sentidos, por que no
noro que algunas veces pueden inducirme
error; pero por otra parte sé que no me enga
ràn siempre. Sé muy bien que mi vista me l
ver el sol, mucho mas pequeño de lo que e
realidad; pero la esperiencia, que no es
que la aplicacion reiterada de los sentid
me enseña que los objetos parecen cons
temente disminuir en razon de su distan
es así que alcanzo á asegurarme, que el
es mucho maior que el globo de la tie
así es que me bastan mis sentidos, para
tificar los juicios precipitados que me hal
hecho hacer.

Advirtiéndome de desconfiar del testimo
de mis sentidos, se aniquilan para mí las p
bas de toda relijion. Si los hombres se

jan seducir por su imajinacion, y si sus sentidos son engañosos, ¿como quieren que yo crea los milagros que han herido los sentidos engañosos de nuestros antepasados? Si mis sentidos son guias infieles, se me enseña que no debería creer, ni aun á los milagros que vería obrarse á mi vista.

§. 136.

¿Me repetis de continuo que *las verdades de la relijion son superiores á la razon*; pero entónces convenis que estas verdades no son hechas para séres racionales; pretender que la razon puede engañarnos, es decirnos que la verdad puede ser falsa, que lo útil puede perjudicarnos. ¿La razon, es en sí otra cosa sino el conocimiento de lo útil y de lo verdadero? Como desde luego no tenemos para conducirnos en esta vida sino nuestra razon mas ó ménos ejercitada; sino nuestro raciocinio tal cual es, y nuestros sentidos tales cuales son; decir que la razon es una guia infiel, y que nuestros sentidos son engañosos, es decirnos que nuestros errores son necesarios, que nuestra ignorancia es invencible, y que sin una estremada injusticia, Dios no nos puede castigar por haber seguido las solas guias que nos haia querido dar.

Pretender que estamos obligados á creer

cosas superiores á nuestra razon, es una acercion tan ridícula; como decir que Dios ecsije que sin alas nos elevemos por los aires. Asegurar que hay objetos sobre los cuales no es permitido consultar su razon, es decirnos que en el negocio que mas nos interesa no hay que consultar mas que la imajinacion, ó que conviene no obrar sino de casualidad.

Nuestros doctores nos dicen que debemos sacrificar nuestra razon á Dios. ¿Pero que motivos podemos nosotros tener, para sacrificar nuestra razon á un ser, que no nos hace sino presentes inútiles, de los cuales no pretende que hagamos uso? que confianza podemos tener en un Dios que segun nuestros doctores mismos, es bastante malicioso para endurecer los corazones, para cegar, para tendernos lazos, y para inducirnos en tentacion? en fin; que confianza podemos tener en los ministros de este Dios, quienes para guiarnos con mas comodidad, nos mandan tener los ojos cerrados?

§. 137.

Los hombres se persuaden que la relijion es para éllos la cosa mas seria del mundo, cuando es la cosa que ménos se permiten ecsaminar por sí mismos. Se trata de la adquisicion de un empleo, de una tierra ó de una casa, de una colocacion de dinero, de una tran-

sacion ó contrata cualquiera, veis á cada cual ecsaminar todos los títulos con cuidado, tomar las maiores precauciones, pesar todas las palabras de un escrito, y ponerse en guardia contra toda sorpresa. No sucede lo mismo con la relijion, cada uno la toma á la suerte, y la cree sobre palabra, sin darse la pena de ecsaminar nada sobre ella. Dos causas parecen concurrir para entretener en los hombres la neglijencia, y la injuria que manifiestan cuando se trata de ecsaminar sus opiniones relijiosas. La primera, es la imposibilidad de penetrar la obscuridad necesaria, de que toda relijion está rodeada, aun en sus primeros principios: no es propia sino para desalentar espíritus perezosos, los que no viendo en ella mas que un caos, la juzgan imposible de penetrar. La segunda, es que cada uno se promete no dejarse molestar demasiado por los preceptos severos, que todo el mundo admira en la teoría, y que muy pocas jentes se ocupan de practicar al rigor. Muchas jentes hay, que tienen su relijion, como viejos títulos de familia, que no se dán jamás la pena de ecsaminar, pero que ponen en sus archivos, para recurrir á éllos en caso de necesidad.

§. 138.

Los discípulos de Pitágoras daban una fé implícita á la doctrina de su maestro: *lo ha*

dicho, era para éllos la solucion de todos los problemas. La maior parte de los hombres, se conducen con tan poca razon. En materia de relijion, un cura, un sacerdote, un fraile ignorante se hacen los dueños de los pensamientos. La fé alivia la debilidad del espíritu humano, para quien la aplicacion es comunmente un trabajo muy penoso: es mucho mas cómodo referirse á otro que ecsaminarlo por sí: el ecsamen siendo lento y dificil, disgusta igualmente á los ignorantes estúpidos, y á los talentos demasiado vivos: ved ahí sin duda por que la fé halla tantos partidarios sobre la tierra.

Cuanto ménos luces y razon tienen los hombres, mas celo manifiestan por su relijion. En todas las facciones relijiosas, las mujeres seducidas por sus directores, muestran un grandísimo celo por opiniones de que es evidente no tienen ninguna idea. En las querellas teolójicas, se arroja el pueblo como bestia feroz sobre todos aquellos contra quienes sus sacerdotes lo quieren provocar. Una ignorancia profunda, una credulidad sin límites, una cabeza débil, una imajinacion acalorada; ved los materiales con que se forman los devotos, los celosos, los fanáticos y los santos. ¿Como hacer entender la razon á unas jentes que no tienen otro principio que dejarse guiar, y no ecsaminar jamás? Los devotos y el pueblo son en las

manos de sus guias unos autómatas que mueven á su capricho.

§. 139.

La relijion es un negocio de uso y de moda; *es preciso obrar como los demas.* Pero entre tantas relijiones como vemos en el mundo, ¿cual debe elejirse? Este ecsamen sería muy penoso y muy largo, preciso es pues, aderirse á la relijion de sus padres, á la de su pais; á la del príncipe, que teniendo la fuerza en su mano, debe ser la mejor. La casualidad pura decide de la relijion de un hombre y de un pueblo: los Españoles en el dia serían tan buenos musulmanes, como son celosos cristianos, si sus antepasados no hubiesen en otro tiempo repelido los esfuerzos de los sarracenos.

Si se juzga de las intenciones de la Providencia por los acontecimientos y revelaciones de este mundo, nos vemos obligados á creer que le son bastante indiferentes las diversas relijiones que encontramos sobre la tierra. El Paganismo, el Politeismo y la Idolatría han sido las relijiones del mundo por espacio de millares de años; se asegura en el dia que durante este periodo, los pueblos mas florecientes no han podido tener la menor idea de la Divinidad; idea que se dice sin embargo tan necesaria á todos los hombres. Los cristianos pretenden que á escep-

cion del pueblo judio, es decir, de un puñado de desgraciados, todo el jénero humano vivia en la mas crasa ignorancia de sus deberes hácia Dios, y solo tenia nociones, injuriosas á la Majestad divina. El cristianismo, nacido del judaismo, muy humilde en su orijen, obscuro, se hizo poderoso y cruel en tiempo de los Emperadores Cristianos, que impelidos de un santo celo, lo esparciéron maravillosamente en su imperio por medio del hierro y del fuego, y lo elevaron sobre las ruinas del Paganismo derrocado. Mahoma y sus sucesores, aiudados de la Providencia, ó de sus armas victoriosas, llegaron en poco tiempo á hacer desaparecer la relijion cristiana de una parte del Asia, del Africa y aun de la Europa; el *Evanjelio* fué obligado por entónces á ceder al *Alcorán*.

En todas las facciones ó sectas, que por un gran número de siglos han dividido á los cristianos, *la razon del mas fuerte fué siempre la mejor;* las armas y la voluntad de los Príncipes decidiéron por sí solas de la doctrina mas útil á la salud de las naciones. Y ¿no podria concluirse, ó que la divinidad toma poco interes en la relijion de los hombres, ó que se declara siempre en favor de las opiniones que mas acomodan á las potestades de la tierra, en fin, que muda de sistema luego que estas tienen el capricho de hacerlo?

Un rey de Macassar, fastidiado de la idolatría de sus padres, trató un dia de dejarla. El consejo del monarca deliberó largo tiempo para saber si se llamarían Doctores Cristianos ó Mahometanos. En la imposibilidad de conocer cual de las dos relijiones era mejor, se resolvió pedir al mismo tiempo misioneros de la una y de la otra, y abrazar la de aquellos que llegasen primero: no se duda de que Dios que dispone de los vientos, esplicaría en este caso sus voluntades: habiendo sido mas dilijentes los misioneros de Mahoma, el rey con su pueblo se sometió á la ley que se habia impuesto: los misioneros de Cristo fuéron despedidos por la falta de su Dios que no les permitió llegar á tan buena hora (1). Dios consiente evidentemente que el acaso, decida de la relijion de los pueblos.

Siempre deciden infaliblemente los que gobiernan, de la relijion de los pueblos. La verdadera relijion es siempre la del Príncipe, el verdadero Dios es el que el príncipe adora; la voluntad de los sacerdotes que gobiernan al príncipe, es siempre la voluntad de Dios. Un chistoso ha dicho, con razon, que la *relijion verdadera es siempre la que tiene á su favor al Príncipe y al Verdugo.* Los

(1) *V. la descripcion histórica del reino de Macassar. Paris* 1688.

Emperadores y los verdugos, han sostenido largo tiempo los dioses de Roma contra el Dios de los cristianos; habiéndose éste atraido á su partido los Emperadores, sus soldados y verdugos, llegó á hacer desaparecer el culto de los dioses romanos. El Dios de Mahoma llegó á arrojar al Dios de los cristianos de una gran parte de los estados que ocupaba otras veces.

En la parte oriental del Asia, hay un vasto pais muy floreciente, muy abundante, muy poblado y gobernado por leies tan sábias, que los conquistadores mas feroces han adoptado con respeto. Este es la China. A escepcion del cristianismo que fué desterrado como peligroso, sus pueblos siguen las supersticiones que mas les acomoda, miéntras que los *Mandarines*, ó Majistrados, desengañados mucho tiempo hace de la relijion popular, dirijen únicamente sus cuidados á evitar que los *Bonzos* ó sacerdotes se sirvan de ella para turbar el órden del Estado. Sin embargo no se observa que la providencia niegue sus beneficios á una nacion, cuios Jefes se toman tan poco interes en el culto que se le rinde: los chinos gozan por el contrario de un bien estar, y de un reposo, dignos de la envidia de tantos pueblos como arrasan é incendian las diferentes relijiones.

Nadie puede razonablemente proponerse *quitar* al pueblo sus locuras: pero si puede

proponerse curarlas á los que gobiernan el pueblo: éstos impedirán entónces que las locuras del pueblo le sean dañosas. La superticion no es de temer sino cuando tiene de su parte á los Príncipes y soldados; entónces es cuando se hace cruel y sanguinaria. Todo Soberano que se declara protector de una secta ó de una faccion relijiosa, es comunmente el tirano de las demas, y el perturbador mas cruel del reposo de sus estados.

§. 140.

Se nos repite sin cesar, y muchas personas sensatas lo creen, que la relijion es necesaria para contener á los hombres, que sin ella no habria freno para los pueblos; que la moral y la virtud le son intimamente unidas. „El temor del Señor es, nos di„cen, el principio de la sabiduría. Los ter„rores de la otra vida son *saludables* y apro„pósito para contener las pasiones de los hom„bres."

Para desengañarse de la utilidad de las nociones relijiosas, basta abrir los ojos y considerar, cuales son las costumbres de las naciones mas sometidas á la relijion. En ellas se ven Tiranos orgullosos, Ministros opresores, Cortesanos pérfidos, Concusionarios sin número, Majistrados poco escrupulosos, tramposos, adúlteros, libertinos, prostitutas, las

drones y bellacos de toda especie que jamás han dudado de la ecsistencia de un Dios vengador y remunerador, ni de los suplicios del infierno, ni de los placeres del paraiso.

Aunque con inutilidad para el maior número de los hombres, los ministros de la relijion se han esmerado en pintar la muerte, terrible á los ojos de sus sectarios. Si los cristianos mas devotos pudieran ser consecuentes, pasarían toda su vida llorando, moririan en seguida en medio de las mas terribles congojas. ¡Qué cosa mas espantosa que la muerte para los desgraciados á quien se repite á cada momento, *que es horrible caer en las manos del Dios vivo; que deben trabajar en su salud con temor y sobresalto!* Sin embargo se nos asegura que la muerte del cristiano tiene consuelos infinitos, de que está privado el incrédulo. El buen cristiano, se nos dice, muere con la firme esperanza de la felicidad eterna que ha procurado merecer. Pero esta firme seguridad ¿no es una presuncion punible á los ojos de un Dios severo? Los mas grandes Santos ¿no deben ignorar si son *dignos de amor ó de odio?* ¡Sacerdotes! que nos consolais con la esperanza de los goces del Paraiso, y que por entónces cerrrais los ojos sobre los tormentos del infierno, ¿habeis tenido la ventaja de ver vuestros nombres y los nuestros inscritos *en el libro de la vida?*

§. 141.

Oponer á las pasiones y á los intereses presentes de los hombres, las nociones obscuras de un Dios metafisico, los castigos increibles de otra vida, que nadie concibe, los placeres del cielo de que no se tiene idea ninguna ¿no es combatir realidades con quimeras? Los hombres no tienen jamás de su Dios sino ideas confusas; no lo ven, por decirlo así, sino en las nubes, jamás piensan en él cuando tratan de hacer mal: siempre que la ambicion, la fortuna ó el placer los solicitan ó arrastran, ni Dios ni sus amenazas, ni sus promesas contienen á nadie. Las cosas de esta vida tienen para el hombre un grado de certidunbre que la fé mas viva no puede dar jamás á las cosas de la otra.

Toda relijion en su orígen fué un freno imajinado por los lejisladores, que quisiéron someter los espíritus de los pueblos groseros. Semejantes á las nodrizas, que hacen miedo á los niños para obligarlos á callar, los ambiciosos se sirviéron del nombre de los dioses para hacer miedo á los salvajes; el terror les pareció conducente para obligarlos á sufrir tranquilamente el yugo que querian imponerles. ¿Los Echizos de la infancia se han hecho para la edad madura?

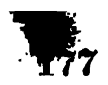
El hombre en su madurez no cree en
ó si lo cree aun, apénas se altera, y
siempre su camino.

§. 142.

No hai hombre que no tema mas l
vé, que lo que no vé; los juicios d
hombres, cuios efectos siente, que los j
de un Dios, de quien no tiene sino ide
gas. El deseo de agradar al mundo,
rente del uso, del temor, del ridículo,
que dirán, tienen mucha mas fuerza q
das las opiniones relijiosas. Un milita
el temor de la desonra ¿no espone
los dias su vida en los combates, au
peligro de condenarse eternamente?
Las personas mas relijiosas mani
regularmente mas respeto á un Lacaio
Dios. El hombre que crea firmement
Dios lo vé todo, lo hace todo, y qu
presente á todo, ejecutará cuando esté
acciones que jamás haría en presenci
último de los mortales. Los que dicen
mas convencidos de la eosistencia de un
no dejan de obrar á cada instante,
si nada creiesen.

§. 143.

„Dejad al ménos, se nos dirá, su
la idea de Dios, que por sí sola pued
vir de freno á las pasiones de los



Pero en buena fé, ¿podemos admirar los maravillosos efectos que el temor de este Dios produce por lo comun sobre el espíritu de los príncipes que se dicen sus imájenes? ! Qué idea se formará del original, si se juzga por sus copias!

Es verdad, que los soberanos, se dicen los representantes de Dios, sus lugartenientes sobre la tierra. Pero ¿el temor de un Señor mas poderoso que éllos los empeña acaso á ocuparse seriamente del bien estar de los pueblos que la providencia ha confiado á sus cuidados? ¿El pretendido terror que debia inspirarles la idea de un juez invisible, á quien solo pretenden ser responsables de sus acciones, los hace mas equitativos, mas humanos, ménos codiciosos de la sangre y de los bienes de sus vasallos, mas moderados en sus placeres, y mas atentos á sus deberes? ¿En fin, este Dios por el que se asegura que *los Reies reinan*, ¿les impide vejar de mil maneras los pueblos, de quienes debieran ser los conductores, los protectores y los padres? Abrid los ojos, estended vuestras miradas sobre toda la tierra, y veréis por casi todas partes, que los hombres están gobernados por tiranos, que se sirven de la relijion únicamente para embrutecer mas los esclavos que oprimen bajo el peso de sus vicios, ó que sacrifican sin piedad á sus fatales estravagancias.

La relijion por sus propios principios, léjos de servir de freno á las pasiones de los reies, los abandona evidentemente á sí mismos; los transforma en divinidades, à cuyos caprichos no es jamás permitido á las naciones de resistir. Al mismo tiempo que desencadena á los príncipes, y rompe para éllos los vínculos del pacto social, se esfuerza á encadenar los espíritus y las manos de los vasallos que oprimen. ¿Es pues, estraño que los dioses de la tierra se crean autorizados para todo, y que no miren á sus vasallos sino como los viles instrumentos de sus caprichos ó de su ambicion?

La relijion ha hecho en todo pais, del Monarca de la naturaleza: un tirano cruel, antojadizo, parcial, cuio capricho sirve de regla: el Dios Monarca es demasiado bien imitado en la tierra por sus representantes. Por do quiera, la relijion parece no haber sido imajinada sino para adormecer los pueblos en los hierros, á fin de proporcionar á sus señores la facilidad de devorarlos, ó de hacerlos impunemente desgraciados.

§. 144.

Para ponerse á cubierto de las intrigas de un pontífice altanero que queria reinar sobre los Reies, y garantir en persona los *atentados* de los pueblos crédulos; ecsitados

por los sacerdotes, muchos príncipes de la Europa pretendiéron que solo de Dios recibian sus coronas y sus derechos, único á quien eran responsables de sus acciones. A la larga, y despues de muchos debates, superó el poder civil al espiritual, y los sacerdotes forzados á ceder, reconociéron los derechos divinos de los Reies, los predicaron á los pueblos, reservándose la facultad de parecer y predicar la rebelion, siempre que los derechos divinos de los Reies no se conformaran con los derechos divinos del clero. Entre los Reies y los sacerdotes; siempre se concluió la paz á espensas de las naciones, pero éstos conservaron siempre sus pretensiones apesar de todos los tratados.

Tantos tiranos y malos sacerdotes, á quienes su conciencia reprocha sin cesar su neglijencia ó su perversidad; léjos de temer á su Dios, quieren mejor dar que hacer á este juez invisible que nunca se les opone; ó á sus sacerdotes, sometidos siempre á los señores de la tierra, que á sus propios vasallos: los pueblos reducidos á la desesperacion, pudieran muy bien *apelar como de un abuso*, de los derechos divinos de sus gefes. Los hombres, cuando se ven importunados, toman algunas veces nuevo caráter, y los derechos divinos del tirano son entónces precisados á ceder á los derechos naturales de sus súbditos.

Mejor partido se saca de los dioses que de los hombres. Los reies no son responsables de sus acciones sino al mismo Dios, y los sacerdotes á sí mismos: es de creer que los unos y los otros tienen mas seguridad en la induljencia del cielo, que en la de la tierra. Es mucho mas fácil escapar de los juicios de los dioses, que pueden apaciguarse á poca costa, que de los juicios de los hombres, cuia paciencia se apura.

„Si quitais á los soberanos el temor de un poder invisible, ¿qué freno opondréis á á sus estravíos?" Que aprendan á reinar; que aprendan á ser justos, á respetar los derechos de los pueblos, à reconocer los beneficios de las naciones de quienes reciben su grandeza y su poder, que aprendan á temer á los hombres, á someterse á las leies de la equidad que nadie pueda infrinjirlas sin peligro; pues estas leies refrenan con igualdad al poderoso y al débil, á los grandes y á los pequeños, á los Soberanos y á los súbditos.

El temor de los dioses, la relijion, los temores de otra vida; ved los diques metáfisicos y sobrenaturales que se oponen á las pasiones fogosas de los Príncipes! ¿Estos diques son suficientes? La esperiencia resolverá esta cuestion. Oponer la relijion á la maldad de los tiranos, es querer que especulaciones vagas, inciertas, é inintelijibles, sean

mas poderosas que, las inclinaciones que se fortifican mas y mas cada dia.

§. 145.

Se nos pondera sin cesar las ventajas inmensas que la relijion procura á la política; pero por poco que se reflecsione, se conocerá sin pena que las opiniones relijiosas ciegan igualmente los soberanos y los pueblos, y no los ilustran jamás, ni sobre sus verdaderos deberes, ni sobre sus verdaderos intereses. La relijion no forma por lo regular sino déspotas licenciosos y sin costumbres, obedecidos por esclavos, siempre obligados á conformarse á sus miras.

Por que los Príncipes no han meditado ó conocido los verdaderos principios de la administracion, el objeto y derechos de la vida social, los intereses reales de los hombres, y los deberes que los unen; son (casi en todos los paises) licenciosos, absolutos y perversos; y sus vasallos viles, desgraciados y malos. Para ahorrarse el cuidado de estudiar estos importantes objetos, se creiéron obligados á recurrir á quimeras, que hasta aquí, léjos de remediar nada, no han hecho mas que multiplicar los males del jénero humano, y distraerlo de las cosas mas interesantes.

El modo injusto y cruel con que son gobernadas en este mundo tantas naciones, nos suministra visiblemente una de las pruebas mas fuertes, no solo del poco efecto que produce el temor de la otra vida, sino tambien de la no ecsistencia de una providencia que se interesa en la suerte del jénero humano. Si ecsistiese un Dios bueno, ¿no sería preciso convenir que abandona estraordinariamente en esta vida, al maior número de los hombres? Al parecer este Dios no ha creado las naciones sino para ser el juguete de las pasiones y locuras de sus representantes sobre la tierra.

§. 146.

Por poco que se lea la historia con alguna atencion, se verá que el cristianismo, humilde en su principio, no se insinuó entre las naciones salvajes y libres de la Europa, sino haciendo entrever á sus Jefes que sus principios relijiosos favorecian el despotismo, y ponian en sus manos un poder absoluto. En consecuencia, vemos Príncipes bárbaros convertirse con una prontitud milagrosa; es decir, adoptar sin ecsamen un sistema tan favorable á su ambicion, y valerse de todos *medios* para hacerlo abrazar á sus vasallos. *Si los* ministros de esta relijion han deroga-

do muchas veces despues sus principios serviles, es por que la teoría no influie sobre la conducta de los ministros del Señor, sino cuando se acomoda con sus intereses temporales.

El cristianismo se alaba de haber proporcionado á los hombres una felicidad desconocida á los siglos precedentes. Es verdad que los griegos no han conocido los *derechos divinos* de los tiranos, usurpadores de los derechos de la patria. En tiempo del Paganismo, no habia pasado por la imajinacion de ninguna persona, que el cielo quisiera que una nacion no se defendiese contra una bestia feroz, que la asolaba insolentemente. La relijion de los cristianos imajinó poner los tiranos en seguridad, y estableció por principio, que los pueblos debian renunciar á su propia defensa. Por esta razon se ven privadas las naciones cristianas de la primera ley de la naturaleza, que quiere que el hombre resista al mal, y desarme á cualquiera que se disponga à destruirlo! Si los ministros de la iglesia han permitido muchas veces que los pueblos se rebelen á favor de la causa del cielo, jamás les permitiéron rebelarse contra males muy reales, ó violencias conocidas.

Del cielo han descendido los grillos, de que se han servido para encadenar los espíritus de los mortales. ¿Porqué razon el mahometano es esclavo en todas partes? Es por

que su profeta lo subiugó en nombre de la divinidad, como ántes hábia hecho Moisés con los judios. En todos los paises de la tierra, vemos que los primeros lejisladores fueron los primeros soberanos y los primeros sacerdotes de los salvajes, á quienes diéron leies.

La relijion parece imajinada únicamente para ecsaltar los príncipes sobre sus naciones, y entregarles los pueblos á discrecion. Luego que éstos se quejan de sus desgracias y males, se les hace callar amenazándolos con la cólera de Dios: se fijan sus ojos sobre el cielo, para impedir que conozcan las verdaderas causas de sus males, y que apliquen los remedios que la naturaleza les presenta.

§. 147.

A fuerza de repetir á los hombres que la tierra no es su verdadera patria, que la vida presente no es mas que un tránsito, que no han sido creados para ser felices en este mundo, que sus soberanos reciben su autoridad únicamente de Dios, y solo á él son responsables de sus abusos, y que jamás es lícito resistirles &c.: se ha llegado á eternizar la mala conducta de los reies y las desgracias de los pueblos; y los intereses de *las naciones* han sido sacrificados vilmente á *sus jefes*. Cuanto mas considerémos los dog-

mas y principios relijiosos; tanto mas nos convencerémos de que su único objeto es la utilidad de los tiranos y sacerdotes, sin proponerse jamás la de las sociedades.

Para encubrir la impotencia de sus dioses sordos, la Relijion ha llegado á hacer creer á los mortales que sus iniquidades son la causa de la cólera de los cielos. Los pueblos se atribuien á sì mismos los infortunios y reveses que prueban á cada momento. Aunque la naturaleza en desórden haga sentir algunas veces sus golpes á las naciones, con todo, sus malos gobiernos son de ordinario las causas inmedîatas y permanentes, de donde proceden las continuas calamidades que se ven precisadas á sufrir. ¿No es á la ambicion de los Reies y de los grandes, á su neglijencia, á sus vicios, y á sus opresiones, que se deben la esterilidad, la mendicidad, las guerras, los contajios, las malas costumbres y todos los multiplicados azotes que asolan la tierra?

Fijando continuamente los ojos de los hombres en los cielos; haciéndoles creer que todos sus males son debidos á la cólera divina; no proporcionándoles sino medios ineficases y futiles para hacer cesar sus pénas; debe decirse que el único objeto que se han propuesto los sacerdotes, es impedir que las naciones piensen en el verdadero orijen de sus miserias, para hacerlas eternas. Los ministros de la relijion se conducen á la ma-

nera de aquellas madres indijentes que, por no tener pan, duermen á sus hijuelos ambrientos con canciones, ó les presentan juguetes para hacerles olvidar la necesidad que los atormenta.

Obsecados por el error desde la infancia, reprimidos con temores por los lazos invisibles de la opinion, oprimidos con terrores pánicos, entorpecidos en el seno de la ignorancia, ¿como pueden los pueblos conocer las verdaderas causas de sus pénas? Creen remediarlas invocando á los dioses. ¡Ah! ¿y no ven que en nombre de éstos dioses se les ordena presentar la garganta al cuchillo de sus tiranos implacables, en los que encontrarán visiblemente la causa de los males de que se lamentan, y para cuio remedio no cesan de implorar inútilmente la asistencia del ciclo?

¡Pueblos crédulos! en vuestros infortunios, redoblad vuestras plegarias, vuestras ofrendas, vuestros sacrificios; llenad vuestros templos, degollad víctimas sin número, aiunad, mortificaos con cilicios y ceniza; bañaos en vuestras propias lágrimas; acabad sobre todo de consumiros. Con enriquecer vuestros dioses; solo consiguiréis enriquecer á sus sacerdotes; los dioses del cielo no os serán propicios, sino cuando los de la tierra reconzcan que son hombres como vosotros, y dediquen á vuestro bien estar los cuidados que os son debidos.

§. 148.

Los Príncipes neglijentes, ambiciosos y perversos, son las causas reales de las desgracias públicas. Las guerras inútiles, injustas y reiteradas despueblan la tierra. Los gobiernos codiciosos y despóticos, aniquilan para los hombres, los beneficios de la naturaleza. La rapacidad de los tribunales desalienta la agricultura, estingue la industria, produce la escasez, el contagio y la miseria. El cielo no es cruel ni favorable á los votos de los pueblos; sus jefes son los que casi siempre tienen un corazon de bronce.

Es una opinion destructora de la sana política y de las costumbres de los príncipes, persuadirlos á que Dios solo es temible para éllos, cuando dañan á sus vasallos, ó cuando no cuidan de hacerlos felices, ¡Soberanos! no es á los dioses, sino á vuestros pueblos, á quien ofendeis, cuando obrais mal! Es á vuestros pueblos, é indirectamente á vosotros mismos á quien haceis mal cuando gobernais injustamente.

Nada mas comun en la historia que ver tiranos relijiosos; nada mas raro que encontrar Príncipes equitativos, vijilantes é ilustrados. Un monarca puede ser piadoso, ecsacto en llenar servilmente los deberes de su relijion, muy sumiso á sus sacerdotes, liberal

con éllos, y encontrarse al mismo tiempo desprovisto de todos las virtudes, y de todos los talentos necesarios para gobernar. La relijion para los Príncipes, no es mas que un instrumento destinado para subiugar mas los pueblos.

Segun los bellos principios de la moral relijiosa, un tirano que durante un largo reinado, no haia hecho sino oprimir á sus vasallos, arrancarles los frutos de sus trabajos, inmolarlos sin piedad á su ambicion insaciable; un conquistador que haia usurpado las provincias de otros, que haia hecho degollar naciones enteras, que haia sido toda su vida un verdadero azote del jénero humano, se imajinará que su conciencia puede tranquilizarse, cuando para espiar tantos crímines, haia llorado á los pies de un sacerdote, que tendrá regularmente la vil complacencia de consolar y tranquilizar á un salteador, á quien la mas espantosa desesperacion castigaría muy debilmente, los males que ha causado en la tierra.

§. 149.

Un Soberano sinceramente devoto, es por lo regular un Jefe muy dañoso para un estado; la credulidad supone siempre un espíritu limitado: la devocion absorve de ordinario la atencion que el Príncipe debiera dar al gobierno de su pueblo. Dócil á las su-

jestiones de sus sacerdotes, es cada momento el juguete de sus caprichos, el fautor de sus querellas, el instrumento y cómplice de sus locuras, á las cuales dá un gran valor. Entre los mas funestos presentes que la relijion ha hecho al mundo, deben sobre todo contarse éstos Monarcas devotos y celosos que, con la idea de trabajar en la salud de sus súbditos, se hacen un santo deber de atormentar, perseguir, y destruir á aquellos cuia conciencia les hace pensar de disitnto modo. Un devoto á la cabeza de un imperio, es uno de los mas grandes azotes que el cielo en su furor pueda dar á la tierra. Un solo sacerdote fanàtico, ó un bribon al que un Príncipe crédulo dá oido; basta para desordenar un estado, y quemar el universo.

En casi todos los paises, los sacerdotes y los devotos están encargados de formar el espíritu y el corazon de los jóvenes Príncipes destinados á gobernar las naciones. ¿Qué luces pueden tener instituidores de semejante clase? ¿Qué intereses pueden animalos? Llenos de preocupaciones, enseñarán á sus discípulos la supersticion, como la cosa mas importante y la mas sagrada; sus deberes quiméricos, como los mas santos deberes; la intolerancia y el espíritu perseguidor, como los verdaderos fundamentos de su autoridad futura : tratarán de hacerlo un Jefe de partido, un fanático turbulento, un tirano, so-

focarán de antemano su razon, lo prevendrán contra ella, impedirán que la verdad penetre hasta él, lo dispondrán contra los verdaderos talentos, y en favor de los despreciables; en fin, lo harán un devoto imbécil, que no tendrá ninguna idea de lo justo, ni de lo injusto, ni de la verdadera gloria, ni de la verdadera grandeza; y que no será adornado de las luces y talentos necesarios para el gobierno de un gran estado. Ved en compendio el plan de educacion de un jóven, destinado á hacer un dia la felicidad ó la desgracia de muchos millones de hombres!

§. 150.

Los sacerdotes se han manifestado siempre como los fautores del despotismo, y los enemigos de la libertad pública; su oficio ecsije esclavos viles y sumisos, que jamás tengan la audacia de raciocinar. En un gobierno absoluto, no tratan mas que de apoderarse del espíritu de un Príncipe débil y estúpido, para erijirse en señores de los pueblos. En lugar de conducirlos á la salud, los sacerdotes los han conducido siempre á la servidumbre.

A favor de los títulos sobrenaturales que la relijion ha forjado para los mas malos *príncipes*, éstos se han ligado continuamente con los sacerdotes quienes, seguros de reinar

por la opinion sobre el mismo Soberano, se han encargado de atar las manos á los pueblos y de tenerlos sujetos. Pero es en vano que el tirano, cubierto con la éjida de la Relijion, se lisonjee de estar al abrigo de todos los golpes de la suerte; la opinion es un asilo mui débil contra la desesperacion de los pueblos. Por otra parte, el sacerdote no es amigo del tirano, sino miéntras le interesa su tiranía; predica la sedicion y abate el ídolo que habia hecho, cuando no es bastante conforme á los intereses del cielo que él ha hecho hablar cuando le ha traido cuenta, y que jamás habla sino conforme á sus intereses.

Se nos dirá sin duda que los Soberanos, conociendo toda la ventaja que la relijion les procura, están interesados en sostenerla con todas sus fuerzas. Si las opiniones relijiosas son útiles á los tiranos, es evidente que son inútiles á los que gobiernan segun las leies de la razon y de la equidad. ¿Resulta alguna ventaja de ejercer la tiranía? ¿Interesa verdaderamente á los Príncipes ser tiranos? ¿No los priva la tiranía del verdadero poder, del amor de sus pueblos, y de toda seguridad? Todo Príncipe racional ¿no deberá conocer que el déspota es un insensato, que no sabe mas que dañarse á sí mismo? Todo príncipe ilustrado ¿no debe desconfiar de los aduladores, cuio objeto es adormecer-

ble, caprichoso y mudable; era preciso que así fuese, para que se prestara á sus intereses, sujetos á variacion. Un Dios que fuese bueno y justo, sin mezcla de capricho y perversidad, un Dios que tubiera constantemente las cualidades de un hombre honrado, ó de un soberano benigno y afable, no convendría de modo alguno á sus ministros. Es útil á los sacerdotes que se tiemble ante su Dios, á fin de que se recurra á éllos para obtener los medios de tranquilizarlos de sus temores.

Ningun hombre es un héroe para su aiuda de cámara. No es de estrañar que un Dios vestido por sus sacerdotes, de modo que cause grande miedo á los demas, les imponga rara vez á éllos, ó influia mui poco sobre su propia conducta. De consiguiente los vemos comportarse en todo pais de un modo mui uniforme: con pretesto de la gloria de Dios, devoran las naciones, envilecen las almas, desalientan la industria, y siembran la discordia. La ambicion y la avaricia fueron en todo tiempo las pasiones dominantes del sacerdocio: en todas partes el sacerdote se hace superior á los soberanos y á las leies: en todas partes se ocupa unicamente de los intereses de su orguio, de su codicia, de su humor despótico y vengativo; en todas partes substituie las espiaciones, los sacrificios las ceremonias y prácticas misteriosas; en una

palabra, las invenciones que le son lucrativas, hacen lugar á las virtudes útiles y sociales.

El espíritu se confunde y la razon se sorprende á la vista de las prácticas ridículas, y de los medios despreciables que los ministros de un Dios han inventado en todos los paises para purificar las almas, y hacer favorable el cielo á las naciones. Aquí se corta una porcion del prepucio á los niños para hacerlos merecedores de la benevolencia divina; allí se derrama agua sobre su cabeza, para lavarlos de los crímines que aun no han podido cometer: en unas partes se manda sumerjirse en un rio, cuias aguas tienen el poder de quitar todas las manchas: en otras se prohiben ciertos alimentos, cuio uso no dejaría de ecsitar la cólera celeste: en ciertos paises, se manda al pecador ir periódicamente á confesar sus faltas á un sacerdote, que regularmente es mas pecador que el penitente &c. &c. &c.

§. 154.

¿Qué diríamos de una porcion de Empíricos que presentándose todos los dias en la plaza pública, nos ecsajerasen la bondad de sus remedios, los diesen como infalibles, miéntras que los viésemos llenos de las mismas enfermedades que pretenden curar? ¿Tendríamos mucha confianza en tales charlatanes que

nos dijesen á grito herido, *tomad nuestros remedios, cuios efectos son infalibles, y curan á todo el mundo, ecsepto á nosotros?* ¿Qué pensaríamos en seguida, viendo que estos mismos charlatanes pasaban su vida, quejándose de que sus remedios no producian jamás efecto alguno, sobre los enfermos que los tomaran? En fin, ¿qué idea nos formaríamos de la necedad del vulgo que, apesar de tales confesiones, no dejaría de pagar bien caros unos remedios, cuia ineficasia hubiese observado siempre? Los sacerdotes se parecen á aquellos alquimistas, que dicen atrevidamente que tienen el secreto de hacer oro, cuando apénas tienen un vestido para cubrir su desnudez.

Los ministros de la relijion, declaman sin cesar contra la corrupcion del siglo, y se quejan del poco fruto de sus lecciones, al mismo tiempo que nos aseguran que la relijion es el *remedio universal*, la verdadera *Panacea* contra los males del jénero humano. Estos sacerdotes están muy enfermos; sin embargo, los hombres continúan frecuentando sus boticas, y dar fé y crédito á sus antídotos divinos, los cuales de su propia declaracion no curan á nadie.

§. 155.

La relijion, principalmente entre los *modernos*, apoderándose de la moral, ha *obs-*

eurecido absolutamente sus principios. Ha hecho á los hombres insociables por deber; los ha obligado á ser inhumanos con todos aquellos que no pensaban à su modo. Las disputas teolójicas, igualmente intelijibles para todos los partidos, han ajitado los imperios, producido las revoluciones, asesinado soberanos, y asolado la Europa entera; estas querellas despreciables no han podido apagarse aun con rios de sangre. Desde la estincion del Paganismo, los pueblos adoptaron como principio relijioso, el hacerse frenéticos siempre que viesen correr alguna opinion, que sus sacerdotes creiesen contraria á la *santa doctrina.* Los sectarios de una relijion, que en la apariencia predica la caridad, la concordia y la paz, se han mostrado mas feroces que canibales ó salvajes, todas las veces que sus doctores los han ecsitado á la destruccion de sus hermanos. No hay crímines que los hombres no haian cometido con la idea de agradar á la Divinidad, ó de apaciguar su cólera.

La idea de un Dios terrible, que pinta como un déspota, ha necesariamente debido hacer malos á sus súbditos. El temor no produce mas que esclavos; y los esclavos son viles, bajos, crueles, y se creen que todo les es permitido, cuando se trata de procurarse la benevolencia, ó de sustraerse á los castigos del Señor que temen. La libertad de pen*sar puede únicamente* dar à los hombres, la

grandeza de alma, y la humanidad. La nocion de un Dios tirano, no puede ménos de producir esclavos viles, meláncolicos, querellosos, è intolerantes.

Toda relijion que supone un Dios pronto á irritarse, celezo, vengativo, porfiado sobre sus derechos ó sobre su etiqueta; un Dios tan pequeño que puede agraviarse de las opiniones que puedan formarse de él; un Dios tan injusto que ecsije que todos tengan opiniones uniformes de su naturaleza; semejante relijion debe ser precisamente inquieta, insociable, y sanguinaria; los adoradores de semejante Dios jamás creerán poder, sin crímen, dispensarse de odiar, y aun de destruir á todos aquellos que se les señalen como adversarios suios: creerán que sería hacer traicion á la causa de su celestial Monarca, vivir en buena intelijencia con conciudadanos rebeldes; amar lo que Dios aborrece, ¿no sería esponerse á su odio implacable?

¡Perseguidores infames, y vosotros devotos antropófagos! ¿no conoceréis jamás la locura y la injusticia de vuestro humor intolerante? ¿No veis que el hombre no es mas, dueño de sus opiniones relijiosas, de su credulidad ó incredulidad, que de la lengua que aprende en la infancia, y que no puede mudar? Decir á un hombre, que piense como vosotros, ¿no es querer que un estranjero se esprese como vosotros? Castigar

á un hombre por sus errores, ¿no es castigarlo por haber sido educado de distinto modo que vosotros? Si soy un incrédulo, ¿me es posible desterrar de mi espíritu las razones que han destruido mi fé? Si vuestro Dios deja á los hombres la libertad de condenarse, ¿porqué se la queréis quitar? ¿Sois por ventura mas prudentes y mas sábios que este Dios, cuios derechos queréis vengar?

§. 156.

No hay devoto que, segun su temperamento, no aborrezca, no desprecie, ó no compadezca los partidarios de una secta diferente de la suia. La Relijion *dominante* (que nunca jamás es otra que, la del soberano, y ejércitos) hace siempre sentir su superioridad, de un modo muy cruel y muy injurioso á las sectas mas débiles. No ecsiste todavía una verdadera tolerancia sobre la tierra. Do quiera se adora un Dios celoso, del que cada nacion se cree amiga, con esclusion de todas las demas.

Cada pueblo se alaba de adorar él solo al verdadero Dios, al Dios universal, al Soberano de la naturaleza entera. ¡Pero! cuando se llega á ecsaminar este Monarca del mundo, se vé que cada sociedad, cada secta, cada partido ó cabala relijiosa hace de *este Dios tan poderoso*, un Soberano misera-

ble, cuios cuidados y bondades no se estienden mas que á un pequeño número de vasallos, que pretenden ser los únicos que gozan de sus favores, sin que se acuerde de los demas.

Los fundadores de las relijiones, y los sacerdotes que las mantienen, se han propuesto visiblemente, separar las naciones que dirijen, de las demas naciones; quisiéron separar su propio rebaño con señales distintivas: diéron à sus partidarios Dioses, enemigos de los demas dioses, cultos, dogmas y ceremonias distintas; les persuadiéron sobre todo, que las otras relijiones eran impias y abominables. Por este indigno artificio, estos falaces ambiciosos, se apoderaron esclusivamente del espíritu de sus sectarios, los hiciéron insociables, y les obligaron á mirar como proscriptos, todos aquellos que no tenian el mismo culto y las mismas ideas. Ved como llegó la relijion á cerrar los corazones, y á desterrar de éllos para siempre, el afecto que debe tener el hombre à su semejante. La sociabilidad, la induljencia, la humanidad, estas primeras virtudes de toda moral, son absolutamente incompatibles con las preocupaciones relijiosas.

§. 157.

Toda relijion nacional ha sido establecida *para hacer* al hombre vano, insociable y

malo: el primer paso hácia la humanidad, es permitir á cada uno que siga en paz el culto y opiniones que mejor le parezcan. Pero esta conducta no puede acomodar á los ministros de la relijion, que quieren tener derecho para tiranizar los hombres hasta en sus pensamientos.

¡Príncipes ciegos y devotos! vosotros odiais, perseguís, y condenais al suplicio á los herejes, por que se os persuade que estos desgraciados desagradan á Dios. Pero ¿no decís que vuestro Dios está lleno de bondad? ¿Como esperais complacerlo con actos de barbarie, que necesariamente debe desaprobar? Por otra parte, ¿quién os ha dicho que sus opiniones desagradan á vuestro Dios? Vuestros sacerdotes. Pero ¿quién os responde de que vuestros sacerdotes no se engañan, ó no quieren engañarnos? Los mismos sacerdotes. ¡Príncipes! vosotros cometeis los crímines mas atroces y mas probados, con la idea de agradar á la Divinidad, y fundados sobre la peligrosa palabra de vuestros sacerdotes:

§. 158.

Jamás, dice Pescal, *se haee el mal tan plena y alegremente, que cuando se ejecuta llevado de un falso principio de conciencia* (1).

(1) *V. Pensamientos de Pascal*. 38.

Nada hay mas peligroso que una relijion que suelta la rienda á la ferocidad del pueblo, y que justifica á sus ojos sus crímines, aun los mas negros: no halla límites á su maldad, desde que la cree autorizada por su Dios, cuios intereses, le dicen, pueden lejitimar todas las acciones. ¿Se trata de la relijion? en el instante los pueblos mas cultos se convierten en unos verdaderos salvajes, y se creen autorizados para todo. Cuanto mas crueles se manifiestan, tanto mas creen agradar á su Dios, cuia causa, se imajinan, no puede defenderse nunca con bastante calor.

Todas las relijiones del mundo han autorizado innumerables crímenes. Los judios embriagados con las promesas de su Dios, se arrogaron el derecho de esterminar naciones enteras, fundado en los oráculos de su Dios. Los Romanos, como verdaderos salteadores, conquistaron el mundo. Los Arabes, alentados por su divino Profeta, han llevado el fierro y el fuego entre los cristianos é idólatras. Los Cristianos, bajo el pretesto de estender su santa relijion, cien veces han cubierto de sangre los dos hemisferios.

En todos los acaecimientos favorables á sus propios intereses, que llaman siempre la *causa de Dios*, los sacerdotes nos manifiestan el *dedo de Dios*. Segun estos principios los devotos tienen la dicha de ver el *dedo Dios en los* motines, revoluciones, mortandades,

rejicidios, crímenes, prostituciones, é infamias; y por poco que contribuian estas cosas en ventaja de la relijion, dicen entónces, que *Dios se sirve de toda clase de medios para conseguir sus fines*. ¿Hay nada mas capaz de aniquilar toda idea de moral en el espíritu de los hombres, que el persuadirles que su Dios, tan poderoso y perfecto se vé muchas veces forzado á servirse del crímen para cumplir sus designios.

§. 159.

Luego que nos quejamos de los furores y males, que la relijion ha producido tantas veces sobre la tierra, al instante se nos dice, que estos ecsesos no se deben á la relijion, y sí-que son los tristes efectos de las pasiones de los hombres. Pero yo pregunto: ¿qué es lo que desencadena estas pasiones? Es evidentemente la relijion; es el celo que produce la inhumanidad, y que sirve para cubrir las mas grandes infamias. Estos desórdenes ¿no prueban que la relijion, en lugar de contener las pasiones de los hombres, las cubre con un manto que las santifica, y que nada sería mas útil como despedazar este manto sagrado, del cual los hombres hacen por lo regular un tan terrible uso? ¡Qué de horrores *se desterrarian* de la sociedad, si se quitase á

los malos un pretesto tan plausible para turbarla!

En lugar de entretener la paz entre los hombres, los sacerdotes fueron para éllos unas furias que los pusiéron en discordia. Alegaron su *conciencia*, y pretendiéron haber recibido del cielo el derecho de ser querellosos, turbulentos y rebeldes. Los ministros del Señor, ¿no se creen ofendidos, no pretenden que la Majestad Divina está ultrajada, siempre que los soberanos tienen la temeridad de querer impedirles que hagan daño? Los sacerdotes se semejan á aquella mujer caprichosa que gritaba *fuego! que me matan! al asesino!* cuando su marido la sujetaba las manos para impedirla que lo apalease.

§. 160.

No obstante, las sangrientas trajedias que la relijion representa frecuentemente en este mundo, no cesan de repetirnos, que no puede haber moral sin relijion. Si se juzga de las opiniones teolójicas por sus efectos, hay derecho para asegurar, que toda moral es perfectamente incompatible con las opiniones relijiosas de los hombres.

Imitad á Dios. se nos dice sin cesar. ¡Ah! ¡*qué* moral tendríamos si imitásemos á Dios! ¿*Y* cual es el Dios que debemos imitar? ¿El

del Deista? Pero este Dios no puede servirnos de un constante modelo de bondad; si es autor de todo, lo es igualmente del bien y del mal que observamos en el mundo; si es el autor del órden, tambien lo es del desórden, que no tendría lugar sin su permiso. Si él produce, él destruie, si dá la vida, tambien dá la muerte, si proporciona la abundancia, las riquezas, la prosperidad, y la paz, permite así mismo ó envia la escasez, la pobreza, las calamidades, y las guerras. ¿Como tomar por modelo de una beneficencia permanente, al Dios del Teismo ó de la relijion natural, cuias disposiciones favorables, son desmentidas á cada instante por todo lo que pasa á nuestros ojos? La moral necesita de una base mas estable que el ejemplo de su Dios, cuia conducta varía, y que no puede llamarse bueno, sino cerrando obstinadamente los ojos, sobre el mal que continuamente hace ó permite en este mundo.

¿Imitarémos al *Júpiter*, *muy bueno*, *muy grande*, de la antiguedad pagana? Imitar á semejante Dios, sería tomar por modelo un hijo rebelde, que arrebata el trono á su padre, y lo mutila en seguida. Sería imitar á un disoluto, á un adúltero, á un incestuoso, á un capruloso, cuia conducta sonrojaria á todo mortal racional. ¡Qué hubiera sido de los hombres en tiempo del Paganismo, si se hubiesen imajinado, segun

Platón, que la virtud consistia en imita los dioses!

¿Será preciso imitar al Dios de los dios? ¿Hallarémos en *Jehova* un model nuestra conducta? Pero este es un Dios daderamente salvaje, y hecho para un blo estúpido, cruel y sin costumbres; e Dios siempre furioso, que no respira mas venganza, que desconoce la piedad, que dena el estrago, el robo, la insociabili en una palabra, es un Dios cuia cond no puede modelar la de un hombre honr ni ser imitado sino por un gefe de sal dores.

¿Imitarémos, pues, al *Jesus* de los tianos? Este Dios, muerto para apaci el furor implacable de su padre ¿nos porcionará un ejemplo digno de que lo si los hombres! ¡Ay! no verémos en él un Dios, ó mas bien un fanático, un mi tropo, que sumerjido en la miseria y dicando á miserables, les aconseja ser bres, combatir y sofocar la naturaleza, o el placer, buscar el dolor, y detestarse mismos: que les dice que abandonen seguirlo, padres, madres, parientes, ami &c. !Bella moral! nos diréis. Es adm ble sin duda; debe ser divina, por es impracticable para los hombres. I una moral tan sublime ¿no es hecha hacer odiosa la virtud? Segun la moral

ponderada del *hombre Dios* de los cristianos, sus discípulos en este mundo son unos verdaderos *Tántalos* atormentados de una sed ardiente, que no les es permitido apagar. Semejante moral ¿no nos dá una idea bien maravillosa del autor de la naturaleza? Sí, como se asegura, lo ha creado todo pará el uso de sus criaturas, por que capricho les prohibe el uso de los bienes que ha creado para éllas? El placer, que el hombre busca con tanta ansia, ¿no es un lazo que Dios le ha tendido malignamente para sorprender su debilidad?

§. 161.

Los sectarios de Cristo quisieran hacernos mirar como un milagro, el establecimiento de su relijion, que se manifiesta en todo, contraria á la naturaleza, opuesta á todas las inclinaciones del corazon, y enemiga de los placeres de los sentidos. Pero la austeridad de una doctrina no la hace sino mas maravillosa á los ojos del vulgo. La misma disposicion que hace respetar como divinos y sobrenaturales los misterios inconcebibles, hace tambien admirar como divina y sobrenatural una moral impracticable y superior á las fuerzas del hombre.

Admirar una moral y ponerla en práctica,

Todo el universo está mas ó mén
tado de una moral relijiosa, fundad
la opinion de que para agradar á l
indispensable hacerse desgraciado e
tierra. Se ven en todas las partes de
globo, penitentes, solitarios, faquires,
ticos, que parece haian estudiado pı
mente los medios de atormentarse en l
un ser, cuia bondad celebran todos.
lijion por su esencia es enemiga
cer, y del bien estar de los hombre
*naventurados son los pobres; bienave
son los que lloran; bienaventurados
que sufren*; desgraciados aquellos qu
tan la abundancia y el placer. T
los raros descubrimientos que anunci
tianismo.

ledad, que se abstiene de todo placer, que se asusta de todo objeto que pueda separarle un momento de sus meditaciones fanáticas. ¿Consiste en esto la virtnd? ¿Un ser de tal calaña no será bueno para sí, ni útil á los demas? ¿No se disolvería la sociedad, y entrarían los hombres en el estado salvaje, si cada uno de éllos fuese tan loco que deseara ser un santo?

Es evidente que la práctica literal y rigorosa de la moral divina de los cristianos, produciría infaliblemente la ruina de las naciones. Un cristiano que quisiera aspirar á la perfeccion, debería apartar de su espíritu cuanto pudiera descaminarle del cielo su verdadera patria; no ve sobre la tiera sino tentaciones, lazos, y ocasiones para perderse. Debe temer la ciencia como dañosa á la fé; debe huir la industria como un medio de obtener riquezas muy fatales á la salvacion, debe renunciar á los empleos y á los honores como capaces de ecsitar su orgullo, y de distraerlo del cuidado de pensar en su alma. En una palabra, la moral sublime de Cristo, sino fuese impracticablc, romperia todos los lazos de la sociedad.

Un santo en el mundo, es un scr tan inútil, como un santo en el desierto; el santo sufre en él un humor melancólico, descontento, y regularmente turbulento; su celo le obliga algunas veces en conciencia, á turbar la sociedad con opiniones ó delirios que

en el desierto son inútiles, los que viv
el mundo son regularmente muy dañós

La vanidad de representar, el dese
hacerse ilustre á los ojos del vulgo
con una conducta caprichosa, const
comunmente el carácter distintivo de los
des santos. El orgullo les persuade qu
hombres estraordinarios, muy superiore
naturaleza humana, séres mucho mas per
que los demas favoritos, á los que Dios
con maior complacencia que al resto
mortales. La humanidad, en un sant
es de ordinario sino un orgullo mas
do que el del comun de los hombres.
la mas ridícula vanidad puede deter
al hombre, á hacer una guerra conti
su propia naturaleza!

ha depravado. ¿En qué consiste esta pretendida depravacion? Es por que tiene pasiones. ¿Pero las pasiones no son de la esencia del hombre? ¿No es indispensable que busque, desee y ame lo que es, ó lo que cree ser útil á su felicidad? ¿No es preciso que tema ó huia lo que juzga que le es desagradable ó dañoso? Ecsitad sus pasiones por medio de objetos, unid á estos su bien estar, separadlo por medios sensibles y conocidos, de lo que pueda perjudicarlo y perjudicar á los demas, y haréis de él un ser racional y virtuoso. Un hombre sin pasiones, sería tan indiferente al vicio como á la virtud.

¡Doctores sagrados! vosotros nos repetís á cada momento, que la naturaleza del hombre está pervertida; vosotros nos decís *que toda carne ha corrompido su objeto*; nos asegurais que la naturaleza no nos dá sino inclinaciones desaregladas. En este caso, acusais á vuestro Dios, que ó no ha podido, ó no ha querido que esta naturaleza conservase su perfeccion primitiva. Si esta naturaleza se ha corrompido, ¿porqué este Dios no la ha reparado? Al punto me asegura el cristiano, que la naturaleza humana está reparada; que la muerte de su Dios la ha restablecido en su integridad. Pues ¿por qué, le replicaré yo, pretendeis que la naturaleza humana, no obstante la muerte de

un Dios, está todavía depravada? ¿Ha muerto vuestro Dios únicamente para maior pérdida? ¿De qué sirve su omnipotencia y su victoria sobre el diablo, si éste conserva el imperio que, segun vosotros, ha ejercido siempre en el mundo?

La muerte, segun la teolojía cristiana, es la *paga del pecado*. Esta opinion es conforme á las de la de algunas naciones negras y salvajes, que imajinan que la muerte de un hombre, es siempre un efecto sobrenatural de la cólera de los dioses. Los cristianos creen firmemente que el Cristo los ha librado del pecado, miéntras que ven en su relijion, como en todas las demas, que el hombre está sujeto á la muerte. Decir que J. C. nos ha librado del pecado, ¿no es decir que un juez ha perdonado á un reo, apesar de que vemos que lo entrega al suplicio?

§. 164.

„Si, cerrando los ojos sobre todo lo que pasa en el mundo, quisiéramos referirnos á los partidarios de la relijion cristiana, se creería que su divino salvador ha producido la revolucion mas maravillosa, y la reforma mas completa en las costumbres de las naciones." El Mesías, segun Pascal, debia por *sí solo* producir un gran pueblo elejido, san-

to y escojido, conducirlo, sustentarlo, introducirlo en el lugar del reposo y de la santidad, hacerlo santo á Dios, hacer de él el templo de Dios, salvarlo de la cólera de Dios, librarlo de la servidumbre del pecado, darle léies, y gravarlas en su corazon, ofrecerse á Dios por él, aplastar la cabeza del demonio &c. (1) Este grande hombre olvidó señalarnos el pueblo sobre el cual el divino Mesias ha producido los milagrosos efectos de que habla con tanto enfásis; parece que hasta el presente no ecsiste sobre la tierra.

Por poco que ecsaminen las costumbres de las naciones cristianas, y se escuchen los clamores de sus sacerdotes, deberá concluirse que J. C. su Dios ha predicado sin fruto, ha muerto sin suceso; sus voluntades omnipotentes encuentran aun en los hombres, una resistencia de la que este Dios ó no puede, ó no quiere triunfar. La moral de este doctor divino, que sus discípulos admiran tanto, y practican tan poco, no es seguida en todo un siglo, sino por una media docena de santos obscuros, de fanáticos, y de monjes ignorados, únicos que tendrán la gloria de brillar en la córte celestial; el resto de los mortales, aunque rescatado por la sangre de este Dios, será presa de las llamas eternas.

(1) *V. Pensamientos de M. Pascal.* 15

§. 165.

Cuando un hombre tiene gran deseo de pecar, no piensa nada en su Dios, antes bien, por muchos crímines que haia cometido, se lisonjea siempre de que este Dios moderará para él la duracion de sus decretos. Ningun mortal cree seriamente que su conducta pueda condenarlo. Aunque tema un Dios terrible, que le hace temblar con frecuencia, siempre que es tentado fuertemente, sucumbe, y en seguida no vé sino al Dios *de las misericordias* cuia idea le tranquiliza. ¿Obra mal? espera tener tiempo para correjirse, y promete arrepentirse un dia.

Hay en la farmacia relijiosa, recetas infalibles para calmar las conciencias; los sacerdotes de todo pais, poseen secretos soberanos para desarmar la cólera del cielo. Sin embargo, si es cierto que la Divinidad se aplaca con plegarías, ofrendas, sacrificios y penitencias, ya no hay derecho para decir, que la relijion sirve de freno á la inmoralidad de los hombres; éllos pecarán desde luego, y despues buscarán los medios de aplacar á Dios. Toda relijion que espia y promete la remision de los crímines, si contiene á alguno, alienta el maior número á cometer el mal.

No obstante su inmutabilidad, Dios en

todas las relijiones es un verdadero Protéo. Sus sacerdotes lo manifiestan, ya lleno de clemencia y de dulzura; ya cruel é implacable, y ya facilmente enternecido por los lamentos y lágrimas de los pecadores. De consiguiente los hombres no miran á la Divinidad, sino por el lado mas conforme á sus intereses presentes. Un Dios siempre airado despreciaría los adoradores, ó los desesperaría. Los hombres necesitan un Dios que se irrite y se aplaque: si su cólera espanta algunas almas perezosas, su clemencia asegura á los mas determinados, que cuentan recurrir tarde ó temprano à los medios de conciliarse con él. Si los juicios de Dios asustan á algunos devotos timoratos, que ó por temperamento ó por hábito no son inclinados al mal, *los tesoros de la misericordia divina* aseguran á los mayores criminales, que tienen lugar de esperar y participar de éllos como todos los demas.

§. 166.

La maior parte de los hombres piensan rara vez en Dios, ó al ménos no se ocupan mucho de él. Su idea tiene tan poca estabilidad, es tan triste, que solo puede detener largo tiempo la imajinacion de algunos pensadores sombríos y melancólicos, quienes á la verdad no constituien el maior número de los

habitantes de este mundo. El vulgo no concibe nada de esto; su débil cerebro se confunde, luego que quiere pensar en estas cosas: el negociante solo piensa en sus negocios; el cortesano en sus intrigas: los mundanos, las mujeres, los jóvenes en sus placeres; la disipacion borra muy pronto en éllos las importunas nociones de la relijion: los ambiciosos, los avaros, los libertinos se alejan cuidadosamente especulaciones demasiado débiles, para contrabalancear sus diversas pasiones.

¿A quién es á quien impone la idea de Dios? á algunos hombres débiles, melancólicos y disgustados de este mundo; á algunas personas, cuias pasiones están apagadas, sea por la edad, por las desgracias ó por enfermedades. La relijion es un freno únicamente para aquellos que, ó por su temperamento ó por otras circunstancias, han llegado á poseer la razon. El temor de Dios no impide pecar, sino á aquellos ó que no lo desean mucho, ó que no pueden ya.

Decir á los hombres que la Divinidad castiga los crímines en este mundo, es adelantar un hecho que contradice la esperiencia á cada momento. Los hombres mas malos, son comunmente los árbitros del mundo, y á los que la fortuna colma de sus favores. *Remitirnos* á la otra vida para convencernos de *los juicios* de Dios, es remitirnos á conje-

turas para destruir hechos de que no puede dudarse.

§. 167.

Nadie piensa en la otra vida, cuando está muy enamorado de los objetos que encuentra en esta. A los ojos de un amante apasionado, la presencia de su querida, estingue los fuegos del infierno, y sus encantos borrán todos los placeres del paraiso. ¡Mujer! dices, que dejas á tu amante por tu Dios, ¿es por que tu amante no es el mismo á tus ojos, ó por que él te deja? y es preciso llenar el vacío que queda en tu corazon.

Nada hay mas comun como ver ambiciosos, perversos, hombres corrompidos y sin costumbres que tienen relijion, y se manifiestan algunas veces celosos de sus intereses: si no la practican, prometen practicarla un dia; la ponen en reserva, como un remedio que tarde ó temprano les será necesario, para tranquilizarse sobre el mal que todavía piensan hacer. Por otra parte, siendo el partido de los devotos y sacerdotes muy numeroso, muy activo y muy poderoso, no es de estrañar que los tramposos é hipócritas busquen su apoio para conseguir sus fines. Se nos dirá, sin duda, que muchas jentes honradas son sinceramente relijiosas y sin provecho; pero la rectitud del corazon ¿vá siempre acompañada de luces?

Se nos cita un gran número de sábios, de hombres de jénio que han sido muy adictos á la relijion. Esto prueba que los hombres de jénio pueden tener preocupaciones, pueden ser pusilámines, pueden tener una imajinacion que los seduce, y les impide ecsaminar los objetos à sangre fria. Nada prueba Pascal á favor de la relijion, sino que un hombre de jénio puede tener un punto de locura, y que no es mas que un niño, cuando es tan débil que escucha sus preocupaciones. Pascal nos dice, *que el espíritu puede ser fuerte y limitado, y tan estenso como débil.* (1) Antes habia dicho mas arriba: *se puede tener un gran talento, y no alcanzar igualmente á todas las cosas, por que hay algunos que teniéndolo en cierto órden de cosas, se alucinan en otras.*

§. 168.

¿Qué es virtud segun la teolojía? Es, se nos dice, *la conformidad de las acciones del hombre con la voluntad de Dios.* Pero ¿quién es Dios? Es un ser que nadie es capaz de concebir, y que por consiguiente cada uno modifica á su modo. ¿Que es la voluntad de Dios? Es lo que unos hombres que han

(1) *V. Pensamientos de Pascal.* 31.

isto á Dios, ó han sido inspirados por él, os han dicho ser la voluntad de Dios. Quién son los que han visto á Dios? Son unos fanáticos, ó embusteros, ó ambicio›s, sobre cuia palabra no puede creerse.

Fundar la moral sobre un Dios que cada ombre se pinta de diferente modo, que cada no compone á su capricho, que cada uno ispone segun su temperamento y propio inres, es evidentemente fundarla sobre el caricho y la imajinacion de los hombres: es ındarla sobre las fantasías de una secta, de na faccion, de un partido, que creerán te›r la ventaja de adorar un verdadero Dios, on esclusion de todos los demas.

Establecer la moral ó los deberes del homre sobre la voluntad divina, es fundarla sore la voluntad, los delirios ó interescs de os que hacen hablar á Dios, sin temer jaás ser desmentidos. En toda relijion los saerdotes solos, tienen el derecho de deducir e lo que agrada ó desagrada á su Dios; es ien seguro que siempre decidirán lo que s agrade ó desagrade.

Los dogmas, las ceremonias, la moral y s virtudes que prescriben todas las relijioes del mundo, han sido visiblemente calcudas para estender el poder ó aumentar los nolumentos de los fundadores y ministros e estas relijiones. Los dogmas son obscuos, inconcebibles, espantosos, y por lo mis-

mo mui propios para estraviar la imajinacion, y hacer al vulgo mas dócil á las voluntades de los que quieren dominarlo. Las ceremonias y las pràcticas procuran riquezas ó consideraciones á los sacerdotes. La moral y las virtudes relijiosas consisten en una fé sumisa que impide raciocinar, en una humildad devota que asegura á los sacerdotes la sumision de sus esclavos; en un celo ardiente cuando se trata de la relijion, es decir, cuando se trata de los intereses de estos sacerdotes. El único objeto de todas las virtudes relijiosas, es evidentemente la utilidad de los ministros de la relijion.

§. 169.

Cuando se hace ver á los teólogos la esterilidad de sus virtudes *teologales*, nos ponderan con enfasis la *caridad*, este amor tierno del prójimo, que el cristianismo impone como un deber esencial á sus secuaces. ¡Pero ay! ¿Què se hace esta pretendida caridad, cuando se ecsamina la conducta de los ministros del Señor? Preguntadles, ¿si es indispensable amar á su prójimo ó hacerle bien, cuando es un impío, un hereje, un incrédulo, es decir, cuando no piensa como éllos? Preguntadles, ¿si es preciso tolerar las opiniones contrarias á la relijion que profesan?

'reguntadles ¿si el soberano puede ser in-
uljente con los que yerran? En el instante
esaparece su caridad, y el clero dominan-
: os dirá, que el *príncipe no ciñe la espada*
no para sostener los intereses del Altísimo;
s dirá que por amor del prójimo es preciso
erseguirlo, aprisionarlo, desterrarlo y que-
ıarlo. No encontraréis tolerancia sino entre
lgunos sacerdotes perseguidos, que dejarán
parte la caridad cristiana, luego que ten-
an poder para perseguir á su vez.

La relijion cristiana, predicada en su orí-
:n por méndigos y hombres muy miserables,
ajo el nombre de *caridad*, recomienda muy
ıarticularmente la limosna: la relijion de Ma-
ıoma la encarga igualmente como un deber in-
lispensable. Nada es, sin duda, mas con-
orme á la humanidad, que socorrer á los
lesgraciados, vestir al desnudo, y aliviar con
ıano benéfica á cualquier necesitado. Pero ¿no
ería mas humano y mas caritativo el pre-
enir la miseria é impedir que se multipli-
uen los pobres? Si la relijion, en lugar de
ivinizar á los Príncipes, les hubiese ense-
ıado á respetar la propiedad de sus súbdi-
os, á ser justos, y á no traspasar sus lejí-
imos derechos, no se vería tan grande nú-
ıero de méndigos en sus estados. Un go-
ierno codicioso, injusto y tiránico, multi-
lica la miseria; el rigor de los impuestos
ıroduce el desaliento, la pereza y la pobreza.

que á su vez producen los robos, los asesinatos y los crímines de toda especie. Si los Soberanos tuviesen mas humanidad, mas caridad, mas equidad, sus estados no estarían poblados por tantos desgraciados, cuia miseria es imposible remediar.

Los estados cristianos y mahometanos están llenos de hospitales vastos y ricamente dotados, en los que se admira la piadosa caridad de los reies y sultanes que los han edificado. ¿No hubiera sido mas humano gobernar los pueblos, procurarles la abundancia, ecsitar y favorecer la industria y el comercio, dejarlos gozar en paz y seguridad del fruto de sus trabajos, que oprimirlos bajo un yugo despótico, empobrecerlos con guerras insensatas, reducirlos á la mendicidad para satisfacer un lujo desenfrenado, y edificar en seguida monumentos suntuosos, qu no pueden contener sino una muy pepue porcion de los que han sido condenados la miseria? La relijion, con sus virtudes, ha hecho mas que cambiar á los hombr en lugar de prevenir los males, no les aplicado jamás sino remedios impotentes

Los ministros del cielo han sabido s pre sacar partido de las calamidades d demas, la miseria pública fué, por d así, su elemento, se han hecho e das partes administradores de los bier los pobres, los distribuidores de las

nas, y los depositarios de la caridad: por estos medios estendiéron y sostuviéron en todo tiempo su poder sobre los desgraciados que componen comunmente la parte mas numerosa, mas inquieta, y mas sediciosa de la sociedad. Así es que los maiores males ceden en provecho de los ministros del Señor.

Los sacerdotes cristianos nos dicen que los bienes que poseen, son *los bienes de los pobres*, y pretenden, á este título, que sus posesiones son sagradas. En consecuencia los soberanos y los pueblos se han apresurado á acumular en sus manos, tierras, rentas y tesoros. Bajo pretesto de caridad, nuestros guias espirituales se han hecho muy opulentos, y gozan á los ojos de las naciones empobrecidas, de los bienes que estaban destinados á los desgraciados: éstos léjos de murmurar, aplauden una santa generosidad que enriquece la iglesia; pero que rara vez contribuie á consolar á los pobres.

Segun los principios del cristianismo, la pobreza es una virtud; y es la que los soberanos y sacerdotes hacen observar á sus esclavos con maior rigor. Segun estas ideas, un grande número de piadosos cristianos han renunciado de plena voluntad, á las riquezas perecederas de la tierra, han distribuido su patrimonio á los pobres, y se han retirado á los desiertos para vivir allí en una indijencia voluntaria. Pero este entu-

siasmo, este gusto sobrenatural de la miseria, fué bien presto forzado á ceder á la naturaleza. Los sucesores de estos pobres voluntarios, vendieron à los pueblos devotos sus oraciones y su intercesion poderosa para con la Divinidad: se hicieron ricos y poderosos; y los monjes, los solitarios vivieron en la ociosidad, y bajo pretesto de caridad, devoraron descaradamente la sustancia del pobre.

La pobreza de espíritu, es aquella de que la relijion hace siempre el maior aprecio. La virtud fundamental de toda relijion, es decir, la mas útil á sus ministros, *es la fé.* Esta consiste en una credulidad sin límites, que hace creer sin ecsamen todo lo que los intérpretes de la Divinidad tienen interes que se crea. Con la aiuda de esta virtud maravillosa, los sacerdotes se han erijido en árbitros de lo justo, y de lo injusto, del bien y del mal: les fué muy fácil hacer cometer crímenes, cuando tuvieron necesidad de crímenes, para hacer valer sus intereses. La fé implícita es el orijen de los maiores atentados que se han cometido sobre la tierra.

§. 170.

El primero que dijo á las naciones, que *cuando* se hacia daño á los hombres, era preciso pedir perdon à Dios, aplacarlo con

ofrendas, y ofrecerle sacrificios; ha destruido visiblemente los verdaderos principios de la moral. Segun estas ideas, se imajinan los hombres que se puede obtener del rey del cielo, como de los reies de la tierra, el permiso de ser injusto y malo, ó al ménos el perdon del mal que se le puede hacer.

La moral está fundada sobre las relijiones, las necesidades é intereses constantes de los habitantes de la tierra, y sobre las relaciones que subsisten entre los hombres y Dios, ó son perfectamente desconocidas, ó son imajinarias. La relijion, asociando á Dios con los hombres, ha debilitado ó destruido visiblemente los lazos que los unen entre sí. Los mortales se imajinan poder darñarse impunemente haciendo la conveniente reparacion ante el Ser omnipotente, á quien se supone derecho para perdonar todas las ofensas hechas á sus creaturas.

Nada hay mas apropósito para tranquilizar á los malos ó alentarlos al crímen, como persuadirles que ecsiste un Ser invisible, el que tiene el derecho de perdonarles las injusticias, las rapiñas, las perfidias, y los ultrajes que puedan hacer á la sociedad. Animados por estas funestas ideas, vemos que los hombres mas perversos se entregan á los mas crueles crímenes, y creen repararlos implorando la misericordia divina; su conciencia se tranquiliza, cuando un sacerdote les asegura que el cielo

se desarma con un arrepentimiento sincero; muy inútil al mundo; este sacerdote los consuela en nombre de la Divinidad, si consienten en la reparacion de sus faltas, á dividir con sus ministros los frutos de sus latrocinios, de sus fraudes y de sus maldades.

Una moral ligada á la relijion la es necesesariamente subordinada. En el espíritu de un devoto, Dios debe ser ántes que sus criaturas; vale mas obedecerle que obedecer á los hombres. Los intereses del Monarca celestial deben preferirse á los de los miserables mortales. Pero los intereses del cielo son visiblemente los intereses de sus ministros de donde se infiere con evidencia que en toda relijion, los sacerdotes, bajo pretesto de los intereses del cielo ó de la gloria de Dios, podrán dispensar los deberes de la moral humana, cuando no sean conformes con los que Dios pueda imponer. Por otra parte, el que tiene poder para perdonar los crímenes, ¿no deberá tener derecho para mandarlos?

§. 171.

Se cansan de decirnos, que sin un Dios no puede haber *obligacion moral*; que es necesario á los hombres y á los Soberanos mismos, un lejislador con bastante poder *para* obligarlos. La obligacion moral supone *una ley*; pero esta ley nace de las relaciones

eternas y necesarias de las cosas entre sí, conformidades que nada tienen de comun con la ecsistencia de un Dios. Las reglas de la conducta del hombre proceden de su propia naturaleza, la cual pueden conocer, y no de la naturaleza divina, de la que no tienen idea alguna: estas reglas nos obligan, es decir, que nosotros nos hacemos estimables ó despreciables, amables ó aborrecibles; dignos de recompensas ó castigos, felices ó desgraciados, segun que nos conformamos ó separamos de estas reglas. La ley que obliga al hombre á no dañarse así mismo, está fundada sobre la naturaleza de un ser sensible que, de cualquier modo que haia venido al mundo, ó cualquiera que pueda ser su suerte en un mundo venidero, está obligado por su esencia actual á buscar el bien estar y á evitar el mal, á amar el placer, y á temer el dolor. La ley que obliga al hombre á no dañar á los demas y á hacerles bien, está fundada sobre la naturaleza de los séres sensibles vivientes en sociedad, que por su esencia están obligados á despreciar aquellos que no les hacen ningun bien, y á detestar á los que se oponen á su felicidad.

Bien sea que ecsista un Dios, ó que no ecsista, bien que este Dios haia hablado; los deberes morales de los hombres serán siempre los mismos, miéntras que tengan la naturaleza que les es propia, es decir, mién-

tras sean séres sensibles. ¿Tienen, pues, los hombres necesidad de un Dios que no conocen, de un lejislador invisible, de una relijion misteriosa, de temblores quiméricos, para comprender que todo ecseso propende evidentemente á destruirlos; que para conservarse necesitan abstenerse de éllos; que para hacerse amar de los demas, es preciso hacerles bien, y que hacerles mal, es un medio seguro de atraerse su odio y su venganza?

Antes de la ley no habia pecado. Nada hai mas falso que ésta macsima. Basta que el hombre sea lo que es, ó sea un ser sensible, para distinguir lo que lo complace, de lo que le desagrada. Basta que el hombre sepa que otro hombre es un ser sensible como él, para que no pueda ignorar lo que le es útil ó dañoso. Basta que el hombre tenga necesidad de su semejante, para que sepa que debe temer ecsitar en él sentimientos que no le sean favorables. Así es que el ser sensible y pensador no necesita mas que sentir y pensar, para descubrir lo que debe hacer con respecto á sí, y con respecto á los demas. Yo siento, y aquí otro siente como yo; ved el fundamento de toda moral.

§. 172.

No podemos juzgar de la bondad de una moral, sino por su conformidad con la naturaleza del hombre. Segun esta compara-

cion, tenemos derecho para despreciarla, si la encontramos contraria al bien estar de nuestra especie. Cualquiera que haia meditado seriamente la relijion y su moral sobre natural, cualquiera que haia pesado con mano segura sus ventajas é inconvenientes, se convencerá de que una y otra son dañosas á los intereses del jénero humano, ó directamente opuestas á la naturaleza del hombre.

„Pueblos, á las armas! se trata de la causa de vuestro Dios. El cielo está ultrajado! la fé peligra! al impio! al blasfemo! al hereje!" Por el poder májico de estas palabras temibles, que los pueblos no comprendiéron jamas, los sacerdotes fueron en todo tiempo dueños de sublevar las naciones, de destronar los reies, de encender guerras civiles &c. &c. Cuando por casualidad se ecsaminan los importantes objetos que han ecsitado la cólera celeste, y producido tantos estragos sobre la tierra, se vé que los imprudentes delirios y las caprichosas conjeturas de cualquier teólogo que ni se entendia á sí mismo, ó las pretensiones del clero, han roto todos los vínculos de la sociedad, y bañado al jénero humano en su sangre y sus lágrimas.

§. 173.

Cuando los Soberanos de este mundo han asociado la divinidad al gobierno de sus es-

tados, declarándose como sus lugar-tenientes y representantes sobre la tierra, y reconociendo que su poder lo han recibido de ella, han debido necesariamente tener á sus ministros como sus rivales ó señores. ¿Es, pues, de admirar que los sacerdotes haian hecho sentir con frecuencia á los reies la superioridad del Monarca celestial? ¿No han hecho conocer mas de una vez á los príncipes temporales, que el poder aun el mas grande, está sujeto á ceder al poder espiritual de la opinion? Nada mas dificil que servir á dos amos, sobre todo cuando sus preceptos no son conformes.

La asociacion de la relijion con la política, ha introducido necesariamente una lejislacion doble en los estados. La ley de Dios, interpretada por sus sacerdotes, se encuentra con frecuencia contraria á la ley del Soberano ó al interes del estado. Cuando los Príncipes tienen firmeza y están seguros del amor de sus súbditos, la ley de Dios se vé algunas veces obligada á prestarse á las sábias intenciones del soberano temporal; pero lo mas regular es, que la autoridad soberana se vea precisada à ceder à la autoridad divina, es decir, al interes del clero. Nada mas peligroso para un Príncipe que *poner mano al incensario*, es decir, querer reformar los abusos consagrados por la relijion. *Jamás* se irrita Dios tanto, sino cuando se

toca á los derechos divinos, á los privilejios, á las posesiones, y á las inmunidades de los sacerdotes.

Las especulaciones metafisicas ó las opiniones relijiosas de los hombres no influien sobre su conducta, sino cuando las juzgan conformes á sus intereses. Nada prueba esta verdad de un modo mas convincente, que la conducta de un grande número de Príncipes con relaciones al poder espiritual, al cual se les vé resistir muy frecuentemente. Un Soberano, persuadido de la importancia y de los derechos de la relijion, ¿no debería creerse obligado en conciencia á recibir con respeto, las órdenes de sus sacerdotes, y mirarlas como si lo fuesen de la misma divinidad? Hubo un tiempo en que los reies y los pueblos, mas consecuentes y convencidos de los derechos del poder espiritual, se hacian sus esclavos, le cedian en toda ocasion, y no eran en sus manos sino unos instrumentos dóciles: este dichoso tiempo ya espiró; por una estraña inconsecuencia se vé algunas veces que los mas devotos Monarcas se oponen á las empresas de los que consideran sin embargo como ministros de Dios. Un Soberano, bien penetrado de relijion ó de respeto á su Dios, debiera estar siempre postrado ante sus sacerdotes, y mirarlos como sus verdaderos soberanos. ¿Hay poder sobre la tierra que pueda medirse con el Altísimo?

§. 174.

Los príncipes, que se creen interesados en hacer durar las preocupaciones de sus súbditos ¿han reflecsionado bastante en los efectos que han producido y que pueden todavía producir unos demagogos privilejiados, que tienen el derecho de hablar cuando quieren, y de inflamar en nombre del cielo las pasiones de muchos millones de vasallos? ¡Qué de estragos no causarían éstos oradores sagrados si se entendiesen para turbar un estado, como lo han hecho con tanta frecuencia!

Nada mas oneroso ni mas perjudicial par la maior parte de los estados, que el cul de sus dioses. En todas partes constitui sus ministros no solamente el primer órd de la sociedad, sino que gozan tambien la maior parte de los bienes de la naci y tienen derecho para ecsijir impuestos c tinuos á sus conciudadanos. ¿Que vent reales procuran estos órganos del Altí á los pueblos en pago de los inmensos vechos que perciben de éllos? En camb sus riquezas y de sus beneficios, ¿les dár cosa mas que misterios, hipótesis, ce nias, cuestiones inútiles, y querellas in nables, que mui frecuentemente se ve bien obligados los pueblos á pagar *sangre?*

§. 175.

La relijion, que se dá por el mas firme apoio de la moral, le quita evidentemente sus verdaderos móviles, para substituirle móviles imajinarios, quimeras inconcevibles que, siendo visiblemente contrarias á la sana razon, no pueden creerse firmemente por nadie. Todo el mundo nos asegura que cree firmemente un Dios que recompensa y castiga: todo el mundo dice está persuadido de la ecsistencia de un infierno y de un paraiso; sin embargo ¿observamos que estas ideas mejoren los hombres, ó contrabalanceen en el espíritu de la maior parte de éllos los mas lijeros intereses? Cada uno nos asegura que teme los juicios de Dios, y cada uno sigue sus pasiones, cuando se cree seguro de escapar á los juicios de los hombres.

El temor de las potestades invisibles es rara vez tan fuerte como el de las visibles. Suplicios desconocidos ó distantes, hieren mucho ménos al pueblo, que una horca presente, ó el ejemplo de un ajusticiado. No hai cortesano que tema tanto, ni con mucho, la cólera de su Dios, como la desgracia de su Señor. Una pension, un título, una cruz bastan para hacerle olvidar los tormentos del infierno y los placeres de la córte celestial. Las caricias de una mujer le hacen despre-

ciar todos los dias las amenazas del Altísimo. Una chanza, un chiste, una agudeza hacen mas impresion sobre el hombre público, que todas las nociones graves de su relijion.

¿No se nos asegura que basta un *buen pecavi* para aplacar la divinidad? Sin embargo no se vé que este *buen pecavi* se diga muy sinceramente: al ménos es muy raro ver que los grandes ladrones restituian, ni aun en el artículo de la muerte, los bienes que han adquirido injustamente. Los hombres se persuaden, sin duda, que se condenarán, si no pueden preservarse. Pero *hay composiciones con el cielo*: en dando una parte de su fortuna á la iglesia, hay muy pocos devotos ladrones que no mueran muy tranquilos, sobre el modo que han tenido de enriquecerse en este mundo.

§. 176.

Segun el testimonio de los mas ardientes defensores de la relijion y de su utilidad, nada hay mas raro como las conversaciones sínceras; á lo que podría añadirse, nada mas infructuoso para la sociedad. Los hombres no se disgustan del mundo, hasta que el mundo se disgusta de éllos; una mujer no se entrega á Dios, sino cuando el mundo *no la* quiere. Su vanidad encuentra en la *relijion* un papel que la ocupa, y la indem-

niza de la pérdida de sus encantos. Las prácticas minuciosas le hacen pasar el tiempo, las cabalas, las intrigas, las declamaciones, la maledicencia, y el celo le proporcionan medios para ilustrarse y haçerse considerar en el partido devoto.

Si los devotos poseen el talento de agradar á Dios y á sus sacerdotes, rara vez tienen el de agradar á la sociedad, ó el de serla útiles. La relijion, para un devoto, es un velo que cubre y justifica todas sus pasiones, su orgullo, su mal humor, su cólera, su venganza, su impaciencia, y sus rencores. La devocion se arroga una superioridad tiránica que destierra del comercio la dulzura, la induljencia y la alegría: ella dá derecho para censurar á los demas, para reprehender y despedazar á los profanos por la maior gloria de Dios. Es muy comun ser devoto y no tener ninguna de las virtudes ó cualidades, necesarias á la vida social.

§. 177.

Se asegura que el dogma de la otra vida es de la maior importancia para el reposo de las sociedades; se imajinan que sin él, los hombres, no tendrían motivos que los obligasen á obrar bien en este mundo. Y ¿qué *necesidad hay* de terrores y fabulas para ha-

que pueda atraerle la reprobacion, el
cio y el resentimiento de la socieda
corta que sea la duracion de un fes
una conversacion, de una visita, ¿ 1
cada uno ocupar en ellas un rango
agradable para sí y para los demas
vida no es mas que un tránsito, trat
hacerlo fácil; no puede serlo, si fal
las consideraciones que son debidas á
caminan con nosotros.

La relijion tristemente ocupada de
lancólicos desvaríos, nos representa al
como un peregrino sobre la tierra:
concluie que, para viajar con mas se
debe hacer coro á parte, renunciar á
zuras que encuentre, privarse de la
siones que pudieran consolarlo de la
y cansancio del camino. Una filosofi

la alegría y de los placeres honestos, de las pénas y desgracias á que estamos tan espuestos: nos hace sentir que, para viajar con agrado, debemos abstenernos de lo que pueda hacernos odiosos á nuestros asociados.

§. 178.

Se nos pregunta, ¿qué motivos puede tener un Atéo para obrar bien? Puede tener el de agradarse á sí mismo, el de agradar á los demas, el de vivir feliz ó tranquilo, el de hacerse amar y considerar de los hombres, cuia ecsistencia y disposiciones son mucho mas seguras y conocidas que las de un ser imposible de conocer. El que no teme á los dioses, ¿puede temer alguna cosa? Puede temer á los hombres, puede temer el desprecio, el deshonor, los castigos y la venganza de las leies: en fin, puede temerse á si mismo, y los remordimientos que padecen todos aquellos, cuia conciencia les asegura haber incurrido ó merecido el odio de sus semejantes.

La conciencia es el testimonio interior que nos asegura de haber obrado de modo que merezcamos la estimacion ó vituperio de los séres con quien vivimos. Esta conciencia está fundada sobre el conocimiento evidente que tenemos de los hombres, y de los sentimien-

tos que nuestras acciones deben producir en éllos. La conciencia del devoto consiste en persuadirse que ha agradado ó desagradado á su Dios, de quien no tiene idea alguna, y cuias intenciones obscuras y dudosas le son esplicadas por hombres sospechosos, que no conocen mas que él, la esencia de la divinidad, y que están discordes sobre lo que pueda agradarle ó desagradarle. En una palabra, la conciencia del hombre crédulo es dirijida por hombres, cuia conciencia es errónea, á cuio interes sofoca las luces.

Un Atéo ¿puede tener conciencia? ¿Qué motivos tiene para abstenerse de los vicios ocultos y de los crímines secretos que los otros hombres ignoran, y sobre los cuales no tienen poder las leies? Puede asegurarse por una esperiencia constante que no hay vicio que por la naturaleza misma de las cosas, no traiga consigo el castigo. ¿Quiere conservarse? y evitará todos los ecsesos que pudieran perjudicar su salud, y no querrá arrastrar una vida macilenta que le incomode ó incomode á los demas. En cuanto á los crímines secretos, se abstendrá de éllos por el temor de verse avergonzado á sus propios ojos, á los que no puede sustraerse. Si tiene razon, conocerá el precio de la estimacion que un hombre de bien se debe á sí mismo. *Sabrá* por otra parte que circunstancias imprevistas, pueden descubrir á los demas la

onducta que tanto le interesa ocultarles. El
tro mundo no suministra ningunos motivos
ara obrar bien, al que no los encuentra en este.

§. 179.

„El Atéo de especulacion, nos dirá el
eista, puede ser un hombre de bien; pero
is escritos formarán Atéos políticos. Los
ríncipes y los ministros, sin el temor de
ios, se entregarán sin escrúpulo á los
as espantosos ecsesos." Pero por grande
ıe pueda suponerse la depravacion de un
téo sobre el trono, ¿puede ser nunca ma-
r y mas perjudicial que la de tantos con-
ıistadores, tiranos, perseguidores, ambicio-
s, y cortesanos perversos que sin ser Atéos,
aun siendo muy relijiosos y devotos, hacen
mir sin cesar la humanidad bajo el peso de
s crímenes? Un Príncipe Atéo ¿puede ha-
r mas mal que un Luis XI, un Felipe II,
ı Benedicto XVI, un Richeliu, un Torque-
ada &c. &c. &c.; los cuales han unido la reli-
on con el crimen?. Nada hay ménos comun que
ríncipes Atéos; pero nada mas ordinario que
ranos y ministros muy malos y muy relijiosos.

§. 180.

Todo hombre cuio espíritu se entregue á
. reflecsion, no puede ménos de conocer sus
eberes, de penetrar las relaciones que sub-
sten entre los hombres, de meditar su pro-

pia naturaleza, de distinguir sus necesidad sus inclinaciones y deseos, y de persuadi se de lo que debe á los séres necesarios su propia felicidad. Estas reflecsiones co ducen naturalmente al conocimiento de la m ral mas esencial á los séres que viven en s ciedad. Todo hombre que ama la reflecsio el estudio y la investigacion de los principi de las cosas, no tiene de ordinario pasion muy perniciosas: su pasion dominante se la de conocer la verdad, y su ambicion de enseñarla á los demas. La filosofia apropósito para cultivar el corason y el piritu. En punto á costumbres y honrad el que reflecsiona y raciocina, ¿no avent evidentemente al que adopta por principio no raciocinar?

Si la ignorancia es útil á los sacerdote á los opresores del jénero humano, es n funesta á la sociedad. El hombre sin lu no goza de su razon; el hombre sin ra y sin luces, es un salvaje dispuesto á ca instante á ser arrastrado al crímen. La n ral, ó la ciencia de los deberes, no se quiere sino por el estudio del hombre y sus relaciones. El que no reflecsiona po mismo, no conoce la verdadera moral, marcha con paso vacilante por el camino la virtud. Cuanto ménos raciocinan los ho bres, tanto mas malos son. Los salvajes, Principes, los grandes, el populacho,

comunnmente los mas malos de todos los hombres, por que son los que raciocinan ménos. El devoto no reflecsiona jamás y se guarda muy bien de razonar. Teme todo ecsamen; sigue la autoridad, y aun con frecuencia una conciencia errónea le persuade, como un santo deber, el hacer el mal. El incrédulo raciocina, consulta la esperiencia y la prefiere a la preocupacion. Si ha raciocinado justamente, su conciencia se ilustra, encuentra para obrar bien, motivos mas reales que el devoto, cuios motivos son quimeras, y que jamás escucha la razon. Los motivos de la incredulidad ¿no son bastantes poderosos para contrabalanzar sus pasiones? ¿Es tan limitado que desconozca los intereses mas reales que debieran contenerlo? Ahora bien, él será vicioso y malo; pero entónces ¿será peor ni mejor que tantos hombres crédulos que no obstante la relijion y sus sublimes preceptos, no dejan de seguir una conducta que esta misma relijion condena? Un asesino crédulo ¿es ménos de temer que uno que nada crea? Un tirano devoto ¿es ménos tirano que uno indevoto?

§. 181.

Nada hay mas raro en el mundo, que hombres consecuentes. Sus opiniones no influien sobre su conducta, sino cuando son conformes

á sus temperamentos, á sus pasiones, y á sus intereses. Las opiniones relijiosas, segun la esperiencia diaria, producen mucho mal y muy poco bien; son nocivas, por que se conforman muy comunmente con las pasiones de los tiranos, de los ambiciosos, de los fanáticos y de los sacerdotes; no producen ningun buen efecto, por que son incapaces de contrabalanzar los intereses présentes de la maior parte de los hombres. Los principios relijiosos se dejan á parte, cuando se oponen á los deseos ardientes; y sin ser entónces incrédulo el hombre, se conduce como si nada creiera.

Siempre hay peligro de errar, cuando se quiere juzgar de las opiniones del hombre por su conducta ó de su conducta por sus opiniones. Un hombre muy relijioso, no obstante los principios insociables y crueles de una relijion sanguinaria, será algunas veces por una feliz inconsecuencia, humano, tolerante y moderado; pero entónces los principios de su relijion no se conforman con la dulzura de su carácter. Un libertino; un di soluto, un hipócrita, un adúltero, un ladroı nos harán ver muchas veces que tienen l ideas mas ecsactas sobre costumbres. Y ¿p qué no las practican? Por que sus tempe mentos, sus intereses, sus hábitos no se c forman con sus teorias sublimes. Los p cipios severos de la moral cristiana, que

tas jentes hacen pasar por divina, influien muy debilmente sobre la conducta de aquellos que las predican á los demas. ¿No nos dicen todos los dias, *haced lo que yo os digo, y no hagais lo que yo hago?*

Los partidarios de la relijion distinguen muy comunmente á los incrédulos con el nombre de *libertinos*. Puede suceder muy bien que muchos incrédulos tengan costumbres desarregladas; pero estas costumbres son debidas á sus temperamentos, y no á sus opiniones. Pero ¿qué importa su conducta á estas opiniones? Un hombre sin costumbres ¿no puede ser buen médico, buen arquitecto, buen jeómetra, buen lójico, buen metafisico? Con una conducta irreprehensible, se puede ser un ignorante sobre muchas cosas, y raciocinar muy mal. Cuando se trata de la verdad, poco nos importa el sujeto de quien proceda. No juzgamos de los hombres por sus opiniones, ni de las opiniones por los hombres; juzgamos de los hombres por su conducta, y de sus opiniones por su conformidad con la esperiencia, con la razon y la utilidad del jénero humano.

§. 182.

Todo hombre que raciocina, se hace desde luego incrédulo, por que el raciocinio le prueba que la teolojía es un tejido de qui-

meras; que la relijion es contraria á todos los principios del buen sentido, y que dá un colorido de falsedad á todos los conocimientos humanos. El hombre sensible se hace incrédulo, por que vé que la relijion, léjos de hacer los hombres mas dichosos, es la primitiva fuente de los maiores desórdenes y de las calamidades permanentes; con que está aflijida la especie humana. El hombre que busca su bien estar y su propia tranquilidad, ecsamina su relijion, y se desengaña de ella por que halla que es tan incómodo como inútil, pasar su vida temblando ante unas fantasmas, inventadas únicamente para imponer á las mujercillas ó á las niños.

Si el libertinaje, que raciocina poco, conduce algunas veces á la irrelijion, el hombre regalado en sus costumbres, puede tener motivos mui lejítimos para ecsaminar su relijion y para desterrarla de su espíritu. Demasiado débiles para imponer á los malos, á quienes el vicio ha hechado profundas raices, los terrores relijiosos aflijen, atormentan, y oprimen las imajinaciones inquietas. Cuando las almas tienen valor y estímulo, mui pronto sacuden el yugo que sufrian y qué las hacía estremecer. Si son débiles y temerosas, arrastran toda su vida este yugo; envejecen temblando, ó al ménos viven rodeadas de incertidumbres molestas.

Los sacerdotes han hecho de Dios un ser

tan maligno, tan feroz y tan melancólico, que haí muí pocos hombres que no deseen del fondo de su corazon que este Dios no ecsista. Nadie vive feliz, cuando siempre tiembla. ¡Devoto! tú adoras un Dios terrible que aborreces; tú quisieras que no lo hubiese. ¿Es posible dejar de desear la ausencia ó la destruccion de un Señor, cuia idea atormenta continuamente el espíritu? Los negros coloridos de que se sirven los sacerdotes para pintar la divinidad, son los que, rebelando los corazones, obligan á aborrecerla y á despreciarla.

§. 183.

Si el temor ha hecho los dioses, el temor sostiene su imperio en el espíritu de los mortales: se les ha acostumbrado desde muí temprano á estremecerse solo al nombre de la divinidad, que ha llegado á ser para éllos un espectro, un duende, un *bú* que los atormenta, y cuia idea les quita el valor para querer tranquilizarse. Temen que el espectro invisible los hiera, si cesan un momento de tener miedo. Los devotos temen demasiado á su Dios para que lo amen con sinceridad; le sirven como esclavos, que en la imposibilidad de escapar á su poder, toman el partido de adular á su Señor, y á fuerza de men-

tir, se persuaden al fin que le tienen amor. Hacen de necesidad virtud. El amor de los devotos para su Dios, y el de los esclavos para sus déspotas, es un homenaje servil y simulado que ofrecen á la fuerza, y en el que el corazon no tiene parte alguna.

§. 184.

Los doctores cristianos han hecho su Dios tan poco digno de amor, que muchos de éllos han creido debian dispensarse de amarlo; blasfemia que hace estremecer otros doctores ménos sinceros. Santo Tomás, habiendo pretendido que hay obligacion de amar à Dios desde que principia el uso de razon, es contestado por el jesuita Sirmond, que *esto era muy pronto*. El jesuita Vasquez, asegura que basta amar á *Dios en el articulo de la muerte*, Hurtado, ménos fácil, dice *que es preciso amarlo todos los años*. Henriquez se contenta con que se le ame cada cinco años. Soto, *todos los domingos*. Y ¿en qué se fundan? pregunta el P. Sirmond, añade que Suarez quiere *que se le ame algunas veces*: pero ¿en qué tiempo? él os hace juez, por que no lo sabe. Pero, dice él, *lo que un doctor tan sábio no sabe, ¿quién lo podrá saber?* El mismo jesuita Sirmond continúa diciendo *que Dios no nos ordena que le amemos con un amor de afeccion*, ni nos promete la sal

vacion con la condicion de darle nuestro corazon: basta obedecerle, y amarlo con un amor efectivo ejecutando sus órdenes; este es el único amor que le debemos: y no nos ha mandado tanto que le amemos, como de no odiarlo (1).

Esta doctrina parece herética, impía, abominable á los Jansenistas, que por la severidad ecsesiva que atribuien á su Dios, lo hacen mucho ménos amable que los jesuitas sus adversarios: éstos, para atraerse partidarios, pintan á Dios de un modo capaz de tranquilizar á los mortales mas perversos. Así es, que nada hay ménos decidido para los cristianos, que la cuestion importante de si se puede, ó se debe amar ó no amar á Dios. Entre sus guias espirituales, unos pretenden que es preciso amarlo de todo corazon apesar de todos sus rigores; otros, como el P. Daniel, encuentran que un acto de puro amor de Dios, es el acto mas heróico de la virtud cristiana, y que la debilidad humana casi no puede elevarse tan alto. El jesuita Pintereau vá mas léjos, y dice que este (acto de amor) *es un privilejio de la nueva alianza, así como el entregarse al pesado yugo del amor divino* (1).

(1) *V. Apolojía de las cartas provinciales. Tom.* 2º

(1) *Ibidem.*

§. 185.

El carácter del hombre es el que decide siempre del caráter de su Dios: cada uno se hace el suio á su modo. El hombre placentero que se entrega á la disipacion y á los placeres, no puede figurarse que su Dios pueda ser austero y mal sufrido; necesita de un Dios fácil con quien pueda entrar en composicion. El hombre severo, melancólico, bilioso de un amor acre, quiere un Dios que se le parezca, un Dios que haga temblar, y mire como perversos á los que admitan un Dios cómodo y fácil de ganar. Las herejías, las querellas, y los cismas son necesarios. Estando los hombres constituidos, organizados, y modificados de un modo que no pueden ser precisamente los mismos, ¿podrían estar acordes sobre una quimera que solo ecsiste en sus propios cerebros?

Las disputas no ménos crueles que interminables, que se suscitan sin cesar entre los ministros del Señor, no son de tal naturaleza que puedan atraerles la confianza de los que las consideran con imparcialidad. ¿Como no abismarse en la incredulidad la mas completa á la vista de unos principios sobre los cuales los mismos que los enseñan á los demas no están jamàs acordes? ¿Como no dudar

de la ecsistencia de un Dios, cuia idea varia de un modo tan notable en las cabezas de sus ministros? ¿Como dejar al fin de despreciar absolutamente á un Dios que no es mas que un monton informe de contradicciones? ¿Como referirse á los sacerdotes ocupados perpetuamente en combatirse, en tratarse de impíos y de herejes, en despedazarse, en perseguirse sin piedad sobre el modo de entender las pretendidas verdades que anuncian al mundo.

§. 186.

La ecsistencia de un Dios es la base de toda relijion. Sin embargo hasta el presente no ha sido demostrada esta importante verdad, no digo yo de manera que pudiese convencer los incrédulos, sino de un modo capaz de satisfacer á los mismos teólogos. Se han visto en todos tiempos pensadores profundamente ocupados en imajinar nuevas pruebas de la mas interesante verdad para los hombres. Y ¿cuales han sido los frutos de sus meditaciones y argumentos? Han dejado la cosa como estaba; nada han demostrado, casi siempre han ecsitado los clamores de sus compañeros, los que han acusado de haber *defendido mal la mejor de las causas*.

§. 187.

Los apolojistas de la relijion nos repiten cada dia que las pasiones solas hacen los incrédulos; "el orgullo, dicen, y el deseo de distinguirse, son los que hacen los Atéos; no procuran por otra parte de borrar de su espíritu la idea de Dios, sino por que deben temer sus juicios rigorosos." Cualesquiera que sean los motivos que induzcan á la irrelijion, se trata de ecsaminar si han encontrado la verdad. Ningun hombre obra sin motivos: ecsaminemos ahora los argumentos, y en seguida los motivos, y verémos si no son lejítimos y mas sensatos que los de tantos devotos crédulos, que se dejan guiar por maestros poco dignos de la confianza de los hombres.

¡Sacerdotes del Señor! vosotros, pues, decís que las pasiones hacen los incrédulos: vosotros pretendeis que éstos no renuncian á la relijion sino por interes, ó por que contradice sus inclinaciones desaregladas; asegurais que no atacan á vuestros dioses, sino por que temen sus rigores. ¡Ah! y vosotros, defendiendo esta relijion y sus quimeras ¿estais verdaderamente esentos de pasiones ó intereses? ¿Quién es el que percibe los emolumentos de esta relijion, por la que los sacerdotes manifiestan tanto celo?—los sacerdo-

es. ¿A quién procura la relijion poder, crédito, honores y riquezas?—á los sacerdotes. Quién ha hecho en todo país la guerra á ı razon, á la ciencia, á la verdad, y á la losofia, y las hace odiosas á los soberanos y á os pueblos?—los sacerdotes. ¿Quién se aprovecha en el mundo de la ignorancia de los hombres y de sus vanas preocupaciones?—los saerdotes. ¡Oh sacerdotes! vosotros sois reompensados, honrados y pagados para enañar á los mortales, y haceis castigar á os que los desengañan. Las locuras de los ombres os procuran beneficios, ofrendas y spiaciones; las verdades mas útiles no prouran á los que las anuncian sino cadenas, ıplicios y hogueras. Que juzgue el universo e nosotros.

§. 188.

El orgullo y la vanidad, fuéron y serán empre los vicios inherentes al sacerdocio. Hay nada mas capaz de hacer á los hombres altivos y vanos, que la pretension de jercer un poder emanado del cielo, de poeer un carácter sagrado, y de ser los eniados y los ministros del Altísimo? Estas isposiciones no están continuamente alimenıdas por la credulidad de los pueblos, por os honores y respetos de los Soberanos, por ıs inmunidades, los privilejios y distincio-

nes de que vemos gozar al clero? El vulgo en todas partes es mucho mas afecto á sus guias espirituales, que considera como hombres divinos, que á sus superiores temporales, á quienes mira como hombres ordinarios. El cura de una aldea goza en ella de mas distinciones que el señor ó el alcalde. Un sacerdote entre los cristianos, se cree muy superior á un rey, ó á un emperador. Habiendo un grande de España hablado con firmeza á un fraile, éste le dijo con arrogancia: *aprended á respetar á un hombre que tiene todos los dias á vuestro Dios en sus manos, y vuestra Reina á sus pies.*

¿Tienen los sacerdotes mucha razon para acusar de orgullosos á los incrédulos? ¿Se distinguen éllos mismos por una rara modestia, ó por una profunda humildad? ¿No es evidente que el deseo de dominar à los hombres es de la esencia misma de su oficio? Si los ministros del Señor fuesen verdaderamente modestos, ¿los veríamos tan codiciosos de respetos, tan prontos á irritarse cuando se les contradice, tan decisivos, tan crueles para vengarse de aquellos cuias opiniones los ofenden? La ciencia modesta ¿no hace sentir cuan dificil es descubrir la verdad? ¿Qué otra pasion, que un orgullo desenfrenado puede hacer á los hombres tan feroces, tan vengativos, tan faltos de induljencia y de dulzura? ¿Qué hay de mas presuntuoso que

las naciones y hacer correr arroios
ngre para establecer ó defender futiles
uras?

sotros, ¡oh doctores! decís que solo
esuncion es la que hace los Atéos; en-
les, pues, que cosa sea vuestro Dios; ins-
)s de su esencia, hablad de un modo
ible; decid de él cosas racionales y que
ın contradictorias ó imposibles. Si no os
s en estado de satisfacerlos; si hasta hoy
no de vosotros ha podido demostrar la
encia de Dios de un modo claro y con-
ıte; si confesais que su esencia os es
esconocida como al resto de los mor-
perdonad á aquellos que no pueden ad-
lo que no pueden entender ni conciliar;
useis de presuncion ni vanidad á los
ienen la sinceridad de confesar su ig-
cia; no tengais por locos á los que de
n modo pueden creer contradicciones,
rgonzaos una vez de ecsitar el odio de
ıeblos y el furor de los Soberanos con-
)s que no piensan como vosotros sobre
r de que vosotros mismos no teneis nin-
idea. ¿Hay nada mas temerario ni mas
agante que raciocinar de un objeto que
noce ser imposible de concebir?

s repetís sin cesar, que la corrupcion
orazon es la que produce el ateismo,
ıo se sacude el yugo de la divinidad, por
ie temen sus juicios formidables. Pero,

¿para qué nos pintais á vuestro Dios con facciones tan chocantes é imposibles de sostener? ¿Porqué este Dios tan poderoso permite que haia corazones tan corrompidos? ¿Como no hace esfuerzos para sacudir el yugo de un tirano que, pudiendo hacer lo que quiera del corazon de los hombres, consiente que se perviertan; los endurece, los ciega, les niega sus gracias, á fin de tener la satisfaccion de castigarlos eternamente por haber sido endurecidos y obsecados, y no haber tenido las gracias que él les ha negado? Es preciso que los teólogos y sacerdotes se crean bien seguros de las gracias del cielo y de un porvenir dichoso, para no detestar á un Señor tan caprichoso como el Dios que nos anuncian. Un Dios que condena eternamente, es con evidencia el mas odioso de los séres que el espíritu humano pueda inventar.

§. 189.

Ningun hombre de la tierra tiene un verdadero interes en la subsistencia del error: tarde ó temprano cede precisamente á la verdad. El interes jeneral ilustra por último á los hombres: sus mismas pasiones contribuien algunas veces á romper algunos eslabones de la cadena de sus preocupaciones. Las pasiones de algunos soberanos ¿no han aniquilado hace dos siglos en algunas co

marcas de Europa, el poder tiránico que un Pontífice altanero ejercia otras veces sobre todos los Príncipes de su secta? La política, mas ilustrada ya, ha despojado al clero de inmensos bienes que la credulidad habia amontonado en sus manos. Este memorable ejemplo ¿no debiera hacer sentir á los sacerdotes, que las preocupaciones no tienen mas que un tiempo, y que sola la verdad es capaz de asegurar un bien estar sólido?

Acariciando á los Soberanos, formándoles derechos divinos, divinizándolos, entregándoles los pueblos atados de pies y manos, ¿no han visto los ministros del Altísimo que trabajan para hacer tiranos? ¿No pueden ya conocer que los ídolos jigantezcos que éllos elevan hasta las nubes, los deben oprimir un dia con su enorme peso? ¿No les prueban mil ejemplos que deben temer que desencadenados estos leones, despues de haber devorado las naciones, los devore tambien á su vez?

Nosotros respetarémos á los sacerdotes, cuando sean ciudadanos. Que se sirvan, si pueden, de la autoridad del cielo para atemorizar á estos Príncipes que continuamente asolan la tierra; que no les adjudiquen mas el derecho espantoso de ser injustos impunemente; que reconozcan que ningun vasallo tiene interes en vivir sujeto á la tiranía;

que hagan sentir á los Soberanos que ni éllos tienen interes en ejercer un poder que, haciéndolos odiosos, perjudica á su propia seguridad, á su propio poder y á su propia grandeza. En fin; que desengañados los sacerdotes y los reies, conozcan que ningun poder hay seguro sino está fundado sobre la verdad, la razon y la equidad.

§. 190.

Los ministros de los dioses, haciendo una guerra sangrienta á la razon humana, que debieran ilustrar, obran evidentemente contra sus propios intereses. ¿Cual sería su poder, su consideracion, su imperio sobre los hombres mas sábios? ¿Cuanto el reconociento que los pueblos les deberian, si en lugar de ocuparse de sus vanas disputas, se hubiesen aplicado á las ciencias verdaderamente útiles; si hubiesen investigado los verdaderos principios de la fisica, del gobierno y de las costumbres? ¿Quién osaría reprochar su opulencia y su crédito á un cuerpo que consagrando su descanso y su autoridad al bien público, se sirviese del uno para meditar, y de la otra para ilustrar igualmente los espíritus de los Soberanos y de los súbditos?

Sacerdotes! dejad ya vuestras quimeras, stros docmas iniutelijibles, vuestras que- as despreciables; desterrad á las rejiones jinarias esas fantasmas que no podian se- útiles sino en la infancia de las nacio- . Tomad en fin el tono de la razon. En ar de tocar el arrebato de la persecucion tra vuestros adversarios; en lugar de en- ener los pueblos con disputas insensatas: lugar de predicarles virtudes inútiles y fa- cas, predicad virtudes y una moral huma- y sociable; predicad virtudes realmente es al mundo; sed los apóstoles de la ra- , los luminares de las naciones, los de- sores de la libertad, los reformadores de abusos, los amigos de la verdad; y en- ces os bendeciremos, os honrarémos, os arémos, y todo os asegurará un eterno perio sobre los corazones de vuestros con- dadanos.

§. 191.

Los filósofos de todas las edades, han ocu- lo en las naciones el lugar que parecia tinado á los ministros de la relijion. El o que éstos han tenido siempre á la filo- a, no ha sido nunca mas que una envi- de oficio. Todos los hombres acostum- dos á pensar, en lugar de tratar de da- se y destruirse, ¿no debieran reunir sus

esfuerzos para combatir el error, para investigar la verdad; y sobre todo para desterrar las preocupaciones que los Soberanos y los súbditos sufren igualmente, y de las que los fautores son víctimas tarde ó temprano?

En manos de un gobierno ilustrado, los sacerdotes serían los ciudadanos mas útiles. Unos hombres, ricamente estipendiados por el estado, y dispensados del cuidado de proveer á su propia subsistencia, que mejor cosa podian hacer que instruirse, con el fin de trabajar en la instruccion de los demas? ¿No resultaría á su espíritu maior satisfaccion de descubrir verdades luminosas, que de estraviarse sin fruto en espesas tinieblas? ¿Sería mas dificil descubrir los principios tan claros de una moral hecha para el hombre, que los principios imajinarios de una moral divina y teolójica? Los hombres mas ordinarios ¿hubieran tenido tanto trabajo para fijar en sus cabezas las simples nociones de sus deberes como para cargar su memoria de misterios, de palabras inintelijibles, de definiciones obscuras, de las que nada pueden concebir jamás? ¡Qué de tiempo y trabajo perdido, para aprender y enseñar á los hombres cosas que no le son de ninguna utilidad real!

¡Que de recursos para la utilidad pública, para alentar el progreso de las ciencias, y el adelanto de los conocimientos, para la edu-

cacion de la juventud, no presentarán Soberanos bien intencionados; tantos monasterios, que en un gran número de paises devoran las naciones sin producirlas ningun fruto! Pero la supersticion, celosa de su imperio esclusivo, parece no haber querido formar sino séres inútiles. ¿Qué partido podrían sacarse de una multitud de cenobitas de ámbos secsos, como vemos en tantos paises, tan ricamente dotados para no hacer nada? En lugar de ocuparlos en contemplaciones estériles, en oraciones maquinales, en prácticas minuciosas; en lugar de oprimirlos con aiunos y austeridades, ¿porqué no se ecsita entre éllos una emulacion saludable que los estimule á investigar los medios de servir útilmente al mundo, para el que unos votos fatales los obligan á morir? En lugar de llenar los espíritus de sus jóvenes discípulos de fábulas, de dogmas estériles, de puerilidades, ¿porqué no se obliga ó se invita á los sacerdotes á enseñarles cosas verdaderas, y á hacer de éllos ciudadanos útiles á la patria? Del modo con que se educan los hombres, solo son útiles al clero que los ciega, y á los tiranos que los despojan.

§. 192.

Los partidarios de la credulidad acusan frecuentemente á los incrédulos de mala fé,

[illegible] *El hombre enfermo y ca-* [illegible] *de su muerte* [illegible] *la presencia de la muerte.* [illegible] *en su-* [illegible] *deberes que su religion le prescriben* [illegible]

Cleomenes, rey de Esparta, habiendo manifestado poco respeto á los dioses durante su vida, se hizo supersticioso al fin de sus dias; y con la mira de interesar al cielo en favor de su vida, hizo venir cerca de sí una muchedumbre de sacerdotes y sacrificadores. Habiendo manifestado su sorpresa uno de sus amigos, *¿de qué os admirais?* le dijo Cleomenes: *yo no soi el que antes era: y no siéndolo, no puedo pensar de la misma manera.*

Los ministros de la relijion desmienten frecuentemente con su conducta insconstante los rigorosos principios que enseñan á los

demas; por que tambien los incrédulos se creen con derecho para acusarlos de mala fé. Si algunos incrédulos desmienten, sea á la hora de la muerte, sea durante la enfermedad, las opiniones que sostenian en salud, ¿no desmienten los sacerdotes, sanos y *buenos*, las opiniones severas de la relijion que sostienen? ¿Vemos muchos prelados humildes, jenerosos, sin ambicion, enemigos del fausto y de las grandezas, y amigos de la pobreza? En fin, ¿vemos que la conducta de muchos sacerdotes cristianos sea conforme á la moral aústera de Cristo, su Dios y su modelo?

§. 193.

El ateismo, se nos dice, rompe todos los vínculos de la sociedad. Sin la creencia de un Dios, ¿qué será de la santidad de los juramentos? ¿Como obligar á un Atéo, que no puede atestiguar seriamente con la divinidad? Pero el juramento ¿dá maior fuerza á la obligacion que contraemos de cumplir los empeños estipulados? El que tiene suficiente intrepidez para mentir: ¿será ménos intrépido por perjurar? El que sea tan vil que falte á su palabra, ó tan injusto que viole sus empeños, en desprecio de la estimacion de los hombres, no será mas fiel por haber puesto á todos los dioses por testigos

de sus juramentos. Los que desprecian los juicios de los hombres, bien pronto desprecian los de Dios. ¿No son los Príncipes de todos los mortales, los mas prontos á jurar, y los mas prontos á violar los juramentos que han hecho?

§. 194.

Necesita, se nos dice sin cesar, *necesita el pueblo de una relijion. Si las personas ilustradas no necesitan del freno de la opinion, es necesario al ménos á los hombres groseros, en quienes la educacion no ha desenvuelto la razon.* ¿Es, pues, cierto que la relijion sea un freno para el pueblo? ¿Vemos que esta relijion le impida entregarse á la intemperancia, á la embriaguez, á la brutalidad, á la violencia, al fraude y á toda clase de ecsesos? Un pueblo que no tuviese ninguna idea de Dios, podría conducirse de un modo mas detestable, que tantos pueblos crédulos entre los que se vè reinar la disolucion y los vicios mas indignos de séres racionales? Al salir de sus templos, ¿no se vé al artesano ó al bajo pueblo abandonarse con su cabeza baja á sus vicios ordinarios, y persuadirse que los homenajes periódicos que ha rendido à su Dios, le dán derecho para seguir sin remordimientos sus viciosas costumbres, y sus inclinaciones habituales? En fin,

si los pueblos son tan groseros y tan poco racionales, ¿no procede su estupidez de la neglijencia de los Príncipes que no cuidan de la educacion pùblica, ó que se oponen á la instruccion de sus vasallos? Por último, la sinrazon de los pueblos ¿no es visiblemente obra de los sacerdotes que, en lugar de instruir á los hombres en una moral sensata, los entretienen con fábulas, delirios, prácticas, quimeras y falsas virtudes en las que lo hacen consistir todo?

La relijion, no es para el pueblo mas que un vano aparato de ceremonias, que sigue por hábito, que entretiene su vista, que estimula pasajeramente su espíritu entorpecido, sin influir sobre su conducta, y sin correjir las costumbres: dicho por los ministros de los altares; nada mas raro que esta relijion *interior y espiritual*, que por sí sola es capaz de reglar la vida del hombre, y de triunfar de sus inclinaciones. En buena fé, en el pueblo mas numeroso y el mas devoto, ¿hay muchas cabezas capaces de saber los principios de su sistema relijioso, en quien se encuentre suficiente fuerza para sofocar sus inclinaciones perversas?

Muchos nos dirán que vale mas tener un freno cualquiera, que no tener ninguno. Pretenderán que si la relijion no impone al mayor número, sirve al ménos para contener á algunos individuos, que sin ella se entre-

garian al crímen sin remordimientos. Los hombres necesitan, sin duda, de un freno, pero no de un freno imajinario; necesitan frenos reales y visibles, temores verdaderos, mucho mas propios para contenerlos, que los terrores pánicos y las quimeras. La relijion no atemoriza sino á algunos espíritus pusilámines que por la debilidad de su carácter, son ya poco temibles á sus conciudadanos. Un gobierno equitativo, leies severas, una sana moral imponen igualmente á todo el mundo, al ménos no hay persona que no se vea obligada á creerlas, y que no sienta el daño sino se conforma con ellas.

§. 195.

Se me preguntará tal vez si el ateismo razonado puede convenir á la multitud. Yo respondo, que todo sistema que ecsije discucion, no es para la multitud. ¿De que, pues, puede servir el predicar el ateismo? Esto puede al ménos hacer sentir á todos los que raciocinan, que nada es mas estravagante que inquietarse, ni nada mas injusto que inquietar á los demas por conjeturas destituidas de fundamento. En cuanto al vulgo, que jamás raciocina, los argumentos de un Atéo, no pueden serle mas conocidos, que los sistemas de un físico, las observaciones de un astrónomo, las esperiencias de

un químico, los cálculos de un jeómetra, las investigaciones de un médico, los diseños de un arquitecto, las defensas de un abogado, todos los cuales trabajan para el pueblo sin que lo sepa conocer.

Los argumentos metafísicos de la teolojía, y las disputas relijiosas que ocupan hace tanto tiempo á tantos profundos meditadores, ¿están mas al alcance del comun de los hombres, que los argumentos de un Atéo? Antes bien, no son mas intelijibles los principios del ateismo fundados sobre el buen sentido natural, que los de una teolojía que vemos llena de dificultades insolubles aun para los espíritus mas ejercitados? El pueblo posee en todas partes una relijion, que no entiende, que no ecsamina y que sigue por rutina; solo sus sacerdotes se ocupan de la teolojía, demasiado sublime para él. Si por casualidad llegase el pueblo á perder esta desconocida teolojía, podría consolarse de la pérdida de una cosa, que no solo le es perfectamente inútil, sino que tambien produce en él fermentaciones muy dañosas.

Escribir para el vulgo, ó pretender curar sus preocupaciones de una vez, seria una empresa necia y temeraria. Solo se escribe para los que leen y raciocinan; el pueblo lee poco y raciocina ménos. Las personas sensatas y pacíficas se ilustran, las luces se esparcen poco á poco, y llegan al fin á he-

rir los ojos del pueblo mismo. Por otra parte, los que engañan á los hombres, ¿no se toman regularmente el trabajo de desengañarlos?

§. 196.

Está muy demostrado que si la teolojia es un ramo de comercio útil á los teólogos, es tambien superflua y nociva al resto de la sociedad. El interes llega á desengañar á los hombres tarde ó temprano. Los Soberanos y los pueblos conocerán sin duda, un dia, la indiferiencia y el profundo desprecio que merece una ciencia futil que no sirve mas que para turbar á los hombres, sin hacerlos mejores. Se conocerá la inutilidad de tantas prácticas dispendiosas que no contribuien de modo alguno á la felicidad pública; se avergonzarán de tantas querellas despreciables, que cesarán de alterar la tranquilidad de los estados, cuando se deje de darlas una importancia ridícula.

¡Principes! en lugar de tomar parte en los combates insensatos de vuestros sacerdotes; en lugar de sostener locamente sus querellas impertinentes, en lugar de querer someter todos vuestros súbditos á opiniones uniformes, ocupaos de su felicidad en este mundo, y no os inquieteis sobre la suerte que les espera en un otro. Gobernadlos equita-

tivamente, dadles buenas leies, respetad su libertad y su propiedad, velad en su educacion, animadlos en sus trabajos, recompensad sus talentos y sus virtudes, reprimid la licencia, y no os ocupeis de su modo de pensar sobre objetos inútiles para éllos y para vosotros: entónces no tendréis necesidad de ficciones para haceros obedecer, seréis los únicos guias de vuestros súbditos, sus ideas serán uniformes sobre los sentimientos de amor y respeto que os serán debidos. Las fábulas teolójicas no son útiles sino á los tiranos que, desconocen el arte de reinar sobre séres racionales.

§. 197.

¿Se necesitan esfuerzos poderosos de jénio para comprender que lo que es superior al hombre, no es hecho para los hombres; que lo que es sobre natural, no es hecho para séres naturales, que los misterios impenetrables no son hechos para espíritus limitados? Si los teólogos son bastante locos para disputar entre sí sobre objetos que confiesan que no entienden, ¿deberá la sociedad tomar parte en sus locas querellas? Es necesario que corra la sangre de los pueblos para dar valor á las conjeturas de algunos delirantes obstinados? Si es muy difícil curar á los teó-

logos de su manía, y á los pueblos de su preocupaciones; al ménos es muy fácil impedir que las estravagancias de los unos y la necedad de los otros, produzcan efectos perniciosos. Permítase que cada uno piense como guste; pero no se permita jamás nunca que perjudique con su modo de pensar. Si los jefes de las naciones fuesen mas justos y mas sensatos, las opiniones teolójicas interesarían tanto á la tranquilidad pública, como las disputas de los fisicos, médicos, gramáticos y críticos. La tiranía de los Príncipes es causa de que las querellas teolójicas tengan consecuencias serias para los estados. Cuando los reies dejen de mezclarse en la teolojía, las disputas de los teólogos no serán de temer.

Los que nos ponderan tanto la importancia y la utilidad de la relijion, debieran tambien manifestarnos los felices efectos que produce, y las ventajas que las disputas y especulaciones abstractas de la teolojía pueden procurar á los ganapanes, á los artesanos, á los jornaleros, revendedores, mujeres, y á tanto criado corrompido de que vemos llenas las grandes ciudades. Todas estas jentes tienen relijion; tienen lo que se llama *la fé del carbonero*; sus curas creen por éllos, que adhieren de boca á la creencia desconocida de sus guias; oien continuamente los sermones, asisten regularmente á las ceremonias;

y creerían cometer un gran crímen si infrinjiesen algunas de las ordenanzas á las que se les dice, desde su infancia, deben conformarse. Y ¿qué bien resulta á las costumbres de todo esto? Ninguno: éllos no tienen idea alguna de la moral, y los veis entregarse á todas las bellaquerías, fraudes, rapiñas y ecsesos que la ley no castiga.

El pueblo, en verdad, no tiene idea ninguna de su relijion: lo que él llama relijion no es mas que una ciega adhesion à opiniones desconocidas y á prácticas misteriosas. En realidad, quitar la relijion al pueblo, es no quitarle nada. Si se llegaran á destruir ó curar sus preocupaciones, no se haría mas que disminuir ó aniquilar la confianza peligrosa que tiene en sus guias interesados, y enseñarle á desconfiar de aquellos que, bajo pretesto de relijion, lo inducen frecuentemente á ecsesos funestos.

§. 198.

Con pretesto de instruir é ilustrar á los hombres, la relijion los sostiene realmente en la ignorancia, y les quita hasta el deseo de conocer los objetos que mas les interesan. Los pueblos no tienen otra regla de conducta, que la que sus sacerdotes quieren indicarles. La relijion sirve para todo; pero, tenebrosa

por sí misma, es mas apropósito para estraviar los mortales que para guiarlos por el sendero de la ciencia y de la felicidad: la física, la moral, la lejislacion, la política, son enigmas para éllos. El hombre, por sus preocupacioues relijiosas, no puede conocer su propia naturaleza, cultivar su razon, ni hacer esperiencias; teme la vanidad, desde que no se acomoda con sus opiniones. Todo concurre para hacer los pueblos devotos; pero todo se opone á que sean humanos, racionales y virtuosos. Parece que la relijion no tiene otro objeto que, el de limitar el corazon y el espíritu de los hombres.

La guerra que ha subsistido siempre entre los sacerdotes y los mejores espíritus de todos los siglos, procede de que los sábios conociéron las trabas que la supersticion quiso dar en todo tiempo al espíritu humano, á quien pretendia retener en una eterna infancia: para lo cual lo ocupó de fábulas, lo oprimió con terrores, lo espantó con fantasmas que le impidiéron marchar delante. Incapaz de perfeccionarse ella misma, la teolojía opuso barreras insuparables al progreso de los conocimientos verdaderos; solo pareció ocupada del cuidado de mantener las naciones y sus jefes en la mas profunda ignorancia de sus deberes, y de los motivos reales que pueden dirijirlos para obrar bien. No hace mas que obscurecer la moral, hacer sus principios

arbitrarios, y someterla á los caprichos de los dioses ó de sus ministros. Convierte el arte de gobernar los hombres en una tiranía misteriosa que es el azote de las naciones. Cambia los Príncipes en déspotas injustos y licenciosos, y los pueblos en esclavos ignorantes que se corrompen para merecer el favor de sus señores.

§. 199.

Por poco que se trabaje, siguiendo la historia del espíritu humano, se conocerá fácilmente que la teolojía se ha guardado bien de ampliar sus límites. Comenzó desde luego sustentándolo con fábulas que vendió como verdades sagradas. Hizo aparecer la poesía, que llenó la imajinacion de los pueblos de sus ficciones pueriles: los entretubo con sus dioses y con sus hechos increibles. En una palabra, la relijion trató siempre á los hombres como á unos niños, que durmió con cuentos, que sus ministros quisieran continuar haciéndolos todavía pasar como verdades incontestables.

Si los ministros de los dioses hiciéron algunas veces descubrimientos útiles, siempre cuidaron de darles un tono dogmático, y de envolverlos con las sombras del misterio. Los Pitágoras y Platones para adquirir algunos

fútiles conocimientos; se viéron obligados á humillarse á los pies de los sacerdotes, á hacerse iniciar en sus misterios; y á sufrir las pruebas que quisiéron imponerles: á este precio les fué permitido desmenuzar las nociones ecsaltadas, tan seductoras aun para todos los que no admiran sino lo que es absolutamente inintelijible. Fué entre los Príncipes Ejipcios, Indios y Caldéos; fué en las escuelas de estos dementes, interesados por estado en derrumbar la razon humana, donde la filosofia se vió precisada á mendigar sus primeros rudimentos: obscura ó falsa en sus principios, mezclada de ficciones y de fábulas, inventadas únicamente para alucinar la imajinacion, marchó esta filosofia vacilando, y no hizo mas que tartamudear; en lugar de ilustrar el espíritu, lo cegó y lo alejó de los objetos verdaderamente útiles.

Las especulaciones teolójicas, y los delirios místicos de los antiguos, están aun en nuestros dias en posesion de dar la ley á una gran parte del mundo filosófico; adoptadas por la teolojía moderna, no puede en el dia separarse de ellas, sin incurrir en herejía. Nos entretienen de séres *[illegible]ereos*, *de espíritus*, *de ánjeles*, *demonios* y de otros fantasmas, que son el objeto de las meditaciones de nuestros mas profundos pensadores, y que sirven de base á la metafísica; ciencia abstracta y fútil sobre la que se han ejercitado vanamente

los mas grandes jénios desde millares de años. Así, pues, unas hipótesis imajinadas por algunos mentecatos de Menfis y de Babilonia, han llegado á ser los fundamentos de una ciencia venerada por su obscuridad, que la hace pasar por maravillosa y divina.

Los primeros lejisladores de las naciones fuéron sacerdotes, los primeros mitólogos y poetas fuéron sacerdotes; los primeros médicos sacerdotes fuéron tambien. En sus manos la ciencia fué una cosa sagrada, vedada á los profanos; éllos no hablaron sino por alegorías, emblemas, enigmas y oráculos ambiguos, medios muy propios para ecsitar la curiosidad, para hacer trabajar la imajinacion, y sobre todo para inspirar al vulgo admirado un santo respeto hácia unos hombres que creió instruidos por el cielo, capaces de leer en él los destinos de la tierra, y que se daban atrevidamente por órganos de la divinidad.

§. 200.

Las relijiones de estos sacerdotes antiguos han desaparecido, ó mas bien, han mudado de forma. Aunque nuestros teólogos modernos los miran como impostores, han tenido buen cuidado de recojer muchos fracmentos espar-

cidos de sus sistemas relijiosos, cuio conjunto todo no ecsiste para nosotros. Encontramos aun en nuestras relijiones modernas no solamente sus dogmas metafisicos que la teolojía ha revestido de distinto modo, sino tambien restos notables de sus prácticas supersticiosas, de su theurjía (1), de su májia y de sus encantos. Aun se manda á los cristianos meditar con respeto los monumentos que les quedan de los lejisladores, de los sacerdotes, de los profetas de la relijion Hebraica, que segun las apariencias, habia tomado del Ejipto las nociones caprichosas de que la vemos llena. Así, pues, estravagancias imajinadas por unos embusteros ó dementes idólatras, son todavía opiniones sagradas para los cristianos.

Por poco que se fije la vista sobre la historia, se encuentran analojías admirables entre todas las relijiones de los hombres. Se observa en toda la tierra, que las nociones relijiosas aflijen y regocijan periódicamente los pueblos; en todas partes se vé que los ritos, las prácticas, con frecuencia abominables, los misterios temibles ocupan los espíritus, y son los objetos de sus meditaciones. Se vé prestarse recíprocamente las diversas supersticiones, sus delirios abstractos y sus ceremonias. Las relijiones no son por lo comun, sino rapsodias informes conbinadas por

(1) *Comunicacion con los dioses benéficos.*

nuevos doctores, que para componerlas se han servido de los materiales de sus predecesores, reservàndose el derecho de añadir ó quitar lo que no convenía á sus miras presentes. La relijion del Ejipto, sirvió evidentemente de base á la relijion de Moisés, que desterró los ídolos; Moisés no fuè mas que un ejipcio cismático. El cristianismo no es mas que un judaismo reformado. El Mahometismo es compuesto del judaismo, del cristianismo y de la antigua relijion de Arabia, &c.

§. 201.

Desde la mas remota antigüedad hasta nosotros, la teolojía estuvo en posesion de reglar por sí sola la marcha de la filosofia: y ¿qué socorros la ha prestado? la cambió en una jerigonza inintilijible, apropósito para hacer inciertas las verdades mas claras: convirtió el arte de raciocinar en una ciencia de palabra; lanzó el espíritu humano en las rejiones ahereas de la metafisica, donde se ocupó sin suceso en sondear abismos, inútiles y peligrosos siu ecsito. A las causas fisicas y simples, esta filosofia sustituió causas sobrenaturales, ó por mejor decir, causas verdaderamente *ocultas*; esplicó los fenómenos dificiles por ajentes mas inconcebibles que los mismos fenómenos. Llenó el discurso *de palabras* sin sentido, incapaces de dar

razon de las cosas, mas apropósito para oscurecer que para ilustrar, y que no parecen inventadas sino para desalentar al hombre, alarmarlo contra las fuerzas de su espíritu, hacerle desconfiar de los principios de la razon y de la evidencia, y para rodear la verdad de un muro inespugnable.

§. 202.

Si quisiera dar crédito á los partidarios de la relijion, sin ella nada podría esplicarse en el mundo: la naturaleza sería un enigma continuo; sería imposible al hombre comprenderse á sí mismo. Pero en realidad, ¿qué es lo que nos enseña esta relijion? Cuanto mas se ecsamina, tanto mas se vé que sus nociones teolójicas solo sirven para embrollar todas nuestras ideas; todo lo hacen misterio, y nos esplican las cosas dificiles por cosas imposibles. ¿Es esplicar las cosas, atribuirlas á ajentes desconocidos, á poderes invisibles, á causas inmateriales? ¿Está bien ilustrado el espíritu humano, cuando en medio de su confusion, se le remite á las *profundidades de los tesoros de la sabiduría divina*, sobre los que, se les repite á cada momento, dirijirá en vano sus miradas temerarias? La naturaleza divina, de la que nada se concibe, ¿puede hacer conocer la naturaleza del hombre tan dificil de esplic

Pregnntad á un filósofo cristiano, ¿cual es el orijen del mundo? y él os responderá que Dios es quien ha creado el universo.—¿Quién es Dios?—No se sabe nada de esto.—¿Qué es crear?—No se tiene idea ninguna.—¿Cual es la causa de las pestes, de las hámbres, de las guerras, de las sequedades, de las inundaciones, de los terremotos?—La cólera de Dios.—Y ¿qué remedio para estas calamidades?—Las oraciones, los sacrificios, las procesiones, las ofrendas, las ceremonias son, se nos responde, los verdaderos medios de desarmar el furor celeste.—Pero ¿porqué está irritado el cielo?—Por que los hombres son malos.—¿Porqué son malos?—Por que su naturaleza está corrompida.—¿Cual es la causa de esta corrupcion?—Es, so nos dice tambien un teólogo de Europa, por que el primer hombre, seducido por la primera mujer, comió una manzana á la cual le habia prohibido tocar su Dios.—¿Quién obligó la mujer á hacer semejante necedad?—El diablo.—Pero ¿quién ha creado al diablo?—Dios.—¿Porqué ha creado Dios este diablo, destinado á pervertir el jénero humano?—Nada se sabe, este es un misterio oculto en el seno de la divinidad.

¿Jira la tierra al rededor del sol?—Hace dos siglos que el fisico devoto os hubiera respondido que solo el pensarlo era una blasfemia, visto que semejante sistema no podia

conformarse con los libros santos, que todo cristiano venera como inspirados por la misma divinidad.—¿Qué se piensa en el dia? —No obstante la inspiracion divina, los filósofos cristianos han llegado por fin á referirse mas bien á la evidencia que al testimonio de sus libros inspirados.

¿Cual es el principio oculto de las acciones y de los movimientos del cuerpo humano?—El alma.—¿Qué cosa es el alma?—Un espíritu.—¿Qué es un espíritu?—Es una sustancia que no tiene forma, ni color, ni estension, ni partes.—¿Como puede concebirse semejante sustancia? ¿Como puede mover un cuerpo?—Nada se sabe, esto es un misterio.—¿Tienen alma las bestias?—El Cartesiano asegura que son puras máquinas.—Pero ¿no las vemos obrar, sentir y pensar de un modo muy semejante al hombre? —Pura ilusion.—Pero ¿con qué derecho privais á las bestias del alma, que siu conocerla, ni saber por qué la atribuis al hombre?—Es por que las almas de las bestias embarazarían á nuestros teólogos, que contentos con poder espantar y condenar las almas inmortales de los hombres, no tienen el mismo interes en condenar las de las bestias. —¡Tales son las soluciones pueríles que la *filosofia* sujeta siempre á la teolojía, se vió *precisada* á inventar para esplicar los *problemas* del mundo físico y moral!

§. 203.

¡Cuantos subterfujios y rodeos no han empleado todos los sábios antiguos y modernos para evitar venirse á las manos con los ministros de los dioses, que en todo tiempo fuéron los verdaderos tiranos del pensamiento! ¡Cuantas hipótesis y efujios han tenido que imajinar Descartes, Malebranche, Leibnitz y otros muchos, á fin de conciliar sus descubrimientos con los delirios y errores que la relijion habia consagrado! ¡De que preocupaciones no se han valido los maiores filósofos, aun con peligro de ser inconsecuentes é inintelijibles, siempre que sus ideas no se acordaban con los principios de la teolojía! Vijilantes los sacerdotes, estuviéron siempre atentos á estinguir los sistemas que no podian cuadrar con sus intereses. La teolojía fué en todo tiempo el lecho de Procusto, sobre el cual este salteador tendia los estranjeros, cuando sus miembros eran mas largos que el lecho sobre el que los colocaba á la fuerza, se los cortaba, y cuando eran mas cortos los hacia alargar con tiros de caballos.

¿Cual es el hombre sensato, amante de las ciencias, interesado en el bien estar de los humanos, que pueda reflecsionor sin despecho y sin dolor la pérdida de tantas ca-

bezas profundas, laboriosas y sutíles que en todos los siglos se han consumido neciamente sobre quimeras siempre inútiles, y frecuentemente nocivas á nuestra especie? ¿Qué de luces no hubieran derramado en los espiritus tantos pensadores famosos, si en lugar de ocuparse de una vana teolojía y de sus impertinentes disputas, hubiesen dedicado su atencion sobre objetos intelijibles y verdaderamente importantes para los hombres? La mitad de los esfuerzos y sacrificios que han costado á las naciones sus cultos frívolos, ¿no hubieran bastado para ilustrarlar perfectamente sobre la moral, la política, la fisica, la medicina, la agricultura &c.? La superstición absorbe casi siempre la atencion y los tesoros de los pueblos: éllos tienen una relijion muy costosa; pero no tienen dinero, ni luces, ni virtudes, ni felicidad.

§. 204.

Algunos filósofos antiguos y modernos han tenido el valor de tomar la esperiencia y la razon por guias, y de libertarse de las cadenas de la supersticion. Lencipo, Demócrito, Epicuro, Straton y algunos otros griegos, se atreviéron á rasgar el espeso velo de la preocupacion, y á librar la filosofia de trabas teolójicas. Pero sus sistemas demasia-

do sensibles y desnudas de lo maravilloso para unas imajinaciones amantes de quimeras, se viéron obligados á ceder á las conjeturas fabulosas de Platón, de Sócrates, de Zenon. Entre los modernos, Hobbes, Espinosa, Baile, &c. han seguido los pasos de Epicuro; pero su doctrina encontró pocos sectarios en un mundo demasiado afecto todavía á las fábulas para escuchar la razon.

En ninguna edad se ha podido sin un peligro inminente, separarse de las preocupaciones que la opinion ha consagrado. Nunca fué permitido hacer descubrimientos en ningun jénero: todo lo mas que los hombres mas ilustrados han podido hacer, ha sido hablar con embozo, y muchas veces, por una vil complacencia, unir vergonzosamente la mentira con la verdad. Muchos tuviéron una *doble doctrina*, la una pública, y la otra secreta; pero habiéndose perdido la llave de esta última, sus sentimientos verdaderos nos son regularmente ininteligibles, y de consiguiente inútiles.

¿De qué modo los filósofos modernos á quien, sopena de ser perseguidos del modo mas cruel, se ven obligados á renunciar á la razon, y someterla á la fé, es decir, á la autoridad de los sacerdotes? como digo yo, hombres así atados, hubieran podido dar un libre vuelo á su jénio, perfeccionar la razon y acelerar la marcha del espíritu hu-

mano? Los mas grandes hombres entreviéron la verdad temblando; muy rara vez tuviéron valor para anunciarla, los que se atreviéron á ello, han sido castigados comunmente de su temeridad. Gracias á la relijion, jamás ha sido permitido pensar libremente, ó combatir las preocupaciones de que el hombre es en todas partes víctima y juguete.

§. 205.

Todo hombre que tiene la valentía de anunciar verdades al mundo, está seguro de atraerse el odio de los ministros de la relijion; éstos invocan á grandes voces el ausilio de las potencias, necesitan de la asistencia de los reies, para sostener sus argumentos y sus dioses. Estos clamores indican bastante bien la debilidad de su causa.

Apurado te ves, cuando apelas al socorro.

No es permitido errar en materia de relijion: sobre cualquiera otro objeto pueden todos engañarse; se tiene compasion de los que se estravian, y se agradece á las personas que descubren verdades nuevas; pero desde que la teolojía se juzga interesada,

sea en los errores, sea en los descubrimientos, se enciende un santo celo, los Soberanos esterminan, los pueblos entran en frenesí, y las naciones se remueven sin saber por qué.

¿Hay nada mas triste, que ver depender la felicicidad pública y particular de una ciencia futíl, sin principios, que jamás ha tenido asiento sino en la imajinacion enferma, que no presenta al espíritu sino palabras vacías de sentido? ¿En qué puede consistir la utilidad tan ponderada de una relijion que nadie puede comprender, que atormenta sin cesar á los que tienen la simplicidad de ocuparse de ella, que es incapaz de mejorar los hombres y que regularmente es para ella un mérito el que sean injustos y malos?

§. 206.

La relijion en todo tiempo no ha hecho mas que llenar el espíritu del hombre de tinieblas, y retenerlo en la ignorancia de sus verdaderas relaciones, de sus verdaderos deberes, de sus intereses verdaderos. Solo alejando sus nubes y fantasmas, descubrirémos los principios de la verdad, de la razon, de la moral, y los motivos reales que deben obligarnos á la virtud. Esta relijion nos en-

gaña tanto sobre las causas de nuestros males, como sobre los remedios naturales que pudiéramos aplicarles: léjos de curarlos, no puede ménos de agravarlos, mulplicarlos y hacerlos mas durables. Digamos, pues, con un célebre moderno: *la teolojía es la caja de Pandora; y si es imposible volverla cerrar, al ménos es útil advertir que esta caja tan fatal está abierta* (1)

(1) *Milord Bolingbroke, en sus* obras póstumas.





